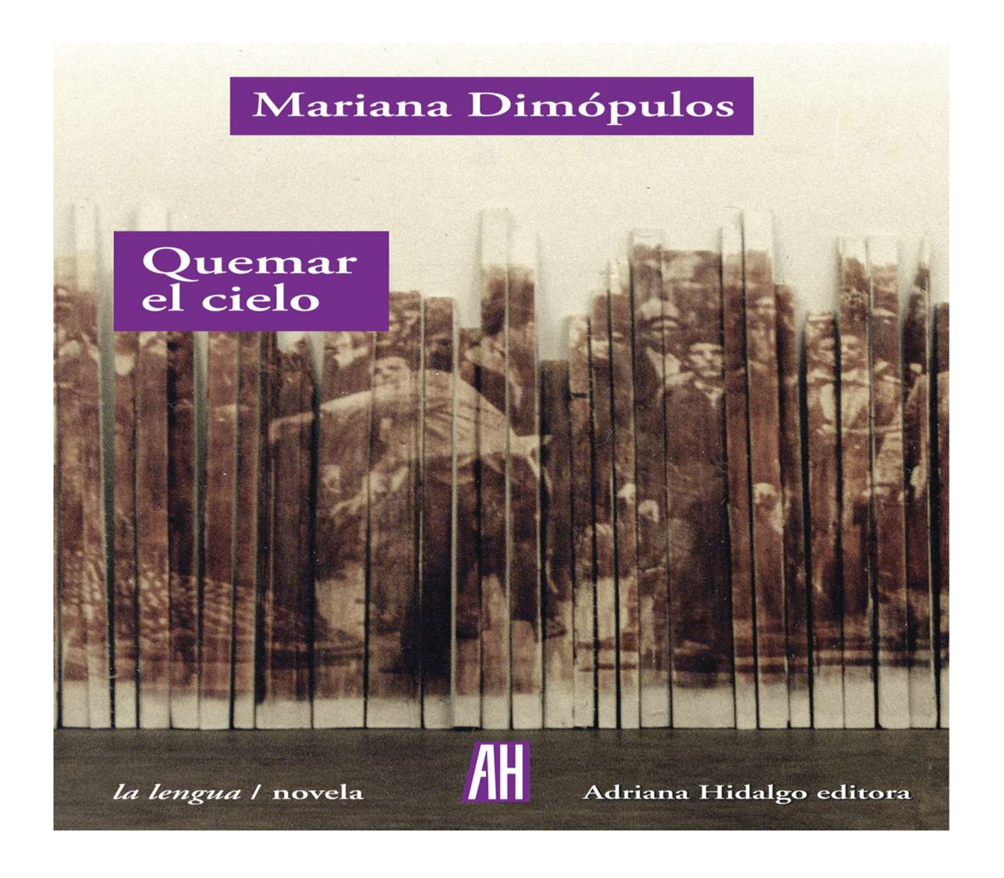
Mariana Dimópulos

Quemar el cielo



la lengua / novela

Adriana Hidalgo editora



QUEMAR EL CIELO

MARIANA DIMÓPULOS

Novela finalista del premio Medifé-Filba 2019-2020

A la memoria de Diana Cruces,

la que dejó y la que se llevó consigo.

Sólo tendrá el don de encender en el pasado

la chispa de la esperanza aquel historiador

que esté atravesado por la siguiente certeza:

si el enemigo vence, ni siquiera los muertos estarán a salvo.



Y ese enemigo no ha dejado de vencer.

Ella va o yo voy, da casi lo mismo.

Se trata de ir, a toda costa, la línea es ir.

Si gritan deténgase, si dicen alto, seguir de largo.

Voy a la cita en un lugar demasiado céntrico, en un bar de la avenida Córdoba con tantas luces, temiendo, aunque en esto nada haya de clandestino. Voy como si ella fuera. Me espera una mujer que, según lo acordado, me pondrá en contacto con otros sobrevivientes, una mujer de quien no conozco la cara. Digo sobreviviente y me desdigo. Voy como si fuera ella para averiguar de un pasado que no me pertenece, pero que hubiera debido desde hace un tiempo, desde la confabulación de las paredes, el insomnio y la noche.

Soy una hipótesis, o al menos voy con su paso ligero.

Tiene, de pelo, un arbusto. Está sentada en una última mesa junto a la puerta del baño. Sé que es la mujer de mi cita porque viene de hacerme un gesto de nada, ni con los ojos ni con la boca ni las manos, y cuando me acerco pone la cara redonda de lado, con aire inconmovible, como de hoja o de flor.

—Hola.

Digo por inexperiencia.

En este corto trayecto desde la puerta de la confitería acabo de olvidar su nombre.

—¿Sí?

—Soy Monique.

Aventuro.

—¿Y entonces? Estás confundida, no nos conocemos.

—Precisamente.

Le insisto.

Me dice lo siento con los hombros y después tira al suelo una pila de servilletas debidamente acomodadas y una cuchara que, como campana o agüero, repica.

Esta misma mujer me había dicho hace unos días: por supuesto que nos reunimos, a las siete en La Real, llevo datos, nos vemos, Raquel.

Me agacho en forma automática a recoger lo caído y desde su cara redonda y botánica me advierte:

—Fijate en el baño, detrás del inodoro.

Después saluda a un supuesto alguien al otro lado de la ventana. Tengo una paloma en el pecho, atada o moribunda, y se agita. Con este corazón entro al baño. Se revela esa cosa mísera a la que estamos acostumbrados en estas latitudes, el agua que gotea ha dejado el consabido arabesco, el espejo con sus bordes moteados nos muestra un fantasma. ¿Para qué asomarse? Me asomo detrás del inodoro y nada, y el alivio me pica en las mejillas. Salgo triunfante porque ha sido una confusión la que hubo entre nosotras, y de pronto ya no siento ninguna tarea pendiente ni ningún pasado que rememorar. La mujer, fuera o no esa tal Raquel, ya no está en la mesa. Debe haberse arrepentido de serlo. Como cualquier ciudadano con moneda suficiente pido un café, que revuelvo haciendo que pienso en lo próximo con aire soñador. Me viene desde los pies un contento. He fracasado justo cuando me hacía falta; de modo que puedo volver a casa, dar de comer al gato —si lo tuviera—, entristecerme o alegrarme por el marido perdido, por los hijos, consolarme en las faldas de una manta o un libro.

Voy al baño entonces sin comparaciones, el paso es mío y no lo regalo. Las paredes están cubiertas de unos azulejos naranjas, de cuarenta o cincuenta años atrás. Mientras me anudo los pantalones y me subrayo los labios veo la punta de un sobre que asoma por detrás del inodoro. Es el mismo baño de antes, como si antes no hubiera querido ver o me hubieran fallado los ojos. Tiro del sobre, es pesado.

Tengo el buen tino de abrirlo antes de salir de mi reducto.

Pienso: adentro debe haber un animalito muerto.

Miro. Hay una pistola.

Ella va.

La cita que viene de conseguir por un contacto de un contacto hace una semana la tiene con el mal dormir desde hace días, a los tumbos, por la noche, y esto a pesar del sueño justo de los jóvenes. Llega con diez minutos de antelación y se pregunta si dar una vuelta, si en la esquina o más allá. Se decide por entrar en La Real y no camina hasta el fondo sino que se detiene en la barra, ofrece una tímida sonrisa, pregunta por el baño. Ha juzgado que volver a salir, ahora que anochece, en días como estos, terminaría por resultar sospechoso.

La mujer joven que está sentada en una mesa del fondo tiene el pelo renegrido y mira por la ventana con una naturalidad que no le pertenece, como si mirar le diera trabajo: mira y no mira por la ventana al invierno.

Ella pasa de largo y entra al baño.

Se estudia la propia cara, enmarcada por azulejos naranjas relucientes, porque como ella, todo es nuevo en ese baño de 1969. ¿Era *Siete Días* o *Panorama* la revista que serviría de clave para el encuentro? Se le hace un nudo, ha olvidado el dato que le pasó el contacto. Y ahora siente una repentina vergüenza por la ligereza en su acto de decir quiero una cita, de venir hasta acá, de mirarse, y olvidarse de lo mínimo indispensable.

Había sobre la mesa de un hombre una revista *Panorama* bien visible. Duda, debe sentarse y tiene sólo el inodoro. ¿Qué había dicho el contacto, era un hombre o una mujer? Sale cuando son las en punto.

Esta vez la mujer levanta la vista y hace una seña con nada, ni la cabeza ni los ojos.

Ella se acomoda enfrente, la otra se estira para saludarla con afecto, como si se conocieran.

—¿Cómo estás?

Le dice en voz bien clara. Pero con otra voz le señala que ha llegado demasiado temprano y que eso no siempre es bueno. La revista *Siete Días* descansaba a un costado, amaestrada en su lugar de la mesa. Ella le dice que está en una agrupación de la facultad, que los han corrido

en La Plata con gases por estar reclamando nada más que lo que les corresponde.

—Ningún reclamo es nada.

Se miran. Entonces ella se pone a hablar de la injusticia, de la explotación, y ante todo de los chicos con hambre y con frío. Eso no podía sacárselo de la cabeza; sonrió como si fuera su culpa.

Volcaron unas bebidas en vasos que ninguna tocó.

—Ahora me levanto.

Dijo finalmente la mujer, sin hacerlo. Luego repitió:

—Ahora me levanto y voy al baño. Cuando salgo, que pase un minuto. En estas cosas el reloj importa. Después entrás vos, a revisar, que algo vas a encontrar. Lo que encuentres se lo das a tu contacto.

Ella no entendía y dijo que sí.

—En unos días te doy por el contacto una nueva cita. Y te llega material de lectura.

—¿Pero qué va a pasar?

—Depende de lo que quieras hacer.

—Yo, todo.

A los cincuenta y cuatro años conocer así el insomnio y que no sea por haber visto la cara del misterio, como los poetas, ni tener el corazón hundido en un duelo. O sí acaso.

Esto que tengo, las paredes, alguna puerta, creo merecerlo sin más. Ni los hijos idos, ni el marido vuelto pasado: nada se llora. Como soy persona sin embargo, como estoy habituada al hábito, el insomnio parece un bosque y está poblado. No sólo lo motiva el sobre de papel madera que vengo enterrando y desenterrando con metódico desconcierto desde aquella cita del martes en la vieja confitería La Real. Todos mis intentos de comunicarme con la dueña fueron vanos. Yo no quería de ella más que una historia pequeña, hasta minúscula, de alguien que hubiera conocido a mi prima Lila, y lo que me traje fue un metal forjado. Yo quería un sentimiento hecho de cosas pasadas y ahora guardo, en el placar, como un muerto la muerte posible.

—¡Nos matan, compañeros! Por salir a defender la autonomía universitaria, los comedores, nuestros derechos, por salir a la calle sin nada. Por salir nos matan. ¿Y

nosotros qué hacemos? Nosotros seguimos saliendo, nosotros seguimos hablando. Nos dicen violentos y ellos nos matan. ¿Y nosotros nos vamos a dejar matar?

El hall de la facultad, lleno de luces, hacía de escenario, y la escalera de cielo o de nube a los oradores. Venían de otra convocatoria tan prohibida como esta, y puesto que habían salido ilesos de una pretendían ahora lo mismo de esta asamblea. La primera había sido en el barrio de Belgrano y alguien los había delatado a la policía. Ahora, los subidos a la escalera como una nube consiguieron una consigna sobre el levantamiento en Córdoba, que se declaró y se cantó. Una consigna se establece y se enuncia, por justa y necesaria, hasta que llegue la policía y reparta lo único que sabe o que recuerda, que es realmente muy poco. A nadie molestó que la rima fuera débil.

Lila, entretenida en su tos, no podía cantar. Había que asegurar la puerta, y la puerta fue asegurada. ¿Por qué ventana hicieron volar los uniformados sus gases hacia dentro del edificio tomado de la facultad? Volaron y entraron los gases. Lila y su compañero se replegaron en el primer piso; otros sembraron obstáculos en las escaleras.

—Rescaté a Cicerón, casi lo pierdo.

El contacto había dejado el maletín con las molotov a un costado, y les había hecho una seña encargándolos de su custodia. Una distracción sirvió a un desconocido, que fue hasta donde ellos estaban, abrió el maletín y se puso a armar las armas. Lila se levantó de un salto.

—¿Adónde vas a tirar eso? ¿Querés que nos quememos todos?

—Por la ventana. Al patrullero.

Se desató una discusión que Lila ganó con razones y con fuerza; contra el piso apagó la mecha de tela atada a la botella llena de alcohol. Alguien gritó que habían subido, que la guardia de infantería había despejado las escaleras. Los que se resistieron o parecieron hacerlo fueron ungidos por el trabajo de palos y porras. Uno rodó cuando lo empujaban. Lila respiraba como un molino, moliendo trabajosamente lo que obtenía en cada inspiración. Su amigo Tito abrazaba un ejemplar de una antigua batalla romana, cuando fueron tocados

ambos por la vara de los que habían llegado. Esa la maravilla de los tiempos: un golpe, y uno era mágicamente culpable.

Pero no dormir no es sólo el resultado de esa conversación de un martes con una exmilitante de los años setenta. Se debe también a las paredes de mi habitación, que vengo de pintar en un arrebato de progreso: una pared blanca, la flaca náusea provocada por los químicos, era para mí hasta hace poco la mejor promesa de lo claro y lo nuevo. Y eso mismo limpio se ha convertido ahora, con las noches, en un bosque, y está repleto, y por las noches como todo bosque ennegrece. Entonces, en vez de dormir, pongamos, aguzo los ojos y aparecen pájaros.

El más nítido de este bosque es el de la prima Lila. Aquella noche había uno estampado en su vestido, recién ahora me doy cuenta. Siempre viene uno atrasado en el darse cuenta, siempre estamos en el después.

El vestido era corto y ella tenía unas piernas que lo remataban largamente y con alegría.

Abrió mi madre, Teresa. Vimos a Lila agitada, y en el pájaro de su vestido una mancha de sangre. Venía escapando de algo.

Después ella duerme, con toses y silbidos. Después mi madre me arranca de al lado del sillón, donde por la mañana me quedo mirando a Lila y las uñas rojas que trae en manos y pies.

Todo lo demás lo sé por la añadidura de los años, y no por eso dejará de ser preciso y de ser cierto. Ellas se habían quedado buena parte de la noche hablando ante la mesa, Lila había llorado por un muerto asesinado en la calle, Teresa la había consolado sin grandes logros. Se habían dicho cosas del mundo gravemente, por el estado agravado de nuestro mundo. Yo lo sé, aunque dormía en mis cinco años. Por la mañana, la mancha de sangre del pájaro había desaparecido.

Digo desaparecido y me desdigo.

Pero en el bosque de estas cuatro paredes, el pájaro todavía tiene su mancha y canta una sola canción. ¿Y ellos qué cantaban, la prima Lila y los que con ella corrían? Qué poco mía es toda esa prisa de ellos. Vengo de años desentendiendo la urgencia, y no soy la única. En mi cabeza, apoyada en el sillón, su cara no resulta ninguna cosa. Si quiero a Lila me esperan otras tareas: entrevistar gente que la haya

conocido, revisar materiales, leer libros ya comprados. Todo para saber de Lila y de los que corrían y para correr si hace falta. No, no. Todo para que Lila se detenga, ni corra ni conspire ni dispare.

Esta idea se me esconde tras los ojos.

Con una idea tal tras los ojos, se entiende cuán vanas pueden ser a esta altura de las horas las sábanas y las tisanas.

Deseo que algo no pase en el pasado: desandar errores, deshacer revoluciones, para que Lila viva. A quién se le ocurre.

Viernes era, todavía en junio, el 27 de junio de 1969. Algo decía que atardecía o casi; había que recogerse, había que estudiar algún suceso de la historia de la civilización romana del que alimentarse como por un tubo echada en la cama, convaleciendo de no saber. Así lo hacía ella, todo a lo largo de la cama de estudiante que aún la contenía, demasiado tersa la colcha acogedora. Se arrancó y se levantó.

En el living, el padre leía el diario tardíamente, la madre cosía el ruedo de un vestido verdadero.

—Tu hija vuelve a irse.

—Tiene derecho, es adulta.

Lila se había prometido mentirles sobre el objeto de esta noche. Ocultó la toma de ayer, los gases de la policía y el arresto de su amigo como pudo y echó otra evasiva al fuego de la conversación, aunque sólo para pronto tropezarse en una nueva sinceridad.

—En todas partes ganan los norteamericanos.

—Acá no van a ganar.

Dijo Lila y recogió la cartera cargada.

—Pero si acá… ¿Qué tenés ahí adentro?

El ritual familiar progresaba en este tipo de atmósfera, bajo estas luces, ante estos vasos del aperitivo, en sofás y sillones, en la comodidad más o menos exasperada de decirse lo que tenían en esa tribu, darse y recibirse esas monedas antes de que cada uno volviera a la soledad animal de su yo, en eso trabajaban aunque no exclusivamente, no Lila del todo, Lila cada vez menos. El último

instrumento que resonaba en la casa ritual era su propia respiración. Había que inculparlos de algo para irse.

—¿No les da vergüenza estar sentados, no les dan vergüenza estas sillas?

La madre no entendía, el padre se burló. A cualquier otro hubiera resultado benéfico el frío de la calle conquistada. Lila esperó lo que el resto y se subió al colectivo que, redondo, la llevó hasta la plaza de Once aunque no precisamente, porque las calles estaban cortadas. Había gente en las veredas y más allá, en la plaza sucia de palomas, aunque sin palomas, huidas ahora. Por detrás vio un carro celular, un policía montado, como estatuas primero, luego vivos. No corrió porque nadie corría aún. Iban midiéndose, los que iban y los que quedaban.

Son tan insuficientes las cajas analógicas que guardamos, cuando uno las abre lo constata. No hay más que una foto de ella sola o casi: la prima Lila tiene su cara definitiva de la juventud, con un bebé en brazos que ni siquiera sé si fue suyo. En otra somos todos aún el clan de la infancia que supimos ser hace más de cuarenta años, y Lila, que era la mayor de los primos, muestra junto a los abuelos las suelas de unos zapatos, demasiado gastadas para sus veintitantos.

El sillón de la foto parece el de la casa de Córdoba. Entre Buenos Aires y el sur de Córdoba nos repartíamos los veranos de infantes, confundiendo ese territorio con el de la inocencia.

Eso nos había dicho Lila, con su cara de aquel verano:

—Ustedes tienen la inocencia, y hay muchos otros chicos que no la tienen. Van a fábricas, van al campo con la lluvia.

—¿Por qué van con la lluvia?

Preguntábamos nosotros. Era entonces cuando el tío Julio se llevaba a Lila de un brazo, sin que ella ejerciera resistencia alguna aunque hubiera podido. Debe ser el último verano que la vimos pasar. Había llegado de noche y se había ido lo mismo.

Debe ser fines de 1975 o principios de 1976.

En mi mesa la caja, un pan, una taza. Espero a la nostalgia, tenemos una cita. Pasan las horas y nada o muy poco me sube de su marea.

Me levanto y uso el teléfono.

—Hice una locura y tengo una pistola.

Le digo a mi hijo en un mensaje, y lo que sube ahora es una satisfacción violenta, de plata y preciosura, que corro a mirarme al espejo.

Venía bajando Lila. A las ocho menos veinte llegó a la esquina de Corrientes y Pueyrredón; los caballos quedaron atrás. Uno que pasó le dijo: está cerrada la facultad de Ciencias Económicas, como si se conocieran. Trató, corrió. Los negocios mostraban la indiferencia de sus marquesinas hasta que comenzó la música de esa noche del 27 de junio. Contra las paredes de los edificios resonaron las bombas de estruendo; desde arriba debían verse como una mísera llovizna estos volantes, también los que llegaban desde la plaza en su fajina de jinetes portando armas. En la esquina unos cincuenta manifestantes a los que Lila se une. Con el tercer gas se desbandan, a pie, en tierra, torpemente, por las dos avenidas. Todo el aire se carga y se espesa. Una mujer abraza a un hijo. Hay que correr y hay que detenerse, al mismo tiempo. Vuela una molotov. En el jardín de las prohibiciones vuela perdidamente, con ala de insecto, en busca de su destino. Va y poliniza. Es un auto el que la recibe, y se prende fuego con ella. Lo mismo un panfleto con la consigna anti-Rockefeller, que supo arder en el aire negro del invierno. Hace sin embargo un inmenso calor. Se frenan algunos: se han puesto a armar una barricada que hasta parece natural, hecha de los escombros acumulados de un edificio en construcción y un vehículo que, habiendo pertenecido a los muchos del tránsito, se había frenado por un desperfecto. Van y vienen fotógrafos más o menos camuflados por el miedo. La policía les da caza, motorizada, a todos los que corran. El ciudadano respetable va con su halo de consternación como un sombrero, que apenas lo protege. La policía los alcanza en la esquina de Jean Jaurès y Tucumán. Lila usa su menudez para coincidir con un hueco. Ahí no quiere permanecer pero lo hace; la policía cambia de armas, recibe las piedras y otras voladuras de los que huyen, y embiste a los que logra.

Son las 20:04. Esa última oleada de policía ha logrado desertificar la calle, por un instante. El hueco de Lila acaba de ceder: ha caído de costado una tabla que le hacía de techo junto al edificio en construcción.

Resonaban desde lejos bombas de estruendo hasta hacía unos minutos

y de pronto nada, se ha desplegado un telón de silencio a pesar del mal reparto de personajes para que a las 20:05, en la esquina siguiente, donde perseguidos y coda han avanzado, se oiga bien una serie de disparos, en breve código morse. Uno, dos tres cuatro.

Unas almas sin uniforme, ni civil ni de las fuerzas, corren ahora en la dirección opuesta a los disparos. En medio del asfalto ha quedado, tras el paso de los

perseguidores bajo el alumbrado público sobreviviente, una pistola. Es la pistola de un agente; debe haber tenido suelta la funda.

Pronto el dueño reparará en su ausencia, volverá a buscarla.

Lila se apresura. Sin mirar para ningún otro lado la recoge.

Me visto y apertrecho, salgo a la calle con todas caras e imagino por un momento a Lila en su juventud de ausente andando a la par, tocándome una mano. Cruzo esquinas y respeto semáforos. Subo luego por la explanada de la Biblioteca Nacional lentamente, como un caracol herido. Hago trámites, asciendo y desciendo, doy la vuelta y regreso, siempre con la pierna a la zaga, con la pierna de sombra. ¿Qué me pasa, por qué no marcho por qué no voy? La hemeroteca tiene su piso de linóleo y sus luces de frío. Me entregan al fin, tras varios ruegos burocráticos, lo que he pedido: no se trata de ningún sucedáneo digital sino de un grueso tomo, que abro y hojeo, de diarios de la época.

¿Marzo, abril? ¿Cuándo fue esa noche en que Lila llegó a casa de mi madre? Debe ser antes de julio de 1969, porque en julio de 1969 el hombre con la hache gigante llega a la luna y para entonces, nosotras, mi madre Teresa y yo, ya no estamos solas en aquel departamento —ha nacido el bebé—. Las grandes hojas que hojeo en la hemeroteca hacen su música de frufrú. Es largo, larguísimo el tiempo; va pasando de fecha en fecha en su lámina granulada y publicitaria, con toda gente desconocida y unos nombres como moscas posándose en todos lados: Vandor, Onganía, Perón, la CGT. Tosco, que no es un adjetivo en este caso. Me desconcierta pensar que el tiempo es viejo, que está vencido. Hay generales en todos los titulares y por todas las tapas escanciados que al principio, en marzo, me resultan indiferentes, pero que en abril me suscitan curiosidad, que en mayo quiero resolver sin falta. En junio me quedo como en un lugar. En junio de 1969 hay espacio suficiente para pasarse una vida; llueven bombas sobre

Vietnam y balas, y las batallas son ganadas sin cesar por los heroicos soldados norteamericanos, y los muertos son comunistas a secas.

Hubo un muerto esa noche de Lila.

Hay elecciones en Francia. Están las fotos y están las noticias, perimidas, que anuncian, ¿qué cosa?, lo olvidado, hay todo ese espacio en el tiempo en que uno se cae.

Un segundo del año 1969 de junio de un día de fin de mes: uno se cae por ese segundo como por el largo laberinto de una recta. Israel, que amenazado amenaza y viceversa.

Una y otra vez, de atrás hacia delante la página y de adelante, se sabe. Salto de un salto y me bajo.

Pienso en la pistola, en la mujer que me la dio, en el rastro perdido.

Elijo una página y digo: debe haber sido una de esas noches. Mi madre marchaba en el paso lento, casi sabio, de la plenitud de su embarazo en junio de 1969.

Estoy ante el gran tomo de la última semana. Hay un enviado extranjero del gobierno de Nixon, un Rockefeller de montañas de oro, que se anuncia. Llegará en la página 7 de un 29 de junio. En las páginas de antes constato que nadie lo quiere o pocos; la gente se resiste en Perú, en Uruguay, en República Dominicana a su llegada. Hay muertos poblando.

Me propongo detenerme. Pero sigo al veinticinco, al veintiséis de las tomas de facultades en todo el país, de los “atentados” que se suceden, digo “atentado” y me equivoco de vuelta, y quisiera quedarme entre las bombas amables que resuenan el veintisiete y el veintiocho, la foto pésima muestra las roturas de la facultad de Filosofía y Letras que no pudo ser tomada en la ciudad de Buenos Aires, la otra de una mujer por la calle abrazando a un chico, las miro y me hundo por las narices, tratando de despojarlos de peinados y vestidos para hacerlos a mi modo universales y míos, hay atentados y tratados, falsas bombas y panfletos, voladuras y volantes, viajes de ida y viajes de venida, ningún lugar donde quedarse acaso, entre los disturbios, la mujer del chico, y el auto blanco de la foto —¿un Valiant?— detrás del que matan al militante gráfico Emilio Jáuregui la noche del veintisiete, me quedo en el veintisiete, corro en el veintisiete, me balean o casi, me escapo o casi, digo esa es Lila, fue esa noche que llegó después de la represión a casa con el pájaro ensangrentado en el pecho. Entonces suena el timbre, abre Teresa, mi madre, entra ella y hacen eso de

hablar de temas graves, y mi madre mantiene el puño cerrado bajo la mesa y el vientre, donde guarda el bebé que vendrá.

Suena en la esquina próxima un último disparo, como al aire. ¿Nadie grita?

A unos quince metros de la esquina siguiente hay un hombre tendido.

El código morse del arma de fuego ha hecho su transmisión.

Ya varios se entregan, el vencedor momentáneo trae su largo camión adonde hace subir a una veintena de frescos detenidos, con las manos en la cabeza y los pies de luto.

Lila se equivoca, una y otra vez. Mantiene el arma a un costado bajo el tapado, sin revisar si está o no trabada con el seguro.

Leo Nelson Rockefeller y pienso en Henry Kissinger. ¿Cuántos nombres de esos habrá para mí? En las imágenes de video de aquella época un hombre de anteojos gruesos sonríe forzadamente, pienso en sus dientes y en su traje, en lugar de pensar en la política que trae, en los acuerdos que guardará bajo el cobijo de esas mangas.

Veo el video de Internet como si fuera un largo, larguísimo cuadro renacentista. Este es un mundo en blanco y negro, que repele un poco por lo gris. El recienvenido Rockefeller, madonna o querubín, está siempre rodeado de periodistas, guardaespaldas y comitivas. En la imagen un auto es un auto, no importa qué modelo de qué año, y sin embargo el auto que cruza las puertas de hierro forjado de la cancillería, auto que debería sugerir grandeza y prestigio y tantas otras virtudes extranjeras, en este museo del pasado aparece antiguo y descolorido, es una carroza mal pintada, en nada sugiere aquella que llevaba por los aires a los héroes en sus nubes.

Esto me desalienta aunque me diga qué importa la imagen.

El gris, el auto viejo, que estén muertos los que andan y sonríen.

Hay que atenerse a los hechos como a una cuerda tensa, me digo, y por la tenacidad de las fechas voy.

Se queda de pie a unos cincuenta metros. Después se agacha.

Desde su ángulo puede ver al hombre moribundo.

Son las veinte cero seis y las veinte cero siete y cero ocho y cero nueve.

Han dibujado un cerco invisible alrededor del hombre y nadie se le acerca ni puede.

Una vez que han decidido por su suerte lo creen librado a la propia.

Lila cruza como si fuera un animal nocturno, nadie la mira, no recibe ni un golpe. Se acuclilla. Ve que el hombre todavía se muere y son las ocho y diez y once.

—Andate, no te quedes.

Le dijo uno con una cámara de fotos.

—¿No ves que se están llevando a todos?

Insistió.

—¡Hijos de puta!

Se oyó a lo lejos.

—Pero hay alguien tirado en la vereda.

—Había; ahí vienen.

Lila hizo caso al periodista, dio media vuelta, retrocedió por Tucumán hasta la avenida como si no quisiera perderse ni uno de los obstáculos pasados y aún posibles, las marquesinas ahora han respondido a los estruendos y han apagado las luces, y es hora además. Todas las fuerzas del orden del desorden marchan a contracorriente de Lila, como un río, por la avenida. Cuando esté de vuelta en casa habrá perdido todo su traje de la lentitud y del resguardo: entonces será visible y arrestable. Como otros, llevará en una extraña tinta pintada sobre la frente la palabra *no*. Habiendo caminado las treinta cuadras que la separaban de su casa, habiendo perdido en la marcha y para siempre el hábito de la civilidad, ahora que nada la separa de lo que sabe del mundo, ahora que coincide el mundo y se acaba el miedo, ahora el miedo comienza. Sabe que la injusticia sería infinita si la dejaran crecer. Así desnuda, sin protección se detiene a cien metros del edificio de la familia que aún le es propio en algo, por

ascendencia, apenas.

Afloja el brazo bajo el que traía el arma, entre el abrigo y los riñones. Podría haberse disparado, pensó, cuando la deja caer.

Con respecto al trágico episodio ocurrido anoche, la Policía Federal informó ayer que a las 19:55, en Anchorena y Tucumán se encontraba de servicio el agente Agustín J.

Elaut, chapa 3618, de la comisaría 7ma. En esas circunstancias —expresose— fue alevosamente atacado por una persona que, separándose de un pequeño grupo de manifestantes, le efectuó varios disparos con una pistola calibre 7.65, resultando herido de gravedad en el pecho, lado izquierdo. El agente, desde el suelo, extrajo el arma de la repartición y repelió la agresión, alcanzando a herir de un disparo al atacante en el pecho, falleciendo este en forma instantánea.

La cabeza de cualquiera da vuelta de gerundios.

Se estableció que el atacante resultó ser Emilio Mariano Jáuregui, argentino, veintiocho años, hijo de Emilio Mariano y de Julia López, domiciliados en la calle Montevideo 1296, Capital Federal.

El padre no tiene apellido y el muerto veintiocho años.

La policía le secuestró el arma empleada, una pistola Walter 7.65, 3 cargadores, uno de ellos vacío, declarándose que hay testigos presenciales del hecho.

El agente se encuentra grave y será intervenido quirúrgicamente.

Pienso en el agente, todavía vivo, y espero que no se muera.

Observo este sentimiento de cerca, moviéndose como una bacteria bajo mi lente de minucias.

Pero el artículo de diario trae los antecedentes del muerto, y hay que conocerlos, porque es esa la noche en que Lila aparece con el pájaro en casa de mi madre, y ese muerto es el muerto del que habló y lloró ante nuestra mesa.

Dicen que había sido del Partido Comunista.

Registra sedición y otros delitos en 1964.

Es decir, merece la pena que le ha sido infligida.

Otras sediciones.

Varias detenciones.

Un rumor lo sindicaba erróneamente a un asesinato.

Esto me alegra tristemente. Algo debo hacer. Me levanto y me voy de la sala de lectura de luces bajas dando grandes pasos y me siento a preguntarle a la sibila digital en sus colores, porque el muerto no debe ser un asesino sino un asesinado, a secas.

Fue un día frío y soleado tras la lluvia el del sepelio de Jáuregui. Los autos iban en su redondez de entonces. Muchos quedaron afuera y no pasaron a la sala del velatorio, organizado en el sindicato de Gráficos. Lila había llegado puntual, y miraba más el piso

que las caras, aunque a algunos de la Federación Universitaria había reconocido. Le ofrecieron una bandera nacional con crespón negro, primero se negó y marcharon, después la reclamó y la obtuvo. La consigna era tan grande que en nada cabía. Al pasar por Casa de Gobierno, inclinaron las banderas en repudio. Ocupaban cuadras y cuadras. También Lila hizo cordón humano por la calle en la procesión, dio dos manos y le devolvieron las de otros. Marcharon por las avenidas del Bajo, estudiados de cerca por los carros celulares. Unos policías, malavenidos a trajes de civil, andaban a la par.

Tras dos horas, cuando alcanzaban el cementerio de la Recoleta unos salieron de un bar a increparlos.

Al entrar a la Recoleta, Lila, si hubiera sido otra, habría llorado a la vista de todos.

No era otra. El muerto iba en su puesto. Habría oradores como hay tormentas, con vientos y clamores. La multitud se acomodaba en los pliegos y pasillos del cementerio.

Decía Ernesto Che Guevara en la carta de despedida que le dejara a sus hijas…

Lila se había ubicado a media distancia, a un costado, sobre un montículo.

… que una era de las más lindas virtudes que podía tener un revolucionario.

Alguien que al verla había cabeceado, ahora por detrás se le acercó.

La de sentir como propia la injusticia que se comete contra cualquiera en cualquier lugar del mundo.

—¿Quién habla?

—No sé bien. Uno del sindicato, creo.

—¿A Tito Livio se lo llevaron el miércoles de la facultad?

Emilio Jáuregui comprendía que el problema que hoy se plantea en este país y en todo el mundo es el problema de la lucha por un orden social más justo para toda la humanidad.

Lila buscó equilibrio en puntas de pie.

El problema de la liquidación del imperialismo en todo el mundo, y a eso Emilio Jáuregui entregó su vida.

La lluvia no sólo había dejado su lustre en cada cosa, sino en concurso con el musgo su pátina. Se resbaló y volvió a subirse.

Una mujer contrahecha como un lienzo, apisonada lloraba.

Son años de cosas que se muestran brillantes en la pantalla.

Me pican los ojos de cosas. También la garganta. Otros han desmentido, en aquella época, las flacas versiones policiales.

Voy corriendo en busca de la bibliotecaria, que rumea su decepción como cualquiera, sólo que a la vista de todos.

¿Revista *Primera Plana*?

No está.

El diario *La Razón* es inútil.

La Prensa me salva.

Porque la policía federal desmintió en la víspera las versiones

recogidas entre algunos vecinos del lugar donde se produjo la muerte de Jáuregui. Esas versiones —

como informamos— afirmaban que el citado dirigente gremial fue encerrado por dos automóviles y muerto sin que efectuara ningún disparo. Sin embargo, la información policial ratificaba al cierre de esta edición que el muerto disparó varios tiros que hirieron a un agente y que este repelió el ataque.

Unas columnas más adelante en la antigualla de este papel de 1969, gris y amarillo, que va y viene bajo el antojo de la actualidad de mi dedo, se afirma que un joven de apellido Balé, quien en el momento del hecho se encontraba en el edificio en el que funciona el club Macabi, dice haber bajado y haber visto, en la intersección de las calles Tucumán y Anchorena, un patrullero estacionado en que varios policías querían introducir a otro agente uniformado que se resistía. En un momento este logró soltarse y fue por Anchorena hacia la calle Lavalle, pero inmediatamente fue alcanzado por los demás.

Un agente obligado, pienso, a hacer de falso moribundo en algún hospital.

Leída y saciada, devuelvo triunfal todo.

Curada la bacteria del sentimiento del orden, arrojado lo vulgar de lo bueno como un envoltorio, salgo de la biblioteca, tomo un taxi de vuelta a casa por puro contento, compro pan y vino bíblicamente, subo, apenas me emborracho.

El tío Julio ha de esperar.

En su silla del geriátrico, con su costado impropio, que ha dejado de pertenecerle desde la apoplejía y le hace colgar a un lado la boca. Vuelvo a preguntar a la sibila y me muestra fotos de un hombre llamado Jáuregui de grandes cejas. Uno va, de frase en frase, de foto en foto, con ligereza y descuido. Tenía una mujer y un hijo, y si vinieran a verme ahora, les haría grandes regalos como en una embajada oriental.

Escuchaba a Wagner, había estudiado en París.

No es necesario hablar mucho, compañeros, en el día de hoy, en que se da la triste paradoja, para nosotros, de que mientras enterramos aquí a nuestro querido compañero muerto, el señor Rockefeller se

permite llegar a la Argentina, y no hay que hablar demasiado para saber dónde está el camino de la lucha.

—Lo vi morirse. Cuando llegué ya habían hecho un cerco para que nadie lo alcanzara. Ahí en la vereda. Lo avistaron, lo apuntaron y lo mataron. No tienen perdón.

Dijo Lila.

Nos parece que está muy claro que Emilio Jáuregui ha caído al comienzo de una lucha muy larga, de una lucha que va a ser muy difícil, y que como bien comprendía Emilio Jáuregui, va a ser cada vez más dura y más violenta.

Un pacto extemporáneo entre el cielo y una nube por un momento los reconfortó.

Violenta, necesariamente violenta, como tan claramente lo planteaba Emilio, porque el enemigo nos está mostrando todos los días, cada vez con más descaro, hasta dónde llegan sus métodos de represión. Y con los asesinos de Emilio Jáuregui, compañeros, no hay otro lenguaje más que el de la violencia.

Otro orador vino, y luego con el muerto ya en su puesto definitivo salieron todos.

Apenas franquearon los portones de la Recoleta, uno gritó que viviera el general, carajo, y otros le hicieron de coro. El nombre prohibido hizo su efecto, porque roto el silencio con el vocablo *Perón*, los agentes del orden del desorden intervinieron, y unos corrieron, y otros se apostaron.

Cada día tiene su huida y tiene su barricada.

Una mujer ha perdido un zapato, fino y roto, suelto como al viento una hoja.

En la barricada que se improvisó en Junín, donde la calle baja en hondonada, Lila y su acompañante defendieron posiciones arrojando certeras piedras, dos o tres cada uno, no porque creyeran que iban a ganar esa batalla sino porque esa resistencia, escasa y débil, era la única forma que les quedaba de decir que todo aquello era injusto, que estaban en desacuerdo, que lo injusto les dejaba ronchas en la cara y en el cuerpo, y en los pulmones zonas carcomidas, tanto que les resultaba difícil respirar aunque el aire estuviera aún limpio, justo antes de que llovieran los gases.

Uno iba empapado todo el día de estas cosas lacrimógenas.

Uno se pasaba el día conteniendo y exhalando a destiempo esto.

Desde una puerta cercana a la avenida, apretando bolsas, a pesar del vocerío alguien los llamaba. Ellos estaban sumidos en su empresa de la resistencia. La mujer corrió hasta la punta de la barricada, tiró del brazo del acompañante de Lila, y él de ella, y los arrancó del frente, escondiéndolos pronto tras una puerta.

La reconocieron entonces. Era una pariente que vivía cerca y que no perdió oportunidad de quejarse de todos, de ellos y de los otros, mientras subían las escaleras.

En esa casa cerca del cementerio de la Recoleta se refugiaron unas horas. Cuando salieron tenían la noche y el estómago alimentado.

Caminaron. Carlos, su acompañante, se reía del frío.

Al día siguiente fueron juntos a una cita, de a dos cuando era para uno solo, en Once, muy cerca de donde habían matado a Jáuregui tres días antes. Caminaron cuadras, la gente compraba y vendía, se compraba y se vendía, en la convicción de que nada pasaba y nada pasaría tampoco, urgente en lo lento, meditando la merienda, el transporte, la hora y otras blandas correspondencias.

Es una hora correcta, así que lo llamo. Pedro no atiende en su hemisferio. Con Lucas, que es padre y no duerme, no me hace falta hablar. Tengo una lista de entrevistas en el debe que, como amanece, miro. Son nombres las deudas. Esteban T., Mario N., al evitar apellidos voy ensayando mi recién estrenada clandestinidad. Me propongo no grabar las entrevistas y apenas apuntar lo que me digan, entregarme a la asociación y a la memoria, que elijo como cómplice. Contemplo una pila de recortes y digo no hay miedo. Después del que han pasado los otros, cómo temer una pila de diarios viejos, ni siquiera originales, en blancas fotocopias pulidas.

—No tendría que contarte. Con Lara estuvimos en el tema de los Minimax.

—¿Estás militando?

El bullicio de la calle era una niebla. Los supermercados Minimax, propiedad de la familia Rockefeller, habían volado al unísono en distintos puntos unos días antes.

—¿Son de la facultad? Si son de la facultad tengo que saberlo.

—Es un grupo nada más, de un amigo.

—¿Tito?

—No, Tito Livio es un imbécil con el culo frío en Devoto. Nos mandaron a recabar información, cuándo abrían y cerraban los Minimax, si te revisaban el bolso al entrar.

Con Lara nos tocó el local de ahí a la vuelta del cementerio, fuimos varias veces, un día me crucé con la tía, ni con miedo ni nada fuimos.

—Porque tampoco sabían para qué los mandaban.

—Pero algo nos imaginamos.

La cita era en un bar de techos bajos y sillas de madera vencida, con una mesa de billar en los fondos.

Entraron. Carlos le indicó la esquina correcta. Había un hombre sentado a un lado de la puerta, a una soledad abrazado. Hizo un gesto con dos dedos al acompañante de Lila. Ella dijo, puesto que eran las mismas cejas gruesas y el mismo pelo en abismo: —El muerto.

Quisiera que hubiera una matemática sensible de lo mío, que no estuviera reducida a saber dividir esto de aquello, a disfrutar y penar a conciencia, atada y desatada de lo propio: el hijo y la mesa y una porcelana si la hubiera.

La nueva cita que al fin consigo tiene lugar en una casa de perros y gatos de toda índole, que circulan y reclaman atenciones desde que entro.

Ocurre la conversación, no es que hablemos.

—Yo estoy en busca de Lila. ¿Ustedes compartieron casa en aquella época?

—Un tiempo, muy al principio, nos conocíamos de la facultad. Una casa en Villa Martelli.

—Villa Martelli, donde mataron a Santucho.

—Eso fue mucho tiempo después. Yo estaba en el sindicato de los gráficos, pero empecé a militar entre el 69 y el 70, en algún momento, después de la muerte de Jáuregui. Eso a los gráficos nos marcó mucho. A Lila también, siempre me habló de esa noche, cuando vio morir a Emilio. Después ya no nos cruzamos más, me abrí, no pude.

—¿No pudo qué cosa?

Esto que ha ocurrido entre nosotros, que diga Lila de su boca, me llena de una agitación sorda.

—¿Y ella cómo era, qué hacía?

Insisto. Un gato se lame, salta, me huele el pelo desde el respaldo del sillón.

—Iba y venía todo el día como todos nosotros, creo que tenía en esa época un trabajo legal y además la militancia, eso te lleva horas. Después yo ya no milité más. Le puedo pasar el contacto de otra gente, lo que yo le diga no creo que le sirva.

—Sí que me sirve. ¿Y operaban, accionaban?

—¿Accionar? Una sola acción me acuerdo juntos.

—¿Qué acción?

—No me acuerdo.

Se levanta y echa alimento en una pecera. Un gato blanco había estado observando desde abajo el movimiento del pez rojo como el péndulo de un reloj.

—Tengo una pistola. Uno de ustedes me la dio.

—¿Un militante de antes? Hay también militantes de ahora. Pero la persona que se la dio está confundida.

—Pero usted sabe de estas cosas.

—¿Yo? Nada no.

Era sólo un espejismo el parecido con el muerto, concitado por las

cejas y lo anguloso de la cara. Una cara que trabajaba terriblemente para sus adentros, y que debía mover montañas para sonreír, y lo lograba de vez en cuando. Demostrado, como otras cosas, quedó esa misma noche. Lila se sentó frente a él y Carlitos, su acompañante, ante una mujer de anteojos de gran marco, como un bicho. Habían sido semanas de una gran agitación que nadie podía esconder, ventilada por las revistas en el espectáculo del presente: desde los levantamientos de Córdoba, se sucedían las tomas de las facultades, habían explotado los Minimax hacía unos días y el gráfico Emilio Jáuregui había sido asesinado en la protesta contra la llegada del enviado de Nixon.

—Se cargaron a Vandor.

Dijo el hombre de la cara geológica. Había lanzado el diario al medio de la mesa que les servía de excusa y de retardador, como todas las mesas del mundo lo hacen si hay dispuestos al alcance.

—Hoy a la mañana.

Los otros se abalanzaron sobre el diario. Habían sido dos hombres, según un testigo del sindicato, los que entraron al edificio custodiado de la CGT vestidos de policías, preguntando por Vandor. Estaba lleno de actividad y de gente. Apenas los dejaron entrar, mostraron una ametralladora y una cuarenta y cinco.

—A todos nosotros nos pusieron contra la pared, los brazos en alto. Uno de los sujetos le dijo al que empuñaba la pistola “andá a buscar a Vandor”, y en seguida oímos tres o cuatro disparos. Acá lo dice el diario.

—¿Para qué lo matan?

—Fueron los de la otra central obrera.

Dijo la mujer, fumando con una liquidadora sensualidad.

—El viernes estuve en la otra central obrera.

Dijo Lila. Sólo entonces el hombre, con todo lo ancestral de su cara, le prestó atención.

—De ahí salió el cortejo de Jáuregui. Nadie parecía venir de asesinar a nadie.

—Fue justo.

Dijo el hombre.

—Yo no estoy de acuerdo.

Cuando se hizo la hora pidieron algo de comer, y entró un agente, y escondieron por instinto las páginas de la mesa y el hombre de piedra volvió a poner el diario a la vista, corrigiéndolos, diciendo que era un diario y un muerto y nada más.

Al salir, se las ingeniaron para quedar solos los que debían, y en compañía los que también, Lila y el hombre antiguo. Él había estado en la toma lo mismo que ella, sin que ella lo hubiera visto, aunque no, no pertenecía a la facultad, sólo conocía a alguien, había ido a dar apoyo y a ver.

—¿Ver qué?

El tío Julio ha puesto la silla de espaldas a la puerta, esa es su forma de esperarme en su habitación del geriátrico. A un costado la televisión aúlla sus miserias con los heraldos habituales.

—¿Por qué nada, Monique, ni dulces ni flores?

Me dice. Debe haberme visto llegar por algún reflejo que no descubro.

Me acerco, ensayo un beso en su mejilla; no hay lugar donde pueda sentarme y nos miramos a los ojos pronto así que así permanezco, de pie, el saco de escudo.

—Las flores, me dijiste la otra vez, son para los muertos.

—Pero le gustaron a mi enfermera, y ella me gusta a mí, y está la regla de tres simple.

Una fatiga repentina me hace cerrar los párpados.

—No te duermas. Sos la única que todavía viene. Eso te eleva mucho entre nuestros parientes. Y quedan pocos, hay que reconocer.

Eso es persistente en él: el espadeo al que me invita.

Me guardo de blandir ninguna cosa que prolongue nuestra contienda. Le alcanzo los papeles del banco en una carpeta —para eso he venido —, que firma con la única mano útil que le queda. A pesar de las limitaciones que le dejó la apoplejía, y que le ha puesto la cara como

una mancha, me inquiere por unas copias de diarios que asoman detrás, en la misma carpeta. De mi colección de debilidades para con este hombre elijo una: le respondo. Es cierto que es hermano de un padre que apenas nunca se detuvo en mí.

—Son fotocopias de diarios. Me interesa mi prima. Estoy investigando.

—¿La loca de mierda de Lila?

—No tu Lila, la verdadera.

—Qué bien te queda la ingenuidad.

En la noche marcharon, Lila y el hombre, y se sentaron en la porción de naturaleza que les dejaba disponible en esta altura de calles y edificios la ciudad. Ella esperó en su punta como un reptil, hasta que se acercó y le tocó un hombro, en esos modos en que una mano es un comando, y algo desencadena. Se intercambiaron besos y tactos de reconocimiento. La hipótesis era sostenible, esa de la ecuación que los sumaba, al menos esa noche.

Los amantes llevan una urgencia y los militantes otra; ellos ambas entonces.

El tío Julio está listo con las firmas pero retiene los papeles, separa los recortes con dos dedos buenos, los va acercando a un ojo como si los olfateara.

—¿Estuvo en lo de las bombas a los Minimax? Me acuerdo de las bombas.

—No sé. Pero estuvo en una toma de la facultad de Filosofía y Letras. Varios terminaron en Devoto.

—Era tarea predilecta de la querida Guardia de Infantería repartir palos entre los estudiantes.

—La Guardia que ustedes mandaban.

—¿Quiénes nosotros? La universidad era pura política y había que pacificar al país.

Le echo en cara, con la ingenuidad que ya me ha descubierto, que lo

hubieran intentado disolviendo el Congreso y los partidos. Le pregunto qué se creían. No sé qué me creo.

—Era un golpe, mi chiquita.

Me dice arrastrando la lengua. Quiere hablar y sigue hablando.

—Ante esas provocaciones un gobierno debe reaccionar. Aunque el presidente Onganía era un hombre medido y tenía aversión a las medidas extremas cuando la situación no lo era.

—Recién ahora me doy cuenta de todo lo que colaboraste con la dictadura. ¿Cómo no me di cuenta en todos estos años? Tengo cincuenta y cuatro.

—Era un gobierno de fuerza, que actuó muchas veces con justicia.

—Matando.

—Fueron casos aislados. ¿Y ahora sos de izquierda vos? Qué sorpresa.

Debo haber soltado la espada, porque un brazo me tiembla débil a un costado.

—Tu prima se equivocó, nada más. Ella se equivocó mucho y nosotros teníamos bastante razón. Es eso. Y ahora se te da por revolver, con qué sentido. Debe ser la frustración de estar sola, ¿no? ¿No te sube la noche? Yo puedo dar cátedra de eso. Pero no necesito mentirme ni cantarle a la parentela muerta.

—¿Muerta?

Pregunto con queja. Entra una enfermera zigzagueante.

Lila pidió que no fuera en este hotel ni en el siguiente, en la casa sí, ¿en qué casa? Él conocía una casa y allá fueron con la consabida prisa. Se entendieron en todo o casi, por encima y por debajo del abrigo de la manta, pero con la luz primera, sin haber dormido, tomando a duras penas sentados un mate de la apenas mañana, él dejó de mirarla.

Tenía esa terrible lejanía.

Ella fue vencida y preguntó en qué pensaba.

—En cosas.

—¿Tantas?

—No, pocas. Pero importantes.

La casa estaba casi vacía. Lila se vistió; recién entonces empezó a imaginar una excusa ante sus padres por la ausencia. Era la primera vez de muchas otras coartadas a esgrimir en los años venideros.

Entró a un cuarto sin muebles con toda una pared negra, una mancha que subía hasta el techo como un extraño empapelado.

—¿Qué hubo en ese cuarto?

Quiso saber.

—Un accidente.

—¿Con explosivos?

No había nada más que sacar del pozo de aquella garganta.

Ordenaron las mantas y pusieron de pie el colchón, como una bandera.

—¿Quiénes mataron a Vandor?

Pidió ella.

—¿Para eso te quedaste esta noche? No sé bien quién lo mató.

—No por eso. No del todo. Un poco. Un poco para saber.

—¿Qué querés saber?

—Cosas. Qué hace falta.

—Eso es bueno.

—Si hacía falta matar a Vandor, por ejemplo.

—Sí, hacía falta.

—Yo no sé.

—Yo sí sé. Ahí tenés tu respuesta.

Me alegra que el tío Julio sea humillado por la administración de una pastilla y un ungüento ante mis ojos. Pero un sentimiento así, pedestre y pardo, se evapora rápido.

—Espero que la comida haya mejorado.

Digo cuando la enfermera se va. Él desconfía.

—Vos no tenías edad. Era un mundo de conspiraciones.

—¿Y Córdoba?

—El Cordobazo fue una revuelta orquestada por opositores, y después inventaron lo del levantamiento espontáneo y popular.

—¿Y los estudiantes?

—Un grupo que no midió las consecuencias.

—¿Y la guerrilla?

—Gente en mal estado, que pagó un precio altísimo. Yo igual no me hago cargo de lo que pasó después. A cada gobierno su responsabilidad. Una cosa es el 69 y otra el 76.

Yo no soy causa de nada o casi nada, ¿no se me nota? Se trató de despolitizar lo más que se pudo, se limpió lo que se pudo.

—Ustedes estaban todos de acuerdo.

—No nosotros, todos estábamos de acuerdo, todo el mundo.

Un aire de reconciliación entra por la ventana y me hace temblar y temer. Necesito dar un último golpe, que me deje irme montada sobre la repugnancia de siempre. Pero el desprecio que le tengo es un gas liviano, que se diluye rápido. Le digo de los muertos que hubo, de los desaparecidos que ya empezaban a principios de los setenta, de los crímenes. Entonces caemos por la mala pendiente de los recuentos. Agitados, después guardamos silencio. Descubre algo en una de mis copias, la alza hasta el ojo bueno que le queda.

—Este fue el día de mi renuncia. Cuando mataron a Vandor. Ahora me vas a justificar que lo hayan reventado así, por un acto de melancolía.

Lo dejo que hable.

—Vandor era un sindicalista sensato, que sabía negociar.

Ahora mismo pienso que si le creyera se acabarían las noches.

—Entran y lo bajan de cuatro tiros, nada más.

Insiste. Me levanto.

—¿Vas a volver?

Me pongo a juntar los papeles caídos.

—Para traerme plata. ¿La plata la traés?

—La plata te la traigo.

Le concedo. Compro agua al salir; bebo y bebo, sin desierto que me abrace.

Llego a casa y leo lenta:

“Yo le dije: a usted lo matan; se ha metido en un lío que a usted lo van a matar. Lo mataban unos o lo matan otros, porque él había aceptado dinero de la embajada norteamericana y creía que se los iba a fumar a los de la CIA. ¡Hágame el favor! Le dije: ahora usted está entre la espada y la pared. Si usted le falla al Movimiento, el Movimiento lo mata; si usted le falla a la CIA, la CIA lo mata. Me acuerdo que lloró. Le dije: usted no es tan habilidoso como se cree, no sea idiota, en esto no hay habilidad, hay honorabilidad, que no es lo mismo.”

Perón habla de una supuesta conversación con el sindicalista Vandor, anunciándole la muerte que le darán en el 69, justo cuando el Hombre con gran hache estaba al fin por pisar la luna, después de haberle hecho la corte desde esta órbita y aquella otra. Vandor no ha visto el paso trascendental del Hombre. Vandor, el sindicalista querido por el gobierno militar, el burócrata. Burócrata, vendepatria, burgués.

¿Por qué se vencerán los nombres? La patria no vendible es la patria socialista. A vencer o morir por Argentina. Patria o muerte. Perón o muerte. Perón y Evita. Evita, la patria socialista. Perón y Onganía, Vandor y Aramburu, y Pujadas y Santucho, y el Che y Mao, y Marx y Lenin, y Perón y Aramburu, así, en carrusel.

Pero, a detenerse.

Evita ha muerto hace años y su cadáver, desaparecido. Digo bien desaparecido.

Y Videla aún está por llegar.

A detenerse, a desconfundir, me propongo y me conmino.

Ha subido a su propia casa familiar, justo a tiempo. Hace unos días del asesinato de Vandor y del amor. En el living, el televisor reina porque aunque es presente el 16 de julio de 1969 será un día histórico. En la cocina, hay gente reunida emitiendo risas como señales de auxilio. Lila se asomó un momento para averiguar el paradero de la tía

Teresa. Tuvo que descubrirla en su esquina del cuarto de huéspedes, con la cortina transparente a un costado, haciéndole de cabellera. Tenía a su bebé recién nacido en brazos y le iba hablando en la lengua de las madres. En otras circunstancias mejores le hubiera cantado. Pero el bebé estaba enfermo.

—Es hermoso.

Dijo Lila aunque no lo conocía.

—Sí.

Dijo Teresa.

Lila logró que se sentara, le pidió acariciarlo y sostenerlo bajo la mirada de la madre, como si sólo con los ojos la madre le mantuviera andando la respiración. Tuvo que devolverlo pronto, porque todo era un riesgo. Teresa todavía no tenía un diagnóstico; estaba ahí, entregada a ese día y al siguiente; había esta noche y había la siguiente mañana; el mundo era severamente breve.

—Estuve con alguien.

Dijo Lila en un silencio que le pareció oportuno.

Teresa le dio una mano.

—Es militante.

Oyeron de afuera un aullido, un corrimiento de muebles. La gente se acomodaba.

—¿Hay amor?

El bebé, como un vigía, había estirado un brazo; eso algo quería decir, eso algo anunciaba. Teresa encendió la luz y lo observó muda. Una antiquísima hermenéutica estaba en marcha, buscando explicaciones y hallando unas pocas, mínimas, para sobrevivir hasta la próxima hora.

Ya habían llamado al médico y no había llegado.

—Él, Víctor.

Dijo Lila.

—Él es médico. Si lo llamamos, va a venir.

—¿Adónde, tiene teléfono?

—Hay un teléfono donde lo llamo, le dejo un mensaje, y él viene.

Se quedaron mucho rato sin hablar, la calle de un lado, las voces del otro, y el bebé en su mínima respiración silenciando todo en medio.

Lila hubiera querido decirle de su decisión de entrar, había demasiado que hacer en ese país para quedarse afuera, en esa intemperie de lo común y corriente. Entrar no sabía todavía dónde; estaba esta y aquella organización; o sabía pero no se atrevía del todo a saber.

—¡Volvió la transmisión!

Escucharon desde el living. Les sirvieron más tarde comida y bebida.

Ellas dos se movían sin relojes —el reloj era la vida de los otros— como los astronautas allá, fuera de la atmósfera, lentas en la habitación, mirando al bebé, apartando la vista del bebé, levantándolo si se quejaba. En una de las estaciones de ese ritual empezaron a sonar afuera las bocinas, y desde el living llegó Monique, la hija mayor de Teresa, gritando mamá, están bajando a la luna, mamá. Pero Teresa no se movió. A las doce sonó el timbre mientras la algarabía afuera reinaba, y como de un sueño despertaron.

Él, con maletín médico pero sin ninguna otra insignia, hizo encender las luces, y ellas se taparon los ojos como en el verano.

—Está azul de nuevo.

Dijo la madre señalando al bebé. Y si bien era invierno, abrieron las ventanas.

Él lo desnudó en dos maniobras, lo auscultó, lo palpó como acariciando, volvió a envolverlo.

—Va a necesitar oxígeno. Mañana mismo hay que llevarlo al hospital de niños.

Teresa dijo que sí y los expulsó con una minúscula caricia de gratitud.

Esa noche durmieron juntos por tercera vez, y Lila soltó de madrugada la frase que venía guardando como una gema en el fondo del cuello, un verbo sólo la frase, que no se iba ni se diluía ni se tragaba, puesto que estaba para pronunciarse: —Entro.

—No es tan fácil. No es un club deportivo. Vamos a ver.

En este banquete de ilustres en que de pronto cada noche estoy sumida, que es la historia, leo ahora, guevarista y convencida, que el presente es de lucha y que el futuro nos pertenece.

A ellos, me digo.

Y luego más, como si comprendiera, como bebiendo, como diciendo “ah”: El partido es una organización de vanguardia. Los mejores trabajadores son propuestos por sus compañeros para integrarlo. Este es minoritario pero de gran autoridad por la calidad de sus cuadros. Nuestra aspiración es que el partido sea de masas, para cuando las masas hayan alcanzado el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educadas para el comunismo.

Cuándo, cómo llegar a esa educación, me pregunto yo en mi noche.

Y a esa educación va encaminado el trabajo. El partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar una cátedra de laboriosidad y sacrificio.

O sea que los cuadros del partido deberán ser algo así como catedráticos de la vida justa. ¿Con la palabra? Con la palabra y con el ejemplo vivo.

Deben llevar con su acción a las masas a la tarea revolucionaria, lo que entraña años de duro bregar contra las dificultades.

Eso recuerdo de la última vez que vi a Lila, la última o la penúltima, estábamos en el campo y yo le preguntaba cuándo nos volveríamos a ver, ella cuándo volvería, con once o doce años yo inquiría y ella

respondía con su temible temple: pronto, Moni, en algún tiempo, Moni, es difícil, Moni, pero vamos a ganar.

—Livio, saliste, ¿cómo estás?

Lo abrazó. Habían visto una película clandestina o clandestinamente, italiana, que contaba una huelga de otro siglo. Desde aquella noche en la facultad, en que él había sido llevado y no ella, no habían podido comunicarse, y Lila había vivido desde entonces pensando en que hubiera debido estar en su lugar, como si haber sudado por el diccionario de latín exceptuara a su amigo de todo lo mundano, incluida la revuelta.

—Hace unos días.

—¿Y cómo es?

—¿Estar en Devoto por haber tomado la facultad? Lo mismo de irracional que Pi.

Pero el lugar, el sueño, la actitud de los compañeros, quería ella saber.

—Estábamos en una celda grande. En la cárcel hay que organizarse para todo. Hay que votar todo y hay que conciliar todo. Era el ágora constante. Se duerme con todos los silbidos del mundo en los oídos. Y yo que soy viejo desde los quince me la pasé aplaudiendo y gritando.

—Ahora sos nuevo.

—Todavía no, no como haría falta, hay que ver si quiero. Ando inquieto, eso sí, y mientras leo a Cicerón pienso en el Che.

El cónsul Waldemar Sánchez, el pueblo de Garín, el general Aramburu; todas cosas.

No, no, primero el tema de la muerte del general y expresidente Aramburu, y después la toma de La Calera en Córdoba y después del pueblo de Garín en la provincia de Buenos Aires. Y antes que nada la historia del cónsul Waldemar Sánchez, primer secuestrado político, que no es sólo la historia de un cónsul paraguayo de quinta categoría. Todos operativos de la guerrilla. Mientras narro, me sube una corriente, y ante la media sonrisa de mi hijo Pedro, que ha vuelto por

unos días de sorpresa a Buenos Aires, me sonrojo, porque debe haberme descubierto algo de entusiasmo en la voz esta mía.

Nos sentamos a la mesa, pan y vino, antiguamente comemos y bebemos.

El pan no es cualquier cosa y el vino tampoco.

Lila le contó a su amigo que había visto a Jáuregui tendido en la calle y trató de no llorar esta vez; estaba arrepentida de todas las lágrimas. Recordaron con ligereza porque eran jóvenes igual que el tiempo. Todo pasaba todavía, cada cosa resultaba o contemporánea o inexistente.

Toda la noche hablaron de lo próximo.

Y se vieron en la facultad más tarde.

Hicieron latines y sentencias.

Y otra vez descendieron a sótanos y vieron películas clandestinas.

Y cantaron canciones de la guerra civil española.

Y repitieron proclamas.

Y en voz alta leyeron

de Marx y de Lenin

en círculo, girando

en remolino el camino

largo

delante

desconocido.

Ha estado de viaje por Latinoamérica, Pedro, juntando experiencias como lo hace la gente de veinte años en este siglo, como un recolector de frutas, esta experiencia sí, esta no, voy adelante y retrocedo, cuantas veces quiera. Me alegro y enorgullezco por él porque soy madre. Luego me digo cuidado, esto es lo que ocurre en nuestra clase social, y me bajo de los universales. No hay revoluciones a la vista en este barco que vamos.

—Desde cuándo te importa la historia argentina.

Me pregunta o me reclama después de escucharme sobre el cónsul y sobre Aramburu. No le digo es la historia argentina de Lila, o de Lila en Argentina, o de Lila pasada por ese cedazo.

—Desde ahora. ¿Te molesta?

Le respondo. Él está en esa edad perfecta de un hombre que tiene, que come y bebe, que viaja y experimenta, y se abstiene de toda mujer a menos que sea pasajera, elige esto y aquello, trabaja por necesidad pero ante todo por sí mismo y su contento, le gusta o le disgusta, puede Lima o Quito no como hace cuarenta años imagino, no como los de antes creo.

Con una frase había quedado ella, y la hacía rodar —una piedra lisa y esférica, la frase— de un lado al otro sobre la palma de una mano: lo mandan a Rosario, a Rosario lo han mandado. Víctor se había ido de Buenos Aires y no le había dejado más que esa sentencia, ni foto ni esquela.

Desde el verano, que pasó en el campo, Lila había abandonado todos sus contactos del año anterior; había montado a caballo, había ido por badenes, cazó avestruces. Un primo alto y desgarbado, poco apto para la vida agreste, le enseñó a tirar con una escopeta de esas que después se recordaban en el hombro. Los perdigones dejaban manchas negras en el pecho de las codornices. En Huinca-Renancó entabló amistad con el párroco, aunque despreciaba a la iglesia y en su casa se había cultivado desde siempre un higiénico ateísmo. Por el suelo arenoso del

sur de Córdoba iba y venía, a pie, a tracción a motor y a sangre, en las tardes secas y terriblemente calurosas, cuando en la casa de ellos bajaban las persianas para impedir que entrase el sol y el aire con su sofoco. El párroco, al parecer, tampoco era muy pío, y en un mal oculto escepticismo daba clases en la escuela del pueblo, de lectura y escritura, de acuerdo a la necesidad, con Lila primero de mero testigo, luego de ayudante, hasta de noche si hacía falta. La naturaleza afuera hablaba. Esto, por un tiempo, le trajo a Lila una benéfica confusión.

Era principios de enero de 1970 y aún pensaba en el centro de estudiantes, era principios de febrero y ya lo hacía sobre sus alumnos, la v corta y la b larga, vaca y barca y vamos. A mediados de mes trabajaba desde la mañana hasta bien entrado el atardecer. Creía en plantas y en vocales, y había dejado de estudiar el estado de los dientes de unos y otros, afectados por el agua mala del sur de la provincia. Coqueteaba, en el fondo, con un cierto altruismo que le hacía la corte. Más tarde se lo atribuyó a la naturaleza inmediata y rodeante, que tanto cantaba y soplaba, y no la dejaba pensar.

Pasó así unos meses de embeleso consigo misma y con la sencillez del mundo; se

convenció de que enseñar a leer a los analfabetos y escribir a los incautos bastaba sin sobrar. En esa conformidad consigo misma respiraba desde temprano, en la satisfacción de ser buena persona y de regalar su tiempo a los demás.

Hasta empezaban a gustarle los perfumes. Creía preferir esta a la otra flor.

En la despedida, Pedro me felicita por verme frente a uno de los dispositivos electrónicos ante los que he claudicado. Le digo que leo el diario. ¿Y la antigualla impresa que recibo todas las mañanas?

—Este diario es de marzo de 1970.

—¿Y lo matan al tipo?

—¿Qué tipo?

—Al cónsul.

—El cónsul qué importa.

Perplejo, me toca un hombro. Por segunda vez es sólo un instante en que arrancado de su mundo, adormecidos sus intereses inmediatos,

cree descubrir un desequilibrio en esta constante, externa pero no tanto, siempre repetitiva y dichosa o al menos segura que, aguardaba, serían para él para siempre esta casa y mi persona.

—Fue el primer secuestro político de la época, el de un cónsul paraguayo en 1970, Waldemar Sánchez. Y hubo alguien que nunca más apareció.

La ola de secuestros alcanzó a nuestro país, dice el sobretítulo; antes Santo Domingo y Brasil, ahora todo el sabotaje en el mundo; en el norte panteras negras, en el este los palestinos.

Se sienta y apoya la cabeza en una mano, como si quisiera escucharme, aunque tiene el abrigo puesto y la otra mano en el bolsillo que le avisa de alguien que haya dicho algo en alguna parte de la Tierra que esté en contacto con su persona, que le comparta algún rastro de existencia sin el cual, misteriosamente, le cuesta vivir.

—Uno de los chicos presos no llegaba a tu edad. El otro está desaparecido.

—¿Los secuestradores del cónsul?

—No. El secuestro lo hicieron sus compañeros, para que los legalicen, porque se los habían llevado hacía unos días y la policía no los blanqueaba. Entonces la organización, que se llamaba Frente Argentino de Liberación, secuestró al cónsul para presionar a las autoridades. Se los habían llevado por un robo que planeaban, no de delincuentes, un robo para la causa.

—Que sería.

Le veo el triunfo antes de pronunciar nada.

—La vida justa.

Mira su teléfono portátil, luego me responde.

—Por favor.

—La liberación nacional. Pero el lugar desde donde planeaban el robo fue descubierto y de los dos que trabajaban ahí no se supo más nada por varios días, y por eso la organización secuestró al cónsul, para dar a conocer el caso y para hacer presión sobre el gobierno, para que reconozcan que los tenían.

A fines de mes, un día de lluvia, Carlos pasó por la casa de verano de toda la familia, haciendo ostentación de algún pasado reciente y riesgoso que Lila no se encargó de desenterrar. Las insinuaciones cayeron en nada, hasta cuando él le confesó que lo habían mandado a Rosario con algún encargo. El nombre de esa ciudad hizo volver de lejos la piedra esférica de la frase dicha por el médico, a la que Lila había hecho girar durante meses y que era el único regalo que le había dejado eso que ella, ya pronto, a esa mínima altura de veinte años llamaba primer amor. Le echaban a perder el olvido.

De modo que, cuando despidió a Carlos, se cuidó de no traicionar ninguno de sus nuevos principios: le confirmó que regresaría a Buenos Aires para trabajar en las oficinas del tío Julio como secretaria, y por la tarde y los fines de semana colaboraría con un grupo al que la contactaba el párroco.

—¿Te vas a dar catequesis? Me caigo muerto.

—Para nada.

—Pero creés en Dios ahora.

Era inútil dar explicaciones. En su nueva razón vivió hasta principios de marzo, en ese arrullo. Volvió a la ciudad con una dirección en una manga y una voluntad en la otra; pero en la oficina tuvo que aprender a pasearse en traje de mujercita; por la tarde se cambiaba de ropa y viajaba, en colectivo y en tren, a la nueva parroquia donde la esperaban, hasta última hora, y lo mismo sábados y domingos. Un día, desapercibida, la hicieron rezar. Era la forma, se decía de regreso a casa, de estar con la gente, puesto que eso nuevo valía, estar con la gente. Sabía que se conformaba, y sabiendo se conformaba.

Había los pececitos de colores de la reconfortación. La facultad le parecía una trampa, no se había acercado desde entonces más que de lejos, pero un día de piernas blandas fue hasta la biblioteca y vio a Tito Livio a unos metros, corrió y lo saludó. Llevaba un ojo tapado como un honrado general.

—¿Te pegaron?

—No, tengo una infección.

Se concedieron un café.

—¿Es cierto que creés en Dios ahora?

—Te dijo Carlos. No, no es cierto.

Hablaron de Plinio y de Platón como se habla de planicies y parajes, geográficamente. Se citaron, se vieron, se rieron. Fueron de nuevo juntos a reuniones, cantaron a Viglietti y aplaudieron. Se discutía de la antinomia peronismo-antiperonismo, que había sido la contradicción principal de la política argentina, que ellos mismos estaban para superar. ¿O no estaban ellos para ser mejores?

Pedro contesta algo en el aparato, que ya envejece en su mano, y él no se da cuenta; él nunca va lo suficientemente de prisa en el tiempo de la invención que los hombres han inventado, y yo soy tan antigua. Ahora me mira con esa cara que le conozco, entre compasión, tedio y una pizca muy elemental de curiosidad.

—¿Y por qué todo esto?

—Por alguien de nuestra familia, alguien que no conociste, alguien de la que nunca te hablamos, ni tu padre ni yo ni los tíos ni nadie.

—Ya son las doce.

Dice como si yo entendiera la urgencia. Nos despedimos con una promesa de las de nylon, que sirven para cualquier uso y pueden lavarse infinidad de veces, contentos él y yo, él por su novedad tras la que va y yo por lo contrario, cada uno en su cubículo.

Todo da vueltas sin embargo cuando la puerta se cierra.

Uno de los chicos de las FAL no apareció y el otro fue mostrado con signos de torturas, seis días después de haber sido secuestrado por las fuerzas de seguridad.

Alguien secuestra porque otros han sido secuestrados porque podrían secuestrar. Este círculo gira, como en los juegos infantiles.

Voy a la cocina y ordeno la mesada.

Voy al living y ordeno la mesa.

El baño.

La habitación.

Algo está mal, algo parece en vuelo aleatorio, como el de la polilla.

Para frenarlo, se sabe.

Es el pasado la polilla.

Las tazas ordeno por las formas, lo mismo los platos.

Los libros entre dos tapas según el alfabeto.

Enlisto muertes, secuestros y fechas. Digo 27 de junio de 1969, digo 29 de mayo de 1970. No, antes viene el 29 de mayo de 1969, el Cordobazo. En el cubilete hay nombres y fechas, revuelvo y miro hasta el fondo. Digo hay que ordenarse. Me propongo un brevísimo diccionario de los días. Y como todos los diccionarios tiene malas definiciones.

Un viernes 27 de junio de 1969 fue asesinado Emilio Jáuregui.

Un martes 24 de marzo de 1970 fue secuestrado un cónsul, por un comando llamado Emilio Jáuregui.

Un viernes 27 de marzo de 1970 el padre del detenido por las fuerzas de seguridad dice que su hijo fue bárbaramente torturado con la picana eléctrica, tiene un brazo

luxado, las declaraciones anteriores donde negaba la existencia de tortura fueron exigidas por el juez.

El sábado 28 fue liberado el cónsul, quien declara ante los periodistas haber sido tratado bien por los captores.

Intensa batida policial en el Gran Buenos Aires.

Me digo: basta con que ponga unos porqués, unos aunques, y ya estará bien y hoy me esperará una buena noche bajo el cielo de las conjunciones, consecutivamente y casi sin adversación.

—¿Quién te manda, m’ hija?

—El padre Povedere. A entregar este bolso.

—¿Sos cristiana? ¿Creés en Dios?

—No.

—Dame para acá eso que traés.

Estaban Lila y Jerónimo Flores en una oficina tapizada de carpetas, oculto tras una última estantería el retrato del General.

—Les pedí un muchacho como la gente.

—Yo puedo hacer todo y soy como la gente. Sé hacer fuego de nada y corro muchos metros.

—Así que todo sabés hacer.

El material impreso era de la calidad mediocre a la que estaban acostumbrados; el hombre lo revisó sin detalle; todo detenerse era hacerse débil, visible, y el movimiento obrero ante todo era un movimiento, había que marchar y aprestarse, y mantenerse atento, y adelantarse a los golpes.

—Hay tres fábricas para cubrir. ¿Estás sola o con alguien?

—Tengo un compañero que viene.

—Si te ven, no corras. Soltá todo.

Organizaron el material en tres bolsas opacas —una con su prolija caja de zapatos, otra de una fábrica de suéteres de Mar del Plata, y aunque Lila se ofreció a llevar las tres, le dieron sólo dos, y de la primera debía deshacerse a unas pocas cuadras nomás, decir de parte de Jerónimo y esperar a alguien que bajara, no, ella no debía subir—.

—El cambio de turno es a las seis de la mañana. Hay que llegar antes y ponerse en alguna esquina donde la guardia de la fábrica no te vea, ¿entendido? ¿Qué pasa ahora?

¿Te agarró chucho?

Lila había soltado la bolsa y vuelto a la banqueta metálica de la que ya se había despedido.

—Es la reivindicación más justa que te puedas imaginar, no te va a pasar nada, mirá la pinta que tenés.

Se fue con sus cargas, entregó la primera en el edificio que le habían indicado, de donde bajó una persona como le habían indicado, y la otra la abrazó.

Llegó a casa; el padre leía, la madre escuchaba la radio en la

habitación azul con las noticias del último día disponibles. Se saludaron y se preguntaron. Lila ya estaba habituada a maquillar un poco lo dicho. La madre, que había dejado a un lado la prenda a la que se abocaba esa tarde, se recostó contra el marco de una puerta mirando al living; tenía como dos puños rojos marcados en las mejillas.

—A ese chico lo torturaron.

—Lo habrán torturado, sí.

Dijo el padre sin levantar la vista.

Lila se duchó y pensó en el agua: todas las cañerías que hacían falta para semejante acto de magia. El privilegio de una toalla y un pie que secar la sobrecogió.

Mintió la mañana siguiente; despertó a la madre, quien dijo no haber oído ningún teléfono de última hora sonar la noche anterior. ¿Era posible? Al padre de esa antigua compañera de colegio lo velaban bien temprano y bien lejos. Ahora eran las cuatro; que se cuidara por ahí. Un colectivo la dejó en la estación donde tomó un tren y luego otro

colectivo y luego unas cuadras a pie, ya con el compañero secundando, que no era más que Carlos, ahora en silencio, la cuerda invisible del miedo puesta de bufanda pero alegres, cantando en murmullo, el camino era el correcto, la calle se llamaba como debía hacerlo y estaba en su lugar. Pasaron una vez por delante de la guardia de la fábrica; dieron toda una vuelta a la manzana y se detuvieron y como ya llegaban los trabajadores sacaron los volantes y empezaron a repartir, y algunos seguían de largo, y algunos aceptaban, y otro le decía estás loca, piba.

Llegó un auto blanco, privado, sin inscripción.

Bajó un chico joven, apenas mayor que ellos.

Le pidió un volante y ella se lo dio.

—¿Así que sos de la zurda?

—No, nada.

Sólo entonces tiró al piso lo que tenía encima, como le habían indicado.

—Una comunista.

Dio como veredicto el joven al otro policía de civil que ya bajaba.

—Sólo estamos tratando de informar a los compañeros obreros.

—Cerrá la boca.

Carlos se había escondido a tiempo. La llevaron hasta el auto, la cachearon a punta de pistola, y del mismo modo la hicieron subir.

Leo en el manual del brasileño Marighella, leo una y otra vez, y me vienen amaestradamente como roedores las ideas. Sobre qué son los secuestros o sobre qué es secuestrar, y a quién secuestrar y para qué hacerlo: Secuestrar es capturar y aguantar en un sitio secreto a un agente policíaco, un espía norteamericano, una personalidad política, o un notorio y peligroso enemigo del movimiento revolucionario; el secuestro es usado para cambiar o liberar camaradas revolucionarios encarcelados, o para forzar la suspensión de la tortura en las cárceles de una dictadura militar; el secuestro de personalidades que sean artistas conocidos, figuras del deporte, pero que no tienen

evidencia de interés político, puede ser como una forma de propaganda para los principios patrióticos y revolucionarios de la guerrilla urbana en caso de que ocurran en circunstancias especiales, y el secuestro sea manipulado de una manera que el público simpatice y lo acepte; el secuestro de residentes norteamericanos o visitantes en Brasil constituye una forma de protesta en contra de la penetración y la dominación del imperialismo.

Lila se pasó su primera noche en la comisaría de pie, no entendía el lujo de sentarse.

Al día siguiente cabeceó cuando pudo y usó la letrina de la celda que compartía con otras tres mujeres. El acta de arresto concluía: peligrosísima. Ensayó sus artes docentes con otras dos que llegaron al cuarto día, cuando la madre fue a verla por única vez. El padre había estado desde el principio, haciendo gestiones y entregando comida, que se repartía en la celda y entre todas las habitantes con disimulada convicción. Tras una semana durmió casi alegre en las mantas que el piso ofrecía, abierta a la labor de los piojos, que de todas formas ya la habían conquistado. Vino el padre Povedere a visitarla, porque las

noticias tenían sus canales y otros cursos de agua, y así marchaban.

Su presencia generó una mezcla de fascinación y recelo burlesco entre sus compañeras de celda, sobre todo las prostitutas, y provocó luego una noche metafísica, aunque ya por la mañana, curadas, se burlaron de Dios. El día quince la sacaron, dos semanas antes de lo previsto gracias al abogado de la familia, su padre triunfante y ella triunfante, cada uno con su motivo como una piedra preciosa que ambos, equivocados, se sospechaban mutuamente falsa.

Pedro no deja de sorprenderme. En este último tiempo ha ido a Suiza, luego otro paso por Buenos Aires, luego a Lima, y ahora está de regreso sin aire alguno de aventurero, con el pelo en su lugar y una sonrisa distinta de la que está acostumbrado a regalarnos a todos nosotros, a este colectivo humano, empujado por el hábito y los genes a darse periódicas muestras de existencia, es decir, esta familia que pasa por suya.

Hasta me ha convencido —él a mí— de que vayamos a la reunión de hoy, él que es el joven de los históricos sabotajes a cualquier celebración.

Se burla, me digo, cuando abro la puerta y le veo las flores.

—Son para Berta.

Pasa al otro lado, a este lado, con la destreza de un animal humano apenas, tan elegante y grácil se me antoja. Me pregunta si no estoy lista y luego, sin esperar respuesta, se echa en el sofá a estudiar su teléfono. De este último fogonazo de atención debo alimentarme por un buen rato, desde casa hasta lo de Berta en la calle Montevideo, dudando sinceramente, dudando si prefiero el antiguo silencio de cuando los otros no nos hablaban sin excusa alguna o estos nuevos silencios justificados por lo que hay ahí, en lo brillante.

Digo lo nuevo lo nuevo, lo abrazo y lo beso.

—Te quedaste en el medio de la calle.

Me dice Pedro y me arrastra.

En casa de Berta, que es de cortinados y de sospechosas porcelanas Meissner, nos mira en la entrada el retrato de su marido, que fue embajador en Japón. ¿Cuándo?

Pregunto. Me responden en los años setenta.

¿Cuándo exactamente?

Insisto, enfrente, mirando.

¿A qué grupo pertenece en la historia que quiere su mayúscula, de qué color viene pintado este antiguo esposo?

El cuadro tiene fondo negro, la cara tira a verde.

Ah, los colores. Estoy ejercitándome desde las noches en paredes de Lila, y quisiera olvidarlas como se apaga una música: la historia como un aparato transmisor, encendido, lo contrario, al antojo.

¿Carlos estaba seguro? Lila dudaba porque no entendía el propósito.

—Una información que siempre sirve. Además, si supiera para qué lo quieren tampoco te lo podría decir.

—Estás adentro entonces.

Concluyó ella. Era tarde en la habitación de la casa paterna, el primo Carlos estaba sentado en la punta de la cama, apretando las dos manos entre las rodillas, hecho un pequeño nudo, provisto por todos los medios de la voluntad para no hablar.

Entonces Lila le hizo el croquis de la comisaría donde había estado entre marzo y abril de 1970 durante dos semanas, la entrada, el pasillo, las celdas, el subsuelo que sólo había entrevisto cuando la liberaron. Le tendió el plano e inmediatamente volvió a quitárselo.

—No podés tener una cosa así encima.

—Pero no dice comisaría ni dirección ni nada.

Lo guardó plegado en veinte en el bolsillo y anunció que se iba.

—Ah, a esto habías venido.

Él no contestó, o sólo con una pregunta.

—¿Lo oíste al general Lanusse? Que el ejército sólo quiere la libertad y la democracia.

Era un cinismo insoportable.

—¿Y lo de Aramburu?

—Ese secuestro es una interna militar.

—Para nada, no, es político.

Se estudiaron, decidieron que ninguno sabía a ciencia cierta lo que decía. Se despidieron hasta la semana siguiente; nunca más se volverían a ver.

Hablo con Berta; el *rouge* se le escapa apenas hacia la altura, venciendo en hilos las fronteras del labio superior. Hablo con Marta y me pregunta por el tío Julio. Dejo que este baño de la normalidad de antes me limpie y me ensucie en su conocida proporción.

En el *toilette* de recepción, encerrada, me miro las manos de este cinismo que tengo, que me pica y me ladra. Salgo y veo a Pedro en una misión con la dueña de casa, ya estuvo convenciendo de inversiones al tío Rogelio, luego avanza hacia un último destino,

alguien a quien ha visto una o dos veces en la vida, un planeta alejado de nuestro sistema, más frío seguramente por su posición marginal. Me entretengo descifrando el contenido de un bocado a la moda, con blancos y violetas, como un sombrero dieciochesco que hay que comerse. Pedro me hace una seña, y entonces todo vuelve a parecerme justo. No veo la hora de hacerme, en lo que esté tramando, su cómplice.

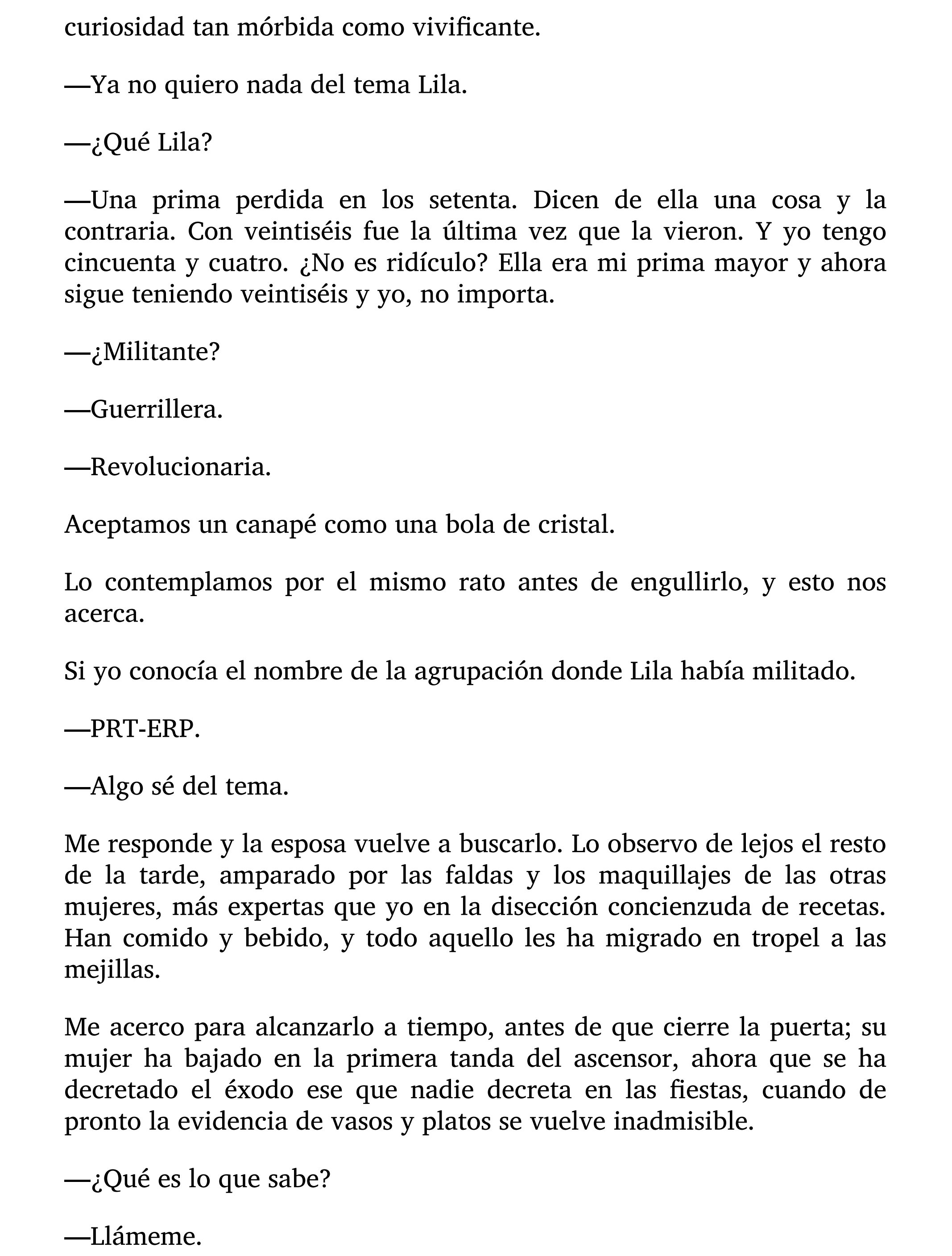
Fabio, me explica, el esposo de Mirta, la prima de X, tiene un hijo que trabaja en el Mercado Central. Hablamos de todo un campo de legumbres y hortalizas y luego, de la nada, me murmura "sabe de secuestros", y me deja sola con él.

Revolvemos un cacharro cubierto de salsa. Le pregunto por el Mercado Central.

—Mi padre conoció a Perón.

Me dice, no creo que en respuesta. Se ve que Pedro algo le ha dicho de mi debilidad historiadora.

Hace sólo unos pocos días tal cosa me hubiese llenado de una



curiosidad tan mórbida como vivificante.

—Ya no quiero nada del tema Lila.

—¿Qué Lila?

—Una prima perdida en los setenta. Dicen de ella una cosa y la contraria. Con veintiséis fue la última vez que la vieron. Y yo tengo cincuenta y cuatro. ¿No es ridículo? Ella era mi prima mayor y ahora sigue teniendo veintiséis y yo, no importa.

—¿Militante?

—Guerrillera.

—Revolucionaria.

Aceptamos un canapé como una bola de cristal.

Lo contemplamos por el mismo rato antes de engullirlo, y esto nos acerca.

Si yo conocía el nombre de la agrupación donde Lila había militado.

—PRT-ERP.

—Algo sé del tema.

Me responde y la esposa vuelve a buscarlo. Lo observo de lejos el resto de la tarde, amparado por las faldas y los maquillajes de las otras mujeres, más expertas que yo en la disección concienzuda de recetas. Han comido y bebido, y todo aquello les ha migrado en tropel a las mejillas.

Me acerco para alcanzarlo a tiempo, antes de que cierre la puerta; su mujer ha bajado en la primera tanda del ascensor, ahora que se ha decretado el éxodo ese que nadie decreta en las fiestas, cuando de pronto la evidencia de vasos y platos se vuelve inadmisible.

—¿Qué es lo que sabe?

—Llámeme.

Me dice. Más no puede hacer por mí.

—¿Por qué sabe de todas estas cosas?

—Sé porque me importa.

—A mí me importa y no sé nada.

Iban y venían comunicados, la televisión, la radio y los diarios estaban repletos de la misma información, que era ninguna.

—Sí, para mí es cierto lo que dice mamá, que a Aramburu ya lo mataron. Era un cerdo de todas formas.

Sí, repitió Lila aunque el padre no hubiera preguntado nada, y sin saberlo reprodujo la mayoría de los argumentos que la agrupación Montoneros ponía en su comunicado para ejecutar a Aramburu en la prisión clandestina: sus responsabilidades en el golpe contra Perón en el 55, el robo del cadáver de Evita, los fusilamientos del 56.

—Pensé que habías dejado de leer el diario.

Le dijo el padre.

—No dejé, pero estoy cansada de ese montón de mentiras.

—Si fuera cuestión de cansarse.

Primero se sintió seguro en su pequeña burla a la hija, luego le volvió, como en un eco, el miedo en su onda corta, por un segundo, porque Lila era una mujer joven, pensaba, sabía, iba y venía, y el mundo le daba menos razones que a él para indisociarse, para entregarse al antiquísimo teatro de la normalidad. Se propuso entonces no haber hecho lo que ya había hecho, no haberla educado así, no haberla dejado ser eso en que se había convertido su hija y en que aun sin educación liberal, burguesa a medias, enciclopédica, se hubiera convertido de todas formas. Jugó entonces, por un momento, al demiurgo antes de despedirla, acongojado y orgulloso a un tiempo, arrepentido, celebrante y seco.

Lila cumplió punto por punto el pacto cerrado hacía unos meses con la vida cotidiana: fue al trabajo, habló y sonrió, tomó el tren y el colectivo hasta el centro del padre Povedere, dio de comer y dio de leer, recorrió las casas de chapa y las de media construcción, repartió carbón, leña y leche, ensució y limpió, y desandando el camino de la tarde de noche llegó justo al último cambio de turno de clase, se apostó, como aquella vez de la toma la policía, cerca de la puerta, vio salir y entrar gente, estudió caras, hizo hipótesis, y para cuando todos dormían volvió a casa.

Con una constancia reluciente, que por error había siempre atribuido a los que no piensan, repitió el rito de los días hasta que dio con lo que había buscado sin sorprenderse, porque de ahora en más estaba decidida a descartar las sorpresas para dedicarse a un modo preciso de eso otro, el cálculo de la voluntad. Se acercó corriendo a la puerta del edificio de la facultad, donde al fin lograba interceptar al contacto, pero frenó unos metros antes para no llamar la atención. A tiempo improvisó y sacó un libro de la cartera.

—Quiero una cita. Estoy decidida a entrar.

Él la miró para reconocerla.

—Te averiguo y te llega.

Nada más, apenas con una sonrisa la reconfortó.

Nos separamos y quedamos a unos pocos centímetros que pronto volví a franquear para tocarle el brazo, para comprobar si era auténtico, como un pobre científico con su materia. Lo era, más que la habitación atiborrada en la que estábamos; hubiera bastado

una mínima confusión de los sentidos para que aquellas carpetas, libros y papeles se pusieran, como fantasmas, a bailar sobre nosotros.

—¿Nunca imaginás que todo esto se te viene encima?

—Siempre.

Me dice Fabio y me acaricia.

El colchón del sofá cama se vence en cualquier punto en que uno se apoye con insistencia; es tan viejo como nosotros. Después de todos estos años de desconocimiento del sexo he dejado, de pronto, de armar cada vez que me desnudo un juicio sumario sobre mi pecho y mis rodillas. Tocar es infinitamente mejor que mirar. Estoy tan lejos a sólo treinta cuadras de mi casa; todo me parece marciano, o al menos de Oriente. Ni siquiera tengo prisa por vestirme. Fabio se rasca un pie con el otro, se pone la camisa en dos gestos; todo esto que hace de su cuerpo me parece un arte deslumbrante.

Fueron unos minutos, hay que levantarse.

Hasta en la curva con que los hombros le rematan la espalda se le nota

el archivo atiborrado donde vive. Mueve las manos como si tuviera guantes, y saca tres recortes de 1956: el primero, una foto del general Valle, con telescópico sombrero militar, otra de Aramburu dándole la mano a alguien para la historia; una tapa de diario que dice: Fue desbaratado el intento subversivo y se restableció totalmente la normalidad.

Tocan a la puerta. Fabio pregunta pero ya sabe. Le responden el bien conocido y susurrado, de años, esperado y apenas detestado: “Soy yo”. Responde con lejanía un

“ya va”, abre la ventana y en tres maniobras bien ejercitadas dobla en dos el catre y pone los almohadones en su sitio. Yo he tenido el tino de vestirme a tiempo.

—Es mi mujer.

Me dice, aunque antes había negado que tal vínculo, tal uso de posesivos rigiese aún entre ellos. Mirta pasa y se sorprende de verme, sin pizca de actuación, pero lo demás parece estar bien orquestado, que la cena, que el desayuno, que el pago y que el cobro; están encantados de tenerme de testigo y disfrutan como soprano y barítono de la propia voz.

—Pensé.

—No pienses.

Me recomienda Fabio. La mujer se ha ido. No es noche de estreno ni duda de sus parlamentos, y sin embargo teme por un momento ante este público compuesto por mi persona. Hasta tengo que consolarlo, aunque no me sobra ningún regazo. Saca otras cajas para mí; tiene toda una técnica de banquito y equilibrio para treparse y moverse en los pocos metros de su archivo. Me muestra otras cosas valiosas, que elogio; me muestra fotos de presos y asesinados como retratos de la propia familia, hasta a algunos les acaricia la cara con un dedo.

—Todo esto no te sirve, ¿no?

—Muy poco.

—¿Cuánta gente viva queda que la conoció?

—No sé. De mi familia mi tío Julio, uno que siempre decía la loca de mierda de Lila, es su estribillo cada vez que le pregunto. Estuvieron años sin decir nada o lo de siempre, que estaba de viaje, que había

salido del país justo con la dictadura. Alguien les debe haber recomendado la mentira. Yo tenía doce años y podría haberme dado cuenta de algo y no me di cuenta de nada, me la pasaba preguntando, en el 77, en el 78,

¿cuándo viene Lila? Mi madre se debe haber cansado de llorar encerrada, por Lila y por todo lo demás.

Segura no estoy de lo que pueda ser un hombre sensible; lo hubiera dicho sin dudarlo de Fabio hasta hace unos minutos. Pero ha decretado de pronto que acabó la hora del confesionario y se pone prontamente a guardar lo que desplegó con aire de taxidermista, en cofres y terciopelos, por mí. Me baja dos libros que golpea al explicar.

A Aramburu lo mataron en junio del 70 los Montoneros, y nadie estaba ni remotamente enterado de quiénes eran esos montoneros, y como siempre llovieron comunicados falsos al principio, y el gobierno del general Onganía hacía declaraciones inútiles porque nada sabían de nada, aunque consiguieron que buena parte de los políticos que mantenían proscriptos desde hacía cuatro años salieran a condenar el hecho, el hecho deleznable, el hecho escandaloso, del asesinato político en Argentina, de un expresidente, secuestrado a plena luz del día de su casa, el día que, como se sabe, es el reverso de lo oscuro y tenebroso.

Los militares entonces decidieron y decretaron.

En nombre de las profanaciones hechas. El cadáver de Evita sustraído. Las manos de Perón robadas.

Lo que esos militares, como si fueran siempre uno y el mismo, se arrogan en nuestra historia, dice Fabio.

—¿La historia de quién?

Le pregunto. Me anuncia que no está para trampas.

—Pensé que eras archivista, historiador objetivo, que querías ayudarme.

—Y es cierto.

—Pero estás como sobre un montículo, estás parado en algo diciendo y perorando.

—No hay no estar. Sólo hay lugares.

—Yo no quiero un lugar, yo quiero a Lila, el viaje de Lila, la Lila que va.

Esa tarde hablaba el mayor dirigente gremial, el de la voz más auténtica, y ellos y otros habían armado una columna de la facultad e iban por la avenida Belgrano cantando consignas y sosteniendo banderas de reivindicaciones, y cuando llegara la montada ya sabían: cerrar filas, mantenerse a un lado de la calle, no temer en lo posible el pecho de los caballos cuando se avecinan. En el salón ovacionaron al jefe sindical Agustín Tosco y se fueron con el espíritu y los puños grandes. Lila había tenido su cita, su otra cita, su entrada formalizada a la posición de aspirante al partido. Quería hacerlo todo; salía al alba, con el aerosol en la cartera, y pintaba sus tres letras, y explicaba más abajo: Partido Revolucionario de los Trabajadores. Bajo estado de sitio, con la pena de muerte desde el secuestro de Aramburu, no había más que tener razón de este único modo. Lo más arduo eran los almuerzos, con la secretaria y el otro compañero de trabajo, bajo la ventana, con la avenida de atrás retumbando.

Peinarse, revocarse, vestirse. Había que cuidar tanto las palabras.

En la oficina del tío Julio comentaron la caída del presidente Onganía, que era hombre respetado y católico, y el deseo de parabienes al próximo militar a cargo; todo aquello era para la tranquilidad de todos ellos, era lo más conveniente, porque los militares sabían lo que hacían. Los fines de semana de Lila se llenaron de fiestas y de amoríos imaginarios al gusto de la secretaria a cargo, que era tan eficiente como sus uñas; y de las uñas también había que hablar, también las uñas y las palabras vertidas sobre ellas eran, en aquel alambique, un acto revolucionario.

—¿Qué es esto?

Preguntó la secretaria a cargo. Dentro de la revista *Siete Días*, oficial y burguesa, que hablaba de la virginidad y de los *hippies*, una en desaparición y los otros en auge, Lila había dejado olvidado el diario del partido, con su grafía urgente en la portada y en los titulares. Era absolutamente incriminatorio tener algo así en mano. Lila rebuscó en su vocabulario como en un arcón del tesoro.

—Qué barbaridad.

La secretaria la estudió.

Lila dijo que desde siempre el kiosquero le había resultado sospechoso.

Cuál era, quiso saber la secretaria, para no ir jamás.

Resultaba un mal paso, la falsa delación. También la verdadera.

Esa noche, en la reunión de célula, hizo una autocrítica por su traspié en la oficina, que no repetiría jamás. Pero había que discutir lo urgente: el partido había tomado una comisaría en Rosario, y habían muerto dos policías.

Dos agentes del enemigo, lo reconocieran o no.

Era de tarde un sábado cuando le dieron el arma.

Por seguridad. Porque la guerra había comenzado.

Todo a la vez sucede. Tiene el todo esa costumbre. El arma era lo único que la había hecho retroceder hasta entonces. Y el arma era ahora lo que la había ascendido a miembro del partido, después de la prueba de aquella noche, cuando un compañero mayor, admirado, le había dado para poner una bomba de estruendo en la calle vacía y la bomba había estallado perfectamente. El ácido quema la pipeta, el ácido llega a esa plastilina blanda bien amasada. Ahora, era un orgullo de plomo el que llevaba nerviosa y preciosa al cuello.

Tengo un libro de un hombre ya muerto como la mayoría de los hombres y los libros. Pertenece a Fabio, que me ha mandado a casa con lectura como con remedio.

Entre ellos, con el tiempo, los integrantes de la célula empezaron a usar una frase para saludarse y despedirse, en lugar de Patria o Muerte, o Hasta la victoria siempre: Hambre igual Violencia.

Se veían así, sin nombres verdaderos, y se saludaban así, con palabras en mayúscula.

Se hacían citas de control personales, para saber del otro, pasaba uno por delante de la mesa de un café acordado a una hora y nada más, y hasta lograban no mirarse a los ojos al hacerlo.

Entonces el responsable bajó una consigna: hay que organizar un

desarme. Sería en las próximas semanas y había que dividirse las tareas. Propusieron un policía en Zona Sur. Organizaron una posta sanitaria y las debidas citas de control. Apenas si durmieron de doce de la noche a tres de la mañana el día del operativo; la compañera vomitó lo que traía en el estómago antes de subirse al Valiant; Lila iba al volante, los otros dos atrás. La coartada era un pañuelo blanco; alguien estaba enfermo, se trataba de una emergencia; nada mejor se les había ocurrido.

A una cuadra del lugar se detuvieron. La responsable y el otro compañero se acercaron al policía, y riendo pasaron de largo; cuando les dio la espalda retrocedieron; el compañero le inmovilizó el brazo del arma y luego la responsable le puso una pistola en la espalda para quitarle la que traía. Entretanto, donde la tercera compañera vigilaba, enfrente a unos metros, aparecieron dos hombres; ella se puso bien visible bajo el único farol radiante, ya casi inútil por el día, les mostró lo que traía en la cintura y les dijo: no pasa nada, adelante, no pasa nada.

Todo pasaba; el policía había crecido varios centímetros en esos pocos segundos, desde que habían intentado sujetarlo; fue un forcejeo breve, como para no irse intocado a la esquina del perdedor que le correspondía esa vez. Lo ataron al poste de un alumbrado, una vez despojado del cinturón, del bastón y de la reglamentaria; ahora faltaba la ropa, el preciado uniforme, útil y combatido, empapado con sus secreciones.

Fue cuando el compañero empezaba a tirarle de los pantalones que el policía reaccionó, en un descuido, y le pegó con la punta del zapato en el ojo. ¿Cómo no golpearlo en repudio? La responsable del operativo intervino y le repitió lo que el compañero ya sabía, pegarle al agente era convertirse en su igual.

—Son unos imbéciles.

Los despidió el policía.

—Y vos sos un traidor del pueblo.

La compañera hacía señas desde enfrente; Lila había arrancado el Valiant. Una vez adentro, una vez felicitados, se dieron cuenta, a las cuadras, antes de cruzar a Capital, que el tapizado blanco del Valiant se había teñido. ¿Era el ojo o las adyacencias lo que sangraba? A riesgo decidieron deshacer parte del camino, ir hasta la posta sanitaria. Se detuvieron. Sólo entonces notaron que ya eran casi las

siete, la gente iba, la gente barría una vereda. Lila bajó contra toda orden, porque creyó que si salía del auto el brazo dejaría de temblarle como lo hacía. Abrió alguien que ella reconoció de inmediato y tuvo que evitar conocer ante los otros, porque el único nombre que le hubiera dado habría sido el verdadero. El médico dijo no es profundo, como si ya supiera, y se esfumó, con el herido, tras el truco de la puerta.

Leo con recelo y con fascinación, como agitada en los ojos, la crónica de una toma de comisaría en Rosario, el 18 de septiembre de 1970. Fue el *bautismo de fuego* del ERP, el ejército revolucionario formado por el PRT. Murieron dos policías. El autor de la crónica es Gorriarán Merlo, un hombre de cara de tierra. El libro viene atado a otros que he ido juntando y me han dado, una ristra de ajos de libros que estoy buscando tragar.

Uno de los objetivos de la primera acción militar era propagandizar el programa del ERP, las siglas del ERP, y otro era la preparación de los compañeros a través de la experiencia.

La experiencia de qué cosa exactamente trato de no preguntarme; la experiencia de la revolución igual me contesto. Él, Gorriarán, era el responsable. Miro lo que la sibila de la pantalla brillante me muestra: una foto suya de años posteriores, en la cárcel, tras una larga huelga de hambre, un hombre con pecho gigante y sin estómago. La borro del plumazo de un dedo.

Antes de la acción hicimos una maqueta a tamaño natural y simulamos el ingreso y la reducción de los policías de la forma más real posible; en los ensayos, algunos compañeros hicieron de policías y practicamos las diversas reacciones que podían tener y la forma de movernos con rapidez. También hicimos una práctica de tiro con aire comprimido y pistolas 22 que eran parte del poco armamento que teníamos. Ese día seis compañeros fuimos a la comisaría, entramos y durante la reducción se produjo un enfrentamiento en una de las habitaciones; hubo un tiroteo y murieron dos suboficiales

de la policía. Eso, lógicamente, nos causó fuerte impresión. Hasta ese momento la muerte había sido solamente teoría; pero al ser una realidad nos afectó mucho, nos causó un gran golpe psicológico.

Imagino lo que puede ser esta bofetada psicológica.

Tanto nos había afectado, que incluso demoramos más de un día en

hacer el comunicado, en vez de mandarlo enseguida, haciéndonos responsables. Ahí también les hacíamos un llamado a los policías a que no respondieran las órdenes de los oficiales, que les decían que nosotros íbamos a actuar intencionalmente contra la vida de ellos, y no era así: lo que nosotros intentábamos era el desarme.

Tocar la puerta a la conciencia proletaria de un policía.

Ocurrió que los policías se habían tirado encima de los compañeros, habían sacado el arma cuando se les dio la voz de alto. En octubre hubo una reunión de dirección nacional, de comité central, en Buenos Aires y de allí salieron una serie de resoluciones sobre la moral de combate.

Claro, porque no se combate de cualquier forma, y hay reglas, y hay quienes las cumplen y quien, se sabe.

Porque si íbamos a una acción armada en la que se producía un enfrentamiento, teníamos que afrontarlo, intervenir firmemente. Esta situación nos trajo a la realidad de que la lucha armada era algo serio, muy trágico. La veíamos como una forma de defendernos frente a la dictadura. Nadie puede estar de acuerdo con la lucha armada en general, las circunstancias de la historia hicieron que tomáramos esa decisión, pero porque lo considerábamos una necesidad, no por vocación. Nosotros, como decía Sandino, éramos civiles armados, no militares.

¿Pero los uniformes después?, me pregunto, allá en el monte cuando suban al monte en Tucumán, en el 72 y en el 74, cuando se enfrenten al Ejército como un ejército, aunque delatados en los pies por las zapatillas sucias.

Ese suceso de la muerte de los policías nos había hecho encontrar con la realidad, que hasta entonces había sido teórica. Y romántica. Yo me imagino que eso le debe haber pasado a mucha gente en la guerrilla; para nosotros era la primera vez.

—¿Gorriarán? Un asesino.

La mujer delgada, sonriente, no nerviosa pero sí algo nerviosa, en todo caso eléctrica y ligera como una llamita en la punta de una vela, prepara té en la bandeja ya dispuesta y se elogia a sí misma las tazas, ¿no estoy yo de acuerdo con sus tazas?

Asiento.

Estamos en un piso elegante de la ciudad que nos toca; enfrente vive un antiguo enemigo vestido de uniforme verde, que ella siempre saluda, tales las contradicciones en las que frecuenta la vida, me ha dicho apenas me ve.

—No digo que Gorriarán mienta, ojo, no es descalificar su testimonio, digo objetivamente que era un asesino o que con los años se convirtió en un asesino y que en el partido tuvo problemas, fue retirado del Buró Político en su momento. Eso digo.

¿Qué más querés saber? Tengo un compromiso a las cinco. Tengo tanto material. Tengo convicciones, eso también tengo, no se me perdieron por ahí como a los otros.

Como no sé por dónde empezar, caigo en la trampa de empezar por el principio, aunque a nadie le importan los orígenes ahora, andamos siempre de nuevo, todo el día recién nacidos casi. Esto nos lleva por un tiempo —temo que sea demasiado— por el laberinto familiar de ella, que es tal y cual, y me importa poco; ella es demasiado inteligente para no notarlo, se levanta porque ha olvidado el posa té y regresa con su prenda inútil, que abandona con todo un gesto sobre la bandeja de nuestra ceremonia.

—Los peores son los arrepentidos, en esto y en todo, pero en esto sobre todo. Tienen vergüenza o culpa o no sé qué, pero algo tienen que les pesa, te lo digo, y se la pasan embarrando.

Ella, por su parte, porque por esa parte hablaba, había sido enlace, había hecho tareas de secretariado y de enlace en la organización PRT-ERP, y eso era riesgoso porque conocía a mucha gente, pero se había creído preparada para aguantar si caía —

ese el verbo apropiado, me digo— y una vez la habían puesto a prueba —se levanta—

en riesgo porque conocía a mucha gente con muchos nombres verdaderos y falsos porque eso había sido eso, la verdad de aquel momento vestida de miles de nombres.

Y sin embargo no.

Había habido Lolas y Lilis, pero Lila ninguna.

—¿Quizá la llamaban de otra forma?

Le sugiero.

—Seguramente, el apodo del apodo. Entonces la conocí, porque tengo miles de caras conmigo siempre y me las llevo todas a la cama a la noche.

Se levanta por tercera vez; va en una extraña ligereza; saca un tomo de un estante y de lejos me lo muestra y lo vuelve a cerrar; es un registro de fotos de militantes, variopinto, sí, de todo tipo de destino, que están y que no están, por supuesto, la mayoría no está, y vuelve a sentarse con una sonrisa que me dedica. Se le ve por un momento el hormigueo ese de la memoria y la tristeza en la cara. Sirve más té.

—Dicen que era una necesidad nacional.

—¿Quién dice?

Me increpa.

—Para que acabase la dictadura, que sin eso la dictadura no hubiera terminado.

No, dice, aunque asiente con la cabeza.

—Era una necesidad internacional porque había revoluciones en marcha en todas partes, en Cuba, en Vietnam, los anticoloniales, Argelia, yo no te puedo decir porque no me importa la historia, allá ellos, yo he colaborado con los historiadores que vinieron a verme, hago trabajo de archivo para los juicios, consigo testimonios todo, todo, pero la historia es mía, eso subjetivo no lo puedo perder, había revoluciones en marcha y había explotación en todas partes, ¿quién podría negar la explotación y la injusticia en todas partes? Los cínicos y los que dicen que siempre hubo pobres pero mi generación no de ninguna manera estaba dispuesta a perderse la sortija, la agarró y se la quitaron, a la fuerza se la quitaron.

Habla como apasionada y doliente apenas, peligrosamente sin puntuación.

—Que hayamos perdido es otra cosa, pero algo había, y yo lo vi.

Hay algo acuático en sus brazos y sus piernas; tiene esa posibilidad de girar de pronto, y cerrar el gesto con un coletazo, como los peces al pensar. En unos pocos instantes ha ido y ha vuelto de la cocina, por las servilletas, que aviva como una bandera. Pero no regresa a su asiento sino que va al escritorio y otra vez de lejos me hace la

promesa de develarme una parte de su tesoro en forma de papeles con cuadros y listas, que muestran la estructura del partido, las regionales y los más altos responsables, que el partido mismo no pudo conservar pero sí sus destructores en la

represión del 76, y que ahora han vuelto, en fotocopia, a las mismas manos que lo habían redactado.

—Es mínimo el triunfo.

Se sienta.

—Para los juicios de lesa humanidad lo llevo.

Sólo a un costado de la cara se le nota algo débil, un nervio que marcha solitario bajo la carne, por la muerte de los otros, y los presos y las caídas. Todo gira en el remolino de su cara quieta.

A ella le quedan bien todas esas palabras, se las quita y se las pone como guantes: caída cuadro, combatiente militante, minuto y consigna.

Finge exasperación cuando la cuestiono; está encantada de perder su tiempo en mí, de perderse en su tiempo para ello.

—¡El minuto es la coartada! El minuto o cobertura es lo primero que acordábamos cada vez que teníamos cita o estábamos en una acción. Por ejemplo llegabas.

Se levanta y me hace un gesto para que la imite. Obedezco.

Se aleja unos pasos, me indica con su brazo de batuta, me siento, miro a un costado y a otro del living, espero que regrese. Viene de un metro como si de kilómetros, hasta está agitada de este metro, y nos saludamos. Hay de pronto ventanales y mesas rodeándonos, y hemos vuelto a la veintena.

—Somos amigas de la facultad y vamos a un cumpleaños.

Propongo.

—Pero es tarde, hay toque de queda.

Me apresuro entonces:

—Es una despedida.

—¿De soltero? No hay.

—Alguien sale de viaje.

—¿Adónde? ¿Con qué auto? ¿Dónde está el pasaje?

—No importa, ahora vamos, y si nos paran, ya veremos.

—Pero si sospechan nos van a dar vuelta las carteras, y llevamos material partidario, y en la cabeza un montón de nombres.

—No se me ocurre.

Le pido perdón. Ya no entro en mi camisa de ciudadana, y me quiero bajar del juego. Ella no lo permite de inmediato, tarda, me corrige.

—Es el día entero que una piensa en estas cosas; una sale de la casa y debe saberlo, una no puede desconcentrarse como militante, aunque te agote a veces; una no está ni paseando ni charlando aunque pasee y charle, y a la vez sí, una hace esto y la otra cosa.

Pero no. No es fingimiento, ellos se equivocan. Dicen estupideces. Somos primas y vamos.

—Yo prima soy de Lila.

—¿Era rubia?

—Muy poco.

—¿Alta?

—Apenas.

—¿Tenía los ojos?

—Claro que tenía ojos.

—¿No tenía algo en los ojos?

Ahora siento miedo por primera vez. Uso el respaldo de la silla para sostenerme.

—Sí, algo tenía en los ojos.

—¡Ah! Es ella.

Me responde esta mujer delgada, transida, que me señala la cartera

porque es tiempo de que me vaya.

—Ella cometió un error. Pero qué puede querer decir eso. Todos cometimos. Ella, nosotros, y los demás, la próxima te explico. Pronto, paso a paso.

Palito Ortega decoraba en tres poses y múltiples colores las tapas de tres revistas en el kiosco de diarios donde ella, también bajo un estampado de alegrías de flores y rayas, se resguardaba apenas. Una cita confirmada había fallado y no convenía quedarse ante la mesa del bar por mucho tiempo, con la cuchara del azúcar como única arma. Se parapetó detrás de lo más cotidiano, como en verdad hacía el resto de la población, y esperó unos minutos más. Muy poco pensó en cortocircuito. Luego se serenó, habló con el vendedor sobre las calles aledañas y los cantantes en boga. Dejó al hombre silbando *Viva la vida viva el amor* y fue lejos, a pie, a un teléfono público para llamar a su responsable. No la encontró, y casa tampoco compartían; un problema de alquiler había devenido un problema político, y Lila ya no tenía ni casa ni célula, y aguardaba desde semanas esa cita, justo en la avenida donde los padres moraban cerca, de visita en la propia vida.

Ir a la dirección que le había dejado la compañera Mercedes le pareció demasiado.

Podía haber sido un descuido burocrático, de fecha, de hora, pero no abundaban.

Lo era seguramente.

Tenía ese magnífico talento para entrar en las resoluciones como en una habitación.

Hubiera debido descargar en alguna lata de galletitas de la casa familiar el material del partido; usar la vida de poco antes, en la cocina común, sentarse junto al teléfono con disimulo, como estudiando un apunte o penando un amor bajo la mirada de aceptación de sus padres, y sin embargo no, se subió al colectivo y quedó mirando por la ventanilla, imaginando, poniendo sobre autos y plazas una pátina de igualdad que los embellecía.

Todo el mundo iba en la ignorancia como en un perfume, los andantes y los sedentes, en bancos y en baldosas. Si hubiera podido, los habría interpelado a todos con la voz nueva que tenía bajo la lengua, que era la de lo cierto.

Tocó el timbre como hacía mucho que no lo hacía, pidiendo permiso. La tía Teresa traía al bebé de más de un año en brazos, que parecía sobrevivir a tientas a su

enfermedad. Se sentaron inmediatamente y hablaron del oxígeno y de los vasos sanguíneos, de las funciones de los órganos, del llanto y del alimento del bebé, y hasta supieron reírse con una nueva risa.

—¿Y Monique?

—Estuvo preguntando por su prima Lila todos estos meses. Y ahora que venís se esconde.

—¿Y qué le respondías estos meses?

—La verdad. Que tenés razón aunque te equivoques.

—Tengo que pedirte un favor, tía. Necesito la firma tuya para una casa. Lo prometí.

No puedo no cumplir. Las otras opciones no funcionaron y ahora te tengo sólo a vos.

Mientras el bebé tosía arreglaron detalles; mientras Lila comía de pie un pan y sorbía de un vaso de soda le perjuró que ni estaba en peligro ni necesitaba de nadie, sólo la firma y el nombre de Teresa, esos tesoros.

—¿Y qué vas a hacer en Isidro Casanova? Es lejos.

—Y es pobre. Trabajar.

¿De qué? No era seguro, en alguna fábrica. Teresa quiso saber de aquel médico que ella había llevado la noche de la llegada a la luna, si lo veía, si Lila acaso había caído en la red antiquísima en que hombres y mujeres caen.

—Sí. No, a veces. No es fácil. Se pasó de organización.

—Estás enamorada.

Dijo la tía Teresa.

—Tuvo que irse a Rosario. Lo trasladaron, volvió y después se pasó de organización.

Puede pasar eso de pasarse. Yo también me voy, en algún momento

quizá.

—¿A tomar un pueblo entero, a robar un banco y el correo?

—No, eso no fuimos nosotros.

—Ah, a Rosario a secuestrar empresarios de frigoríficos.

—No son empresarios, son explotadores. Los obreros se enferman y nadie les da cobertura y se mueren solos en las casas. Están ellos y estamos nosotros, es así, el que no lo ve es porque no quiere ver la realidad.

—¿Y dónde están ustedes?

—En el único lugar donde se puede vivir. Todo lo otro da tristeza. ¿No lo ves?

Le había prometido, al abrazarla, que aquel médico llamado con el nombre verdadero de Víctor volvería a revisar al bebé, si ella lograba contactarlo y pedírselo.

No, no sabía cuándo se verían de vuelta; tampoco si eso era amar o qué cosa lo que tenían en común al verse y también al ignorarse. Por encima planeaba y por debajo marchaba siempre incesante la urgencia.

Y una vez más se despidieron y ella se fue, con resquemores, volcada hacia atrás como una cabeza, hacia la vida de antes, hasta que, tras una larga caminata, llegó a la dirección de esa noche y entró y había luces. Una mesa con su mantel de hule, el menaje de las infusiones y el vino con sus vasos.

—Tenemos en mano, acá mismo, las decisiones del V Congreso del Partido. A esta altura nadie va a discutir la lucha armada, que ya se discutió y ya se votó en el Comité Central. Sabemos lo que está pasando a nivel país. El movimiento popular es imparable.

La toma de fábricas. Las otras agrupaciones que hace tiempo se lanzaron a luchar abiertamente contra la dictadura. Con las armas se lanzaron y nosotros también nos hemos lanzado.

—Acá la compañera no ponía en duda nada de eso.

—Yo digo que se pueden cometer errores.

Era una chica esbelta la que hablaba.

Lila se sentó en una punta, agradecida por la luz y las voces.

Todo el pasado se reducía ahora a una miga de pan que rodaba en un plato.

Lo mejor y venidero era algo lejano pero dependía de ellos, todo lo hacía, la luz y el hule y los vasos de pie.

Leo, leo y leo.

Como un consuelo leo.

Pero no suena ningún arrullo de las páginas, más bien lamentos se levantan.

Es una entrevista de hace apenas unos años, y me pregunto qué tendrá que ver Argelia con nosotros más que las cuatro primeras letras de un país y de otro:

—¿Recuerda la primera vez que usted haya torturado a alguien a muerte?

—¡Sí, claro!

Silencio.

—¿Y cuándo fue?

—El 18 de junio de 1955, en Phillippeville, Argelia. Esa mañana un musulmán había atacado a un francés, con un hacha, en la calle. Le había abierto el cráneo. El mismo día del aniversario de la convocatoria hecha por el general De Gaulle. Lo consideré un insulto personal. Como antiguo miembro de las Fuerzas Francesas Libres yo era gaullista y sentía una gran admiración por él. En el hospital, la víctima dio el nombre de su agresor. Trabajaban en la misma mina de hierro. Ese día cinco bombas habían estallado en la ciudad, una en el correo. El tipo fue arrestado. La policía judicial lo pone en manos del Servicio de Información General, que me lo pasa, porque ellos no tenían los medios para sacar provecho de este tipo de interrogatorio. Había que hacerlo hablar, y empecé a plantearle preguntas del tipo: ¿Quién le dio la orden de masacrar a su compañero de trabajo? ¿Quién es su jefe? Yo quería saber cuál era la organización que se escondía detrás y cuáles eran sus miembros. El tipo no quiso hablar, y murió por eso.

—¿Cómo, coronel?

—Y… con agua, con el trapo.

—¿Y qué hace que un antiguo miembro de la resistencia francesa, alguien que participó muy joven en el maquis, se ponga a utilizar los mismos métodos de la Gestapo contra el pueblo argelino?

—El hecho de estar lidiando con un terrorista que se lanza contra civiles. Por esos actos ya no es un humano, de modo que escapa a la piedad que provoca naturalmente todo ser que sufre…

—¿Y nunca trató de entender los motivos de esos actos de los argelinos?

—No.

—¿Y qué sintió en ese momento?

—Nada. Simplemente me apenó que no hubiera hablado antes de morirse.

Es inútil esperar que el coronel exprese algún tipo de remordimiento. No hará lo mismo que su colega X, que al borde de la muerte finalmente dijo que hubieran podido

“hacerlo de otra manera”.

—Estaba gagá —afirma el coronel—, es por eso que se arrepintió después de todo ese tiempo.

Las dos habitaciones de Isidro Casanova formaban, con valentía, una casa. El techo era una sabia mezcla de chapa y madera; hacía frío cuando debía hacerlo, sin los disimulos de la calefacción. Otros también se habían mudado al barrio, a unas cuadras, mientras aguardaban la firma de la casa definitiva, que habitarían juntos cuando el responsable lo ordenase; Lila había dejado el puesto de la oficina en el centro; Lila trabajaba en un taller textil mientras esperaba la fábrica; Lila madrugaba y trasnochaba, en esa ardua y neta felicidad.

Esa noche, en el atardecer temprano, después de la fábrica y del taller textil había que: visitar a un obrero enfermo del frigorífico, en lo posible con la promesa de una visita médica y unas vituallas para la

noche, tratando de no formular promesas de las otras, burguesas, corrientes; reparar una cuna y llevarla a su próximo destinatario; entregar varios ejemplares de *El Combatiente* y del primer y segundo número de *Estrella Roja*, a quienes los aguardaban y a quienes no sabían que, de todas formas, los aguardaban, en ese otro orden temporal que era el camino de la revolución; y dirigirse, a las diez, con el estómago vacío, en algún auto que pasara a buscarlos, tabicados, bajando los ojos o tras las hojas de un diario, al encuentro con otros compañeros en la casa tal y planear, y juzgar y decidir, hasta las doce, hasta la una, para pronto.

Un compañero había intentado solo el desarme de un policía sin informar a nadie.

Se entabló la discusión: si había sido un acto de aventurerismo o no, si el revolucionario debía o no debía aprovechar oportunidades, porque revolucionario se era siempre, hasta en el sueño, en la cena, en el aseo, nadie iba por ahí olvidándolo.

En su turno Lila habló ante los demás y sus cigarrillos de lo inútil que le parecía a veces el trabajo en el taller textil no porque fuera inútil sino por la lentitud, por la cautela que había que imponerse al hablar con las compañeras de trabajo, por la burguesía que Lila se sospechaba aún entre las ropas, en la palabra, era visible.

—¿Dudás de la proletarización?

—No, pero no sé si puedo sostenerla bien. Quiero que todo sea ya y que se pueda decir.

—¿Y qué pensás que le pasa al tipo que vive explotado, desde hace siglos en silencio?

Una chica joven, en forma de lechuza, el pelo como un gorro y los ojos como un niño, dijo lo contrario: a ella, de la fábrica, le agobiaba la rapidez que se imponía a todo; debían alcanzar cierto número de piezas en una hora y ella lograba sólo la mitad que sus compañeras todavía hoy, y la misma velocidad embrutecía, hacía doler los brazos y la cabeza, los pies de noche como planetas, tan redondos y ajenos parecían, y ante todo la falta de pensamiento en cada acto, porque la rapidez sólo empujaba a cumplir, al cumplimiento más vano y más vil de poner una pieza en su sitio y estar dispuesta pronto a la siguiente y ver las horas como largos caminos desérticos en lugar de hacer una idea, de pensar siquiera lo mínimo de tengo hambre, tengo frío, a veces ni siquiera eso.

Al irse, se mostraron las manos, picadas y dolidas.

Una especie de esperanza lila, como un moño, me corona. En este libro sigo abriéndome paso por Argelia, como si tuviera que importarme. El francés responde con parsimonia a las preguntas de la entrevistadora. Leo sin cesar como bajo el agua, sin respirar arriba nunca: —Los policías me dieron a entender rápido que la mejor forma de hacer hablar a alguien que se negase a decir lo que sabía era torturarlo. Lo decían a media voz pero sin vergüenza. Todo el mundo, en la jerarquía y en la prisión, sabía que se utilizaban esas prácticas que algunos periódicos empezaban a comentar. Sin rodeos me mostraron la técnica de los interrogatorios "exhaustivos": al principio los golpes,

que muchas veces eran suficientes, después los otros medios, como la electricidad, la famosa "picana", por último el agua. La tortura con electricidad se practicaba con la ayuda de generadores de campo utilizados para alimentar el sistema de comunicaciones. Esos aparatos estaban muy extendidos. Se aplicaban los electrodos en las orejas, en los testículos, de los prisioneros. Los policías se atenían a un principio: cuando hay que interrogar a un hombre que, aunque sea en nombre de un ideal, ha hecho correr sangre inocente, la tortura se convierte en un método legítimo en el caso de que la urgencia lo imponga.

—¿La urgencia de qué?

—La urgencia de obtener información antes de que la red supiera de la ausencia de ese hombre.

—¿No hubiera sido mejor llevarlos a la justicia más que ejecutarlos?

—Se hizo lo que ordenaron las autoridades. La justicia no quería tener nada que ver con el Frente de Liberación Nacional argelino, justamente porque cada vez eran más los miembros, porque no hubieran sabido dónde ponerlos, y porque no se puede guillotinar a un centenar de personas.

—¿Y cuál era el procedimiento una vez que el prisionero había hablado?

—Por lo general se lo eliminaba.

—Pero no todos los casos eran claros.

—Había reglas implícitas. La primera: el principio de responsabilidad colectiva, sospechar de todo argelino que fuera hostil a nuestras fuerzas francesas.

—¿Cómo se comprobaba esa hostilidad?

—Era algo que se sabía. Uno desarrolla el olfato.

—¿No había una psicosis entre los soldados, por ese peligro omnipresente, oculto hasta detrás del velo de las mujeres?

—La segunda regla o principio era la primacía de la información para ir siguiendo el hilo de lo que nosotros empezamos a llamar la subversión en aquel entonces, porque eso era. Así fue que nos convertimos en figuras clave de esa guerra, los oficiales de la información. Aunque nuestro trabajo no existiera en los papeles, éramos bien reales, y sin nosotros esa guerra no se hubiera ganado.

—¿Y cuándo desembarcó en América del Sur, específicamente en Argentina?

—A mediados de los sesenta, con varios otros. Hicimos trabajos de formación en la Escuela Militar de Guerra con militares argentinos, muy atentos, que aprendieron muy bien.

—¿Trabajo del que se arrepiente?

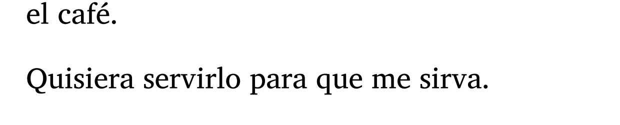
—De ningún modo.

Han pasado las horas, como infantes o como hojas cantantes y uno debería preguntarse qué relación hay, secreta, entre los árboles y el tiempo. Una se pregunta sin embargo otras cosas. Y lo que debería ser consuelo por escrito, por ordenado en letra de molde, no es consuelo sino un trago de un largo tarro de amargura. Dejo el libro de Argelia a un costado. Me niego a que Pedro se vaya pero no como antes que me amparaba en su compañía como en un alimento, escaso, nutritivo, sino ahora egoísta, confundida, vorazmente en lo que quiero y lo que digo, sólo para que me escuche y me impugne quiero decirle.

—¿Y entonces?

—Que los franceses fueron los primeros.

—¿Y eso con tu prima qué tiene que ver? ¡Madre! Estás tirando todo



el café.

Quisiera servirlo para que me sirva.

—Que ella no está y que ellos se la llevaron.

—¿No vivía en Europa, dijeron tus tíos?

—Dijeron, sí, pero mintiendo.

Pedro sigue dibujando con aceite sobre un plato; en medio, un montículo de colores comestibles; me oye así, sobre las orejas el gorro de cocina y la complacencia.

—Igual no entiendo qué buscás. Volver a trabajar necesitabas, está bien lo de volver al consultorio. Pero a Berta no la ves más, y me dicen que te la pasás despierta toda la noche. Igual yo no juzgo. Y además me estoy yendo mañana. ¿Te parece esta presentación?

Decía del plato, de la vanidad de las berenjenas.

—El tío y la tía se reunieron con ella en algún momento más adelante en el campo.

Después dijeron que se había ido, aunque estaba. Y después dijeron que estaba, en alguna parte, aunque se había ido. Quiero decir.

—¿Qué?

—La mataron, quiero decir.

—Pero son deducciones tuyas nada más. ¿Y ellos lo reconocieron?

—No, nadie.

Hablamos de las hortalizas, del verde de la lechuga como si no importaran los sabores. Se inclina sobre el plato como un botánico, en ese orgullo misterioso por la naturaleza, sin que nada más le importe, en su aire de científico y de sabedor.

—Al fin conozco a alguien del partido que la conoció, una mujer, pero me tiene sin atenderme y sin responder, y ayer hasta monté guardia a media cuadra de su casa en un café, y hasta me escondí. Esa cara tuya, ¿es de risa o de comprensión?

—De nada, madre. Hoy no me esperes.

—Yo espero todo el tiempo. Y esa mujer no me responde. Y ese hombre.

—¿Cuál?

—Ninguno.

Lo comprendí, lo quise, lo de siempre, durante una hora más en nuestra cocina, hasta que se fue a alguna cena más interesante que esta mesa y estos platos sucios montando semejante enjuto, magro ajedrez. A la noche, llamo a Fabio, que mastica y ríe cuando me atiende en su felicidad casera, en esa reconciliación confusa en la que vive con su mujer. Al otro día nos vemos, y me desconsuela como la letra de molde de los libros, ambiguamente, dándome del alpiste de su propia satisfacción y yo agradecida,

yo habladora, le digo de Lila y de sus asesinos que son tantos y tan temibles y yo sin embargo no los condeno, no hasta el fondo de los fondos como debiera.

Cumplían un encargo, tenían el minuto, un carro de bebé habitado, una plaza, un sol: nada faltaba. Como eran obreras era domingo por la tarde.

—Ahí salen los milicos.

Dijo Lila.

—¿Hora?

—Cinco y cuarto.

Estaban desde la una en la plaza sin levantar sospechas, perfectamente ciudadanas en sus camisas floreadas de naranja y verde, el chico de la compañera obrera limpio y cambiado, los llantos en los tactos necesarios.

—No entiendo para qué sirve sufrir.

—Te vas de la fábrica y cuando pasan uno, dos años, uno se olvida del frío y del hambre y del cansancio. Entonces explota la huelga, y uno ya no entiende ni la pena ni la explotación. La vida del trabajador es la vida real y nosotros somos los fantasmas. Y

vamos así ligeros por el olvido.

La mujer lechuza se calló. Había llegado el auto de los custodios militares.

Tarde, apuntaron.

—¿No ves lo flaco del individualismo? Es difícil porque está en todos lados en la sociedad en que vivimos y porque precisamente es algo etéreo, y así vamos todos, creyéndonos justos porque pagamos los impuestos.

—Yo no me creo justa porque pago los impuestos.

Se quejó Lila.

—Nosotras hasta hace tan poco. La fábrica te enseña la verdad de las clases.

Parecía, en su banco de plaza, un buda mejor, vestido, sin el largo de las orejas.

—Pero sentadas y paradas en la fábrica estamos perdiendo el tiempo para la revolución.

La mujer lechuza arrullaba al bebé cuando el que venía a relevarlas pasó por delante, se tropezó con el carrito, pidió disculpas y siguió de largo unos metros; se instaló en una posición aún mejor que la de ellas y sólo poco tuvo que aguardar el arribo de una chica minúscula, en zapatos exorbitantes, que abrazó como si quisiera.

Lila se despidió de su compañera en el tren que las llevaba de regreso al segundo cordón del conurbano, con la promesa de la semana siguiente, y así volvieron a encontrarse a media mañana, en el jardín prestado por unos simpatizantes una semana más tarde, habiendo perjurado que a pesar de las armas no caería ni un solo tiro.

Lila, el pecho contra el pasto, los brazos sobre el rifle, fue indicando la posición correcta del blanco que su compañera sostenía contra una caja; habían aprendido la técnica en el *Estrella Roja*. A Lila no se le dormía el pulso; todo aquello era de hierro y había que forjarlo. Largo rato se mantuvo la distribución de roles. Lila en el fondo del jardín, la compañera sentada sobre la caja, marcando en el papel los pretendidos disparos. No era buen día para Lila. La otra, a pesar de su pacifismo, abrazó el máuser y mantuvo la línea perfectamente.

Si era tan buena tiradora, dijo Lila, por qué no ayudar en otros frentes.

—Estás despreciando el poder de la insurrección.

Unos días después la mujer lechuza la llamó por intermedio de alguien porque había un puesto libre en un frigorífico. Lila, avergonzada por sus dichos de hacía unos días, aceptó, entregó los papeles, firmó recibos, y entró en la sección Picada, demorando al principio en la afilada de cuchillo, dejando los baldes de carne a medio llenar, muerta de frío y de rabia por las condiciones, la refrigeración, las mujeres sobre esas piernas, el capataz y las chicanas, las reses gigantes tendidas como mapas sobre la mesada hasta que ella se ponía a descuartizarlas. Duró dos meses, hasta que no pudo. No podía en su inhabilidad y en su presteza, porque demasiado presta estaba.

Miro la prensa partidaria, en este caso el *Estrella Roja*, y me recuerda al semanario que hacíamos en el colegio. Esto me confunde, que la clandestinidad tenga ese algo íntimo, pequeño, casero. Han matado a hombres y mujeres; hay revoluciones en

América y en Asia. En las últimas páginas del número de julio de 1971 descubro otro diccionario de los días, pero estos días han sido elegidos con pinza entre los otros burgueses, de presidentes y parlamentos, para armar una Crónica de la Guerra Revolucionaria. Van mayúsculas marchando junto a los sucesos.

El primero de julio de 1971 los comandos “Abal Medina” y “Eva Perón” de los Montoneros toman la localidad de San Jerónimo en la provincia de Santa Fe. Recuperan veintisiete fusiles máuser y expropian nueve millones de pesos de la sucursal del Banco de la Provincia de Santa Fe.

El 3 de julio en la ciudad de Córdoba el comando Máximo Mena de las Fuerzas Armadas de Liberación expropia 22 millones de pesos de la Caja Popular de Ahorros de la provincia.

El 4 un comando de la misma agrupación expropia a una firma de la ciudad de Rosario dos mimeógrafos duplicadores, un grabador electrónico y una máquina impresora, y el ERP despoja del arma reglamentaria a un agente en Córdoba, y el 5 en la ciudad de La Rioja coloca una bomba en el domicilio del propietario de una empresa financiera que estafó a humildes pobladores del lugar.

Incendian pick-up del Ejército.

Incendian oficinas de Fiat.

Toman un Registro Nacional del Automotor, para recuperar documentación y sellos.

Por el ERP, por Montoneros, por las FAR y por las FAP.

En la ciudad de Rosario, en la ciudad de Córdoba, en la ciudad de Buenos Aires.

Son despojados de sus armas reglamentarias, de carabinas, de revólveres.

Son liberadas de la cárcel las combatientes.

Son colocadas bombas en solidaridad con los obreros.

Son expropiados camiones de carne, de leche.

Son expropiadas máquinas de escribir, máquinas de reproducir, pelucas y maquillajes.

Un comando socialista, un comando peronista, un comando marxista.

Toman, expropian, colocan, explotan.

El 26 comandos de los Montoneros, de las FAR y de las FAL liberan de la Cárcel Correccional de Mujeres, en Buenos Aires, a cuatro combatientes. En la acción muere bajo las balas asesinas de la policía el combatiente Carlos G.

—¿Qué enfermedad es?

Le preguntó el compañero.

—Es lo que no sabemos y por eso estamos yendo al hospital.

Tenían bien alta la moral de combate. Entraron en la clínica atentos; sólo después Lila se dobló y se quejó de ese dolor en el costado que traía desde la mañana, tanto que su esposo, aquí presente, siendo las cinco de la tarde, la había convencido de que fueran a la clínica. El médico parecía amigable, cansado, con paso de otras latitudes. El dato del informante sugería que el depósito de medicinas estaba en la misma planta y no muy lejos de la sala de guardia.

—Dígame qué le anda pasando.

El hombre llenaba una ficha sin mirarla; cuando se levantó, Lila lo apuntaba con una nueve milímetros que había sacado de su cartera.

—Si se queda callado y nos hace caso no va a pasarle nada, a usted ni a nadie,

¿entendido?

Había aprendido ella, en varias tardes de práctica, tendida en la cama, empuñando el arma descargada, cerrando y abriendo un ojo hacia un supuesto blanco, que si la mano no se movía el objetivo tampoco.

—Necesitamos morfina, penicilina y vendas.

—Pero acá no tengo nada. Y si salimos.

—¿No hay un pasillo interno hasta la sala de medicamentos?

Lila lo escoltó. Era magnífico eso: planear y cumplir. Dejar el miedo atrás, como un ladrido. Guardó el cargamento en un bolso y encerró al médico en el depósito diciéndole que esperara quince minutos hasta pedir ayuda. Eso fue incorrecto; hubiera debido amordazarlo. Debe haber gritado medio minuto después de que Lila salió de la guardia de emergencia, porque apenas se hubieron subido al auto, retrasados por la naturalidad inconcebible del caminar para quien huye, gente de blanco apareció en la esquina, uno señaló el auto al que acababan de montarse, y detrás de ellos, como recién emergido de camarines, un policía. Les dio la voz de alto. Corrió hacia ellos unos metros, después disparó. El que les hacía de apoyo, a cargo del auto, maniobraba.

El compañero de Lila sacó el arma.

Ella dijo:

—No, un segundo.

Doblaron, aceleraron, pudieron.

Hice guardia frente a la casa una noche y una mañana. Por fin el portero sale a interrogarme, porque yo he venido a hacer lo mismo con él. En aquellas épocas fueron grandes informantes y guardianes los porteros, denunciaban, protegían, recibían recompensas y palos. El encargado de ahora mismo viene en el típico traje caqui de fajina, de ayer y de hoy, que podría haber sido de un soldado.

—¿Qué es lo que quiere?

Me llevaría una vida responderle.

—Busco a Verónica, del quinto piso B, la llamo, le toco el timbre, y nada desde hace varios días.

—La señora del quinto. ¿No sabe? Falleció.

Muertos, pienso, son sólo los de antes. Le digo algo similar al hombre que tengo enfrente, que me mira con incredulidad.

—Ella tenía algo para decirme de alguien mío que conoció.

Me despido. Yerro. Voy por estaciones, como peregrinando la tristeza. Me siento en un bar, compruebo que haya dos puertas, que estoy bien ubicada en el fondo, y sólo entonces pido algo que hacer caer por la garganta y sólo entonces llamo, por tercera vez esta semana, desde el adminículo último que me sirve para esos fines y que por ahora nos ponemos junto al oído y la boca, como un secreto, a un hombre del que creo que en algo es mío.

Fabio me recibe al rato y no sé por dónde empezar; ya estoy lamentándome por la pena de conocer el fin de la historia. ¿Cómo harán los historiadores con la pena, dónde la guardan? No sé si empezar por los besos o por las razones. Los combino mal entonces, puesto que no encuentro otra solución. Una vez hablado y besado indistintamente, pisándome, sobre el catre estrecho, entre los libros y las carpetas de recortes de su archivo, estoy como vacía de tanto preguntarle y al mismo tiempo no puedo dejar de imaginar que entre las cientos de miles o millones de palabras contenidas en esas cajas y en estas paredes debe estar Lila, aludida bajo su nombre de guerra, haciendo algo, recordada por alguien, en un encierro o en alguna bonita, perfecta, justa libertad pasada.

—Vas a tener que claudicar.

—No.

—¿Cuántos exmilitantes llevás entrevistados?

—Unos quince. Y no alcanza con decirles “tenía algo en los ojos”.

—¿Y la otra parte? ¿Los hijos de puta?

Me acaricia.

—Mi tío Julio es el último que me queda. Está en un geriátrico y con medio cuerpo inmóvil.

—Tendrás que ir.

—Pero es una piedra.

Pronto tocará el timbre su mujer para la comedia en la que viven, de la cena y la boleta de luz. Viven uno en el tercero y otro en el cuarto piso para tal propósito.

—A veces estoy mal y pienso.

Le digo al despedirme.

Voy por la calle y miro las caras viejas como si de por sí hablaran, o no lo hicieran a propósito y en complot. De mi lado, las pieles de pergamino, menos una, están todas ya bajo tierra o en el éter que les corresponda: mi madre Teresa de Buenos Aires, la madre y el padre de Lila, los abuelos ancestrales de Córdoba, mi padre de Montevideo seguramente, quién sabe, saber eso además sería demasiado, con el metabolismo Lila en el que he entrado me alcanza. El único vivo es Julio. Mientras camino pienso en los cómplices, porque el caminar invita a tal cosa. Nadie se salva.

Como estoy sola cuando llego a casa me felicito, creyéndome valiente por abrir y cerrar puertas o grifos. Digo grifo y me desdigo. La noche lo mismo siempre, el espadeo del insomnio que me quita toda la certeza conseguida, y voy dando vuelcos al baño y al living. Por la mañana llamo al geriátrico del tío Julio, que he pagado puntualmente, y me dicen que vaya con toda urgencia, que ayer estuvieron llamándome y yo sin atender. Cumplo porque así he sido educada y porque tengo bolsillos donde guardarme las preguntas y las manos. Aunque ahora soy capaz de regalar preguntas como caramelos. Por el pasillo unas monjas me saludan mostrándome la frente encintada; una de ellas me detiene y me toma del brazo; sin decir palabra me lleva a una capilla y me deja sentada frente a su culto, que tengo el tino de dar por desconocido. Otra, a los pocos minutos, se acerca y me pregunta si he rezado y me conduce de regreso a la civilización del mismo pasillo de donde me habían abducido y ahora sí, sacralizada como estoy, frente a la recepción geriátrica, una enfermera me da el veredicto que, si es último, es siempre el mismo: Julio ha sufrido un nuevo ACV esta noche, ha sido trasladado y nadie cuenta con su regreso.

Voy a la unidad de Cuidados Intermedios; Julio se debate cada tanto

en su cama, como un dialéctico, pensando esto y lo contrario con una mano y la cabeza.

Me ofrecen sentir misericordia pero declino la invitación.

Abajo, de regreso al piso del geriátrico, voy a la habitación por hábito. Al verla sin habitante creo como todos que la muerte es injusta o por lo menos extranjera, lejana, que nos sobreviene y es falsa; después pido perdón a todos mis otros muertos por tener pena de este último vivo.

La habitación ha sido levantada a medias; se baten las cortinas con el viento en su batalla.

Todo el desorden es para mí, me lo señala una enfermera, el revoltijo de ropa, cajas, latas de galletas rancias, unas tazas más o menos quebradas, unas perchas de metal.

Pero hay una pila sana y prolijamente dispuesta en la punta de la mesa.

—Eso no.

Me dice la enfermera como si hablara desde el dedo índice.

Se trata de unos libros forrados con hojas de tapas de revistas, como se hacía hace años con los libros. Años deben tener. Abro uno. Leo Mao y me extraño. Luego otros dos nombres franceses que no me dicen nada, nombres discretos, nombres como banderas de islas remotas: Lartéguy y Trinquier.

En el colchón tendido, en la habitación sin calefacción ni cortinas donde dormiría al menos esta noche, sintió ese cansancio único que le sobrevenía después de una acción: cada brazo mil kilos, y en la cabeza luces boreales.

Para ese entonces, sólo cuando aguardaba leía, y no más que las letras de molde de la prensa, la burguesa al aire libre, la partidaria a puerta cerrada. Había tomado sabias costumbres; ahora llegaba temprano y oblicua al lugar de la cita, vigilaba la esquina del café desde un bar de estación o lo que consiguiese en las inmediaciones; ya había desarrollado, tan pronto, el don de las fisonomías, y se creía capaz de distinguir un policía de civil de un transeúnte de bigotes, y un revolucionario precoz de otro que difícilmente cayera en alguna

trampa. La falta de lectura de los libros de antes no la contrariaba; la antigua inutilidad de la historia romana se había esfumado; vivía en un magnífico afuera, no le pesaba la urgencia; le sobraba con una bolsa para llevar lo suyo.

Esta vez, al salir del bar dio una vuelta a la manzana y compró un diario. Se sentó en la mesa del fondo cerca de la salida lateral y del baño, siguió mentalmente las instrucciones, vio llegar a su cita. Se dieron un abrazo.

—¿Esto fuimos nosotros?

Le preguntó con un dedo sobre la hoja.

—Sí. No sé nada más. No te puedo decir. Si cumplen con el reparto de mercadería, con la guita y con la liberación de presos, lo soltamos tal como está, enterito.

—¿Y si no cumplen?

—Van a tener. Lo de Carlos me golpeó duro. Cada tanto me vienen cosas que me dijo, como que lo veo, aunque haga un año.

—Sí.

Ella ni siquiera había podido ir al entierro de su primo, por seguridad. El compañero le dijo que todo compañero que cae significaba que otros se incorporaban a la lucha.

Lila asintió.

—¿Hace cuánto dejaste el frente de masas?

—Un mes y medio. Y en lo posible no quiero volver, ni a la fábrica ni a la villa.

—Vas a pasar a logística, acá en Capital, mañana o pasado deberías ya tener el aviso para mudarte. Hay una casona que se está armando. ¿Podés vivir?

—Más o menos. Pero poder puedo.

Era imposible no poder.

—¿Y por qué Sallustro? Hay tantos hijos de puta para secuestrar.

Quedó pensativa, casi ensoñada por toda la justicia que vendría.

—Para frenar lo que están haciendo en los sindicatos independientes. Y viste la cantidad de cesanteados en la Fiat. Y también para repartir. Y para financiamiento, ¿o no?

Lila se sonrojó; había dudado por un segundo del carácter metálico de la necesidad.

—Se viene una discusión con el tema de la convocatoria a elecciones, si apoyamos o no, los compañeros ya preguntan, todavía el partido no bajó ninguna línea. Yo estoy en contra.

Se conocían del 69, se abrazaron de vuelta al despedirse ese abril del 72. El miércoles, en la siguiente cita, le dieron la dirección de su nueva casa operativa en el barrio de Villa del Parque. Una chica como una espiga, enérgica y sonriente, le abrió y le dio la mano. Era sólo un esqueleto de casa, con apenas muebles, en la cocina desvencijado un calentador eléctrico preparaba mates y sopas para quien los aceptase.

En el cuarto último había una reunión. Ellas hablaron de lo que creían y de lo que esperaban, y del pasado sólo lo necesario y que fuese revolucionario, puesto que todo lo

propio de antes podía incriminarles la identidad. Mientras más se militaba más solidaridad había, más entraba uno en campo conocido con el otro, y menos se decía del propio nombre. Por la noche sólo a veces se contaban intimidades. La chica espigada, Vera, se reía como un grillo.

—Se decidieron.

Dijo uno de los reunidos, apareciendo del fondo.

—Lo traen para acá aunque la puerta de acceso no esté lista.

—¿Y el pozo del placar?

—Se usa sólo si fuera necesario.

Lo necesario empujaba, como si el mundo estuviera inclinado hacia delante. Cuando llegó el secuestrado, lo hicieron bajar aunque la puerta magnífica, con émbolo hidráulico, que tapaba la entrada a la cárcel del pueblo subterránea se hubiera trabado; ya vendría el compañero arquitecto a arreglarla. A Lila le tocó darle de comer durante tres días, y Oberdan Sallustro en su rincón le buscaba la mirada tras la capucha de ella, le ofrecía conversación para explicarse, hablando de los partisanos durante la resistencia allá en Italia, donde

había participado varios años antes de venir a Argentina y terminar como director de Fiat, le habló de la guerra, lo bueno y lo malo, evitando mencionar la fábrica de autos, hundiendo las palabras en un viejo almíbar.

Pasaron varios días.

—¿Vas?

Era el turno del almuerzo.

Justo a la hora del almuerzo entró uno y dijo que el compañero Raúl había caído, alguien que conocía bien la casa. Se especuló un rato sobre la posibilidad de mover al secuestrado, aunque la casa estuviera tan bien acondicionada. Nadie habló de la tortura que seguramente el compañero Raúl resistía por entonces.

Llegó otro vestido de viajante de comercio, con un pálido maletín.

—La Fiat cumple con cinco de los puntos, incluido el reparto de bienes y la reincorporación de los despedidos.

—Yo voy.

Dijo Lila, aunque hasta hacía unos minutos se había creído incapaz de ponerse la capucha otra vez. Bajó. Sallustro estaba adormecido en su esquina, la camisa algo levantada de costado, la cara retorcida por un sueño, con las manos y brazos a punto de ser un ser humano desnudo, sin ningún otro atributo, ni director ni esclavizador, lleno de dientes y pies. A punto de compadecerlo entonces, puso la bandeja en el suelo y él se despertó y refunfuñó algo y ella sin decir palabra pero diciéndose salió despacio, recordándose al compañero torturado y a todos los explotados, vapuleados, reprimidos: pena no.

Después del funeral, malgastado, donde apenas registré alguna cara, me quedé con las dos bolsas de ropa de Julio, los papeles sueltos, y la pila de libros, intocada por días, en la puerta de casa, junto a paraguas y zapatos aguardando el turno de alguna volátil, advenida utilidad. Les llegó, por una monja que, al teléfono, me dijo que había visto a un viejo francés preguntar por el tío Julio e irse por los pasillos del geriátrico con el bastón enarbolado. A él pertenecían los libros apilados en la puerta de mi casa. Le prometí que cumpliría con el encargo, pero me sobrevino lo de siempre frente a Julio, ahora, aunque estuviese apenas muerto: la desidia por su cuidado, la rabia

ante sus descuidos. Pero digo poco seguramente. Miro la pila con los nombres cubiertos, quito los forros a los libros, veo uno llamado *Los centuriones*, en color rosa, de la editorial Emecé.

Hoy lo dejo pasar y me premio por estar viva con alguna de estas nimiedades a las que me tengo acostumbrada: elijo un ramo de flores, de mis preferidas, ejerzo la preferencia también en un dulce y en un tipo de pan. Por algún motivo que desconozco, me sabe a conquista. En eso me entretengo y me solazo: por la tarde acomodar una taza, por la noche encontrarla en su sitio. Digo qué bueno.

Pero ahora, esta mañana que es siguiente de lo de antes, embutida en mi cronología como en un vestido, lo que me pertenece se vuelve enorme y me ocupa, llevo y traigo los bolsos, subo y bajo los libros de su pedestal. El teléfono aúlla y lo socorro. Alguien me habla en una lengua con ribetes, que es la mía aunque no del todo. El viejo francés ha conseguido mi teléfono y se las arregla para ser encantatorio en estos pocos minutos que dedicamos a nuestra conversación. Corro. ¿Por qué correr? Esta misma tarde, le prometo y cumplo. El hombre que me atiende en este departamento algo anticuado, anciano como mi tío recién muerto, tiene una mirada severa y marina; no sostiene la puerta abierta. Es más bien la puerta la que lo sostiene.

Me hace pasar a su departamento; un sutil abandono marcha por techo y cielo raso.

Usa el bastón para señalarme una silla tapizada de verde, que me acoge como la boca de una pradera. Huele a jazmines. Una mujer ancha aparece y sirve el té.

Pongo los libros sobre la mesa.

—Ah.

Dice, y los aparta con hueso de una mano gigante.

—A esto me dedico.

Vuelve a decirme, y despliega unos papeles acumulados sobre la mesa como si jugáramos al *blackjack* y quisiera ganarme o perderse, no estoy segura. Pero me fascina la porcelana de su sonrisa, que me muestra y me oculta.

—No quisiera molestarlo.

—Para nada. He mandado por confituras para recibirla. Y

compensarla. Mis disculpas por el entierro. Me fue imposible. Su tío fue un hombre legítimo, en esta era que todo anda de contrabando. No sé si me entiende.

Lo conformo y lo arrullo con detalles de las otras vidas que tenemos en común, y me impresiona saber que conoció a mi madre Teresa y a mis otros tíos, en los setenta avanzados, en los setenta como una enfermedad pasada y superada. Habla con soltura de la casa de Córdoba, que yo visitaba en los veranos, del calor y de sus territorios. Algo me atrae de este hombre viejo, anciano de todos los tiempos, como un astro en su silla, refugiado y gravitante.

—Por Julio he ido a Córdoba, invitado. Sus tíos correctísimas personas.

Arrastra la r como una antigua vergüenza.

Sólo tarde me sube a las mejillas, por la escalera vascular, el recuerdo de la urgencia de estos meses.

—¿Y a la hija de los tíos de la casa en Córdoba, una chica joven, la conoció? Lila se llamaba.

—Sí, antes, en otro mundo.

Otra vez la porcelana.

La taza tiembla en su medio camino habitual cuando él me habla de los días de la resistencia francesa, allá por la juventud, cuando servía de apoyo a los paracaidistas en tierra, la temprana admiración por De Gaulle, la frustración de no haber llegado hasta Londres, donde estaba el comando de operaciones de la Francia Libre, por la juventud esa que aún tenía en 1943, y luego la guerra ganada y la traición del general.

—La traición, sí, años después. Por eso me gustan mis papeles.

Los acaricia. Los tiene amaestrados y le dicen lo que él quiere.

—¿Y Julio?

—Fue un gran colega. Mucho. A pesar de abusos que se cometieron, de dinero que circuló después. ¿Sabe? El dinero confunde. Pero encontramos de vuelta una amistad. Y

uno ahora se queda solo. ¿Para qué? A mí me dejaron tantas veces,

tuve muchas muertes dedicadas.

¿Llora? Viene la mujer estricta que antes nos había servido el té y me hace, con un dedo como una varita, la seña del no. Para que me calle o me vaya, me niegue de alguna forma. Esto me atiza, soy un carbón.

—Esos papeles. ¿Son historias?

—Verdades.

Dice el francés. Recojo uno y hago que lo estudio; la letra apretada y extranjera me resulta garabato.

—¿Usted sabe? En aquella época de la resistencia nada se podía poner por escrito.

Había que memorizarlo todo, las direcciones, las fechas. Se arriesgaba todo si quedaba fijado. De lo contrario sólo estaba en la memoria de uno. Y la idea era que no lo atraparan a uno ni a la memoria. Yo conocí a gente que dijo y que terminó mal. Las ejecuciones sumarias de los nazis eran todos los días.

—No se agite.

—Una noche había que eliminar a uno y se hizo de alguna manera, se hizo, pero el arma que traían los de la organización Combat no podía ser utilizada, ¿sabe?, no había silenciadores, los ingleses nos lo habían prometido y nada, y sin embargo teníamos que

matar esa misma noche, en una casa vacía pero rodeada de habitantes y testigos posibles.

—Se está agitando por algo de décadas.

—¿Usted sabe lo difícil que es matar a una persona? Aunque sea un traidor y aunque no se resista. Cuchillos no había ninguno. Era una casa tremendamente vacía.

Pero un cable y una silla había, sí, sí. A mí me tocó sostenerlo de las piernas. Los otros dos, uno lo agarraba de los brazos. Y el otro de nuestro grupo fue el que lo ahorcó. Un golpe seco de los brazos. ¡Zac!

Se acaba de vivificar por unos segundos la entera orquesta de su cara.

—Usted se tiene que ir.

Me dice la mujer, que ha reaparecido. La miro y pienso que le aprieta

demasiado el brazo al anciano, que lo zarandea al obligarlo a abandonar la silla con la penosa excusa de que la mesa lo agita.

¿Cómo una mesa podría agitarlo, con lo quieta?

Los papeles de la mesa, la conmiseración de la tinta en su arcaísmo, todo aquello conspira.

—No se vaya.

Me dice el viejo.

—No me deje.

Aunque es él el que se aparta, arrastrado, mirando a último momento por sobre el hombro y el resto del cuerpo perfectamente vestido, atildado en su adusta manta de años, dejando a la mujer que lo arrastre al otro lado del departamento, al ala de las abluciones; pero se acerca antes una última vez al abismo de la mesa, para tomar una mano que tengo ahí olvidada, y para besarla como despedida.

Vivía hacía días, guardada, en una habitación, en el sur, en Berazategui; callando, velando, pensando. Los compañeros de esa casa operativa —una pareja real y un bebé, un hombre viejo, como de cuarenta y tantos— entraban y salían a toda hora. Que

descansara, se recobrase Lila. Había caído en una redada y por impericia de la policía no le habían descubierto los antecedentes ni las vinculaciones, y había superado la prueba sólo después de unos cuantos golpes y una noche colgada para ablandarla. Casi con disculpas había sido devuelta a la calle, pero la organización no se confiaba y la había mandado a la Zona Sur para sacarla de Capital, de los radios de búsqueda, del propio y último pasado. Lila se atrevió a decirlo una noche a uno de sus compañeros: que no eran los golpes en la comisaría, que la muerte de Sallustro le pesaba extrañamente como pesan los pensamientos, con esa ligereza equívoca. ¿Quién era el compañero que había liquidado a Sallustro cuando había llegado la policía? Los hombros tardarían semanas en no doler; la cara y el abdomen le habían mejorado.

—¿Qué te pasa, te agarró el humanismo?

De pronto temió que los compañeros pensaran que habían sido los golpes la causa de su preocupación por el fin de Sallustro. Un

explotador y un mentiroso. Pidió reincorporarse a la actividad, pero le indicaron que no se moviera y que colaborase con la casa donde estaba alojada. Un taller mecánico les hacía de cobertura, a un costado, para los trabajos de logística, acondicionado con autos y bártulos; uno de ellos hacía de plomero también por el barrio para dar verosimilitud. Pero Lila seguía en sus descensos, como si tuviera alma y no tuviera dios: el encierro le pesaba, la asaltaba lo negativo, le dolía y no eran los dolores. Pidió permiso para algo más, y aunque se demoraron —había habido cambio de responsable—, finalmente le fue concedido.

Viajaron entonces, de a tres en un auto y antes de llegar a Córdoba ciudad se bajó en la ruta 35 cuando amanecía y llegó al pueblo con frío y pidió que un paisano la alcanzara en un camión de ovejas hasta el casco viejo, mal ventilado, húmedo de la casa de la infancia.

Los perros aullaron de lejos. Convenció al capataz de que no dijera palabra de su presencia por unos días. Vio todo de vuelta, la casa, el parque, los árboles, y nada. La naturaleza era un mero ciclo. Extrañaba el cansancio, las noches y sus usos, querer saber qué era bueno y qué justo de cada día, como ocurría en la militancia. Al tercero, cuando se iba, descontenta, desconcertada por la soledad, llegó su padre. Venía tan de incógnito como ella, y ni siquiera quiso encender el fuego en la sala que compartieron esa tarde y esa noche en que supo que su padre ni la entendía ni la perdonaba como antes; se había vuelto, en esos años, un ciudadano y vestía aquel uniforme de las camisas y el pelo ajustado contra la frente y la nuca.

No se hablaban hacía casi dos horas cuando, al día siguiente, el capataz entró con un chico esmirriado que se revolvía y el hijo del vecino, alto, de estreno, temible en su belleza joven. Habían estado sólo una vez juntos hacía un tiempo, cuando ella había

cometido un error. Eso vergonzante era su piedra preciosa. El chico esmirriado, con esposas imaginarias, se había llevado en alguna urgencia algo que no le pertenecía y venía a sufrir, ahí delante, su juicio sumario y a escuchar su condena, impartida y recibida con alivio y con indignación. A cumplirla y a hacerla cumplir se fueron el menor y los mayores. El hijo del vecino y ella se quedaron como en otro siglo, confundidos por estar a solas. Lila se levantó para quitarse la perturbación. Él dijo que iría de caza y ella aceptó, como si la invitación hubiera tenido lugar. Se vieron entonces por la tarde, ella había estado arduamente trabajando en el autoengaño, y llegó limpia, como sin intenciones, pero al bajarse al campo abierto justo en la puerta del monte sintió de pronto el sobrevuelo de la intimidad. No

fingió, ninguno de los dos fingió impericias en el tiro. Se dijeron en susurros cosas cotidianas, se rieron, mataron tres aves que colgaron de un piolín.

La chata se abría paso con ruedas y con luces cruzando un terreno lleno de mechones, unos pocos arbustos, los pozos de las mulitas. Regresaron a la casa con cierto triunfo.

—No sabe lo que tira su hija.

—Le debe gustar.

Lila y su padre se midieron sin mirarse.

—La madre está preocupada.

—Así son las madres.

Dijo el hombre joven, con inusitada alegría.

—Vos, que estás en la fuerza, ¿te parecerían bien las mujeres conscriptas?

Preguntó el padre de Lila. El joven hacía un año que estaba en el ejército.

Discutieron sobre un artículo de *Primera Plana* sobre las mujeres y las armas, que citaba a Israel y a las amazonas, Lila en silencio, ellos en una extraña, repentina despreocupación, como si hablaran de Marte o de los pigmeos.

Lila salió a acompañar al cazador cuando se iba, y caminaron alejándose, y como alguna otra vez intercambiaron apretones y besos, mientras él enumeraba que tenía una novia y creía en Dios y ella callaba sus desrazones. En el pasto zapatearon un pozo, y como era de noche y hacía frío él se sintió a gusto y le contó de dónde le venía la marca

reciente, entre herida y cicatriz, que le cruzaba esa mano. En el sur del país, con el regimiento, habían estado haciendo prácticas extremas.

—¿En dónde?

—Bien lejos, en la punta de la Patagonia.

Prácticas anticomunistas, y él había sido premiado. Había resistido al hambre, al frío, a ser capturado. También a la tortura de

entrenamiento hecha por sus superiores.

—¿Qué te hacen?

No debía ella preocuparse. Era una práctica: los soltaban en el campo con un par de huevos cocidos y la obligación de hacer explotar unos radares a kilómetros, radares de madera, con un falso informante y un falso peligro. Su grupo había viajado entre los fardos en un camión y caminado ochenta kilómetros en el desierto. Las torturas habían sido verdaderas. Lo habían estaqueado en el patio sin abrigo, le habían hundido la cabeza en el agua hasta ahogarlo.

Casi.

—Se hacían los rusos.

Rio.

—¿Y es común ese entrenamiento?

—Es lo último para la guerra moderna, lo que viene es la guerra moderna.

Era necesario, para el bien de todos. Pero ojo, se trataba de algo secreto, dijo arrepentido, y deseó que ya se hubiera instalado la conscripción para mujeres, que ella fuera soldado, que estuviera a su mando. Hasta la imaginó de verde, y soñó un mundo del orden, todo en voz alta. Pero no le habría gustado que ella muriera por la patria, y esa debilidad quién podría perdonársela, nadie.

Soplaba o crecía la debilidad, algo manaba, había que irse.

Se quedaron.

Se refugiaron para quedarse.

Toda la noche, en una mezcla de repelús y excitación, fueron y volvieron en la chata, apagaron las luces, se cubrieron de mantas, y terminaron por la mañana en el pueblo fingiendo algo, puesto que todos los conocían, a Lila ninguna coartada se le ocurría; para su tipo de coartada la mentira debía ser justa. Así, en el almacén, en una mesa, donde se compraba y se servía, y había un quemador a kerosén y un almanaque con sus gauchos, la radio daba sus noticias. Se enteró entonces. Lila había pedido pasar al baño, que era al fondo de la casa.

Volvió y él le dijo.

—Los bajaron a esos hijos de puta.

Lila se alegró. Era agosto de 1972. Se especulaba desde meses con la apertura a elecciones, con acuerdos democráticos, la vuelta o no del general Perón del exilio. El partido había estado debatiendo, y había habido cantidad de noches argumentales, los que estaban a favor y en contra de formar comités de base para participar de las elecciones, de usar el trabajo arduo del frente de masas para discutir la existencia de algún candidato, formar el partido a nivel municipal, esos lujos de la vida burguesa que habían parecido desde siempre tan lejanos que ya eran falsos.

En ese universo, sólo a un grupo le cabía semejante atributo, y ese destino, la muerte aplicada. Había sido, seguramente, un atentado. Habrían matado al general Lanusse y a alguno de sus ministros de uniforme. Las ideas iban soltándose y asiéndose, de liana en liana.

—Shh.

Oyeron.

Por intento de fuga.

Peligrosos subversivos en el sur del país.

Ninguno de estos sintagmas, sumados o multiplicados como fuese, daba por resultado la caída del régimen militar ni el fin de la injusticia que, en aquella despreocupación prestada, por unos días, camaleónica y somera, había vivido ella en el campo, descolgada de su grupo, en aquel pastoreo de las horas. Ni siquiera se había enterado, ella que se había alimentado vorazmente de los diarios desde hacía tres años día a día, de la fuga del penal de Rawson de los presos políticos, ocurrida una semana y algo atrás.

Leyeron en la radio los nombres de los muertos, matados en supuesto segundo intento de fuga.

Eran dieciséis.

Necesitaba caras, porque poco le decía esa verdad de los nombres. Quizá los conocía a todos. ¿Quién tendría una pantalla en el pueblo?

El hijo del vecino demoraba un pan. Ella corrió hasta la puerta.

—¿Adónde vas?

—A sacarme esta mugre.

Tengo un tiempo, todavía. Más que eso, uno o dos. Enamorada, acongojada, voluble paso las horas que no dedico a vender a cambio de moneda corriente, en el consultorio, atendiendo la antigualla del teléfono sobre el escritorio y las dudas de los demás. ¿Con respecto a qué? Las fechas de la consulta, el horario, la entrega de medicamentos.

Celebro cada cosa viva. Una corriente que me sale del pecho se ha echado a caminar por el mundo, y creo que puede viajar kilómetros y que no se diluirá bajo ningún sol. Es la hora de cierre, el encargado me entrega las llaves, hay que esperar la llegada de unos estudios y en lugar de limitarme a lo que me piden, en esta economía que cada tanto me propongo, ordeno papeles, limpio el paso de los otros y hago llamadas innecesarias, confirmatorias, hasta que hago el último llamado. No sé si hacer que yo hago, me finjo un momento, corto. Vuelvo a llamar. Con ese hijo no hablo hace ya unos años y ahora se me ocurre. Será el malestar lila. Hablo con su esposa, Lucas no está. Se oye el cric-cric de la larga distancia. Armo un papelito de aviso, cierro el consultorio y echo la llave en el buzón. Salgo a la estación de Retiro, llego, compro un pasaje a Esquel y luego, inmediatamente, dudo. ¿Es Esquel o Trelew? A Pedro no puedo preguntarle, está en París. En París las respuestas salen despacio, en bostezo. No, me digo, es Trelew.

Cambio el pasaje y espero a que se haga de noche. Pienso en el frío, es sólo una hipótesis el frío. Espero, viajo, espero. Distintamente espero, en un asiento, en dos piernas, en otro. Compro chucherías en la estación de Trelew, para apaciguarme de los kilómetros. Lo veo en su campera, más ancho, con la misma cara de su padre. Cuando tenía quince se fue a vivir con él y así estuvimos desde entonces, en vaivenes de indiferencia de fabricación casera. Se nota que no está dispuesto a salir de la estación tomándome del brazo ni teniéndome siquiera a unos metros, puesto que podría contaminarlo con el pasado, el suyo propio, y ha hecho todo lo posible en estos años por mantenerse limpio. Lo acompaño entonces en busca de una taza de líquido que nos haga de mediación. No sabe ni quiere saber de mí. Compra un diario en papel delante de mis ojos; me admiro de semejante hazaña para una persona de treinta años. Mientras conversa con el vendedor me quedo contemplando fotos de la ciudad, desplegadas en un viejo exhibidor, para vender a los incautos.

—¿Quiénes son los muertos de Trelew?

Le pregunto cuando nos sentamos ante una mesa bien domesticada.

Qué quiero, me responde.

Verlo, simplemente, haberlo visto, irme con su cara. Ni siquiera le pido conocer a su hijo, que ya debe pastar hace unos meses en esta vida. Ni me atrevo a hablar de mi filiación con él, ni usar un posesivo como "mi nieto" en fatídica conjunción. Acepto todo en este silencio: haberlo echado de casa aquella vez, su límpido, genuino odio hacia mí, que hubiera querido ser perfectamente desinteresado y sin lograrlo.

—Perdoname. No tendría que haber venido. Fue un impulso.

Le digo con la verdad que me queda. Mira la postal que tengo en la mano, la foto de una vieja pintada sobre una vieja pared, entre otras postalitas que retrataban casas irlandesas y tazas de té con su adorno comestible.

—Eso se cantaba, lo que dice esa pintada en la foto: Ya van a ver, ya van a ver, cuando venguemos los muertos de Trelew. Los padres de Verónica vivían acá en esa época, y recibían a los familiares de los presos políticos que venían de todos lados. La gente los alojaba, en las casas, a los familiares. Después los arrasaron a ellos también, como a todo el mundo. ¿Y este interés? A vos nunca te importó nada.

Temo a cada giro, como en un laberinto; andando temo.

Con treinta años tiene unas primeras arrugas alrededor de los ojos. Como no ha sonreído no sé qué le depara el tiempo en la boca.

—Hubo una fuga de presos políticos, en el 72, del penal de Rawson acá a unos kilómetros. Después ellos, una parte, no se pudieron subir al avión y se entregaron y los mataron en una base militar diciendo que habían querido fugarse de nuevo. Los mataron a todos pero tres sobrevivieron, así son los milicos, siempre alguno les sobrevive y cuenta.

Me invita con un gesto, pero no digo nada.

—Capaz lo hacés para complacerme. Venir hasta acá, hablarme del penal de Rawson y de los años setenta.

No sabía que eso lo complacería. Acaso se haya convertido en

militante de Derechos Humanos y yo sin enterarme. Se levanta.

Pero me avergüenza decirle la verdad, que ni siquiera eso es cierto. Sólo he pensado en mí, una vez más, en él como algo mío, y los muertos de antes son precisamente anteriores y con eso nos hacen esa bondad. Míos ya no son. Ni siquiera Lila sería mía si estuviera efectivamente muerta. Podría llorar por Lila si me lo propusiera.

Se va.

Yo pido un hotel y entro cuando me permiten en una habitación, con una cama simple y un cobertor áspero, verde y negro, como cualquier espíritu. Algo ventea. Hojeo manuales que he comprado en el camino. Turismo aventura, turismo gastronómico, turismo de la historia catástrofe. Este es. Leo, y lucho. Tengo a la pena y a la soledad, sentadas a un lado y a otro. Se miran, se entienden por encima de mi hombro.

Leo. Es una entrevista célebre:

Después de la fuga, cuando quedamos en la base, los milicos nos provocaban mucho. Me acuerdo que se ponían en el pasillo con un silbato y nos ordenaban que nos pusiéramos contra la pared, que nos paráramos, nos sentáramos, nos paráramos, nos sentáramos, así toda la noche.

Es de noche, me levanto, me siento, me levanto.

Paco Urondo: ¿A qué hora los sacaron ese día?

María Antonia Berger: A las tres y media de la mañana. Nosotros esperábamos que al día siguiente el juez nos tomara declaración y nos levantara la incomunicación. Ya estábamos calculando que en dos o tres días nos volvíamos a Rawson, al penal. Nos

sacan a las tres y media y nos hacen poner los colchones allá donde se abrían los pasillos. Siempre, cuando nos despertaban, nos sacaban la frazada y los colchones de tal manera que no pudiéramos dormir durante el día.

Alberto Camps: El procedimiento para despertarnos era siempre más o menos el mismo, pasaban pateando puertas, pegando gritos o tocando el pito. Esa noche también lo hacen. Como elemento nuevo, había insultos en voz alta como: "Ya van a ver lo que es meterse con la Marina". Yo lo veo al capitán Sosa. Después pasó Bravo diciendo:

"Ahora van a ver lo que es el terror antiguerrillero", que era un poco la "teoría" que manejaba el teniente Bravo, "al terror se lo combate con el terror". Él aseguraba que nosotros éramos terroristas. De esa manera nos despertaron.

Me despierto de la lectura por un segundo, como se hace siempre al alzar los ojos de una línea ordenada de letras que hagan sentido, las letras obreras trabajando. Pero no ocurre lo que todas las veces; ninguna imagen enfocada, ni la puerta del baño o la mesa, ni el almohadón a unos centímetros, ni la lámpara, si hubiera horizonte ni el horizonte: nada redime.

P. U.: ¿Estaban formando en el pasillo central cuando empiezan las ráfagas?

A. C.: Sí, y mi primera reacción fue mirar hacia el costado, y ahí vi cómo recibía varios tiros el compañero Polti e inmediatamente se zambullía cuerpo a tierra adentro de la celda, cosa que hice yo también en seguida y seguían las ráfagas. Yo estaba adentro con Mario Delfino y ninguno de los dos teníamos tiros en ese momento.

Siguieron las ráfagas, no eran ráfagas cortas, eran largas.

Se oye, patagónico, el viento.

Por la cantidad de compañeros que había sobre el ala derecha, concentraron el fuego sobre ese ala y eso explica que los cuatro últimos de la izquierda no tengamos tiro de ametralladora cuando hacemos cuerpo a tierra. Entonces adentro Mario Delfino me pregunta qué hacemos, pensábamos los dos que eso era una masacre. Yo le digo:

"Quedémonos cuerpo a tierra", son las únicas palabras que nos decimos. Cuando paran las ráfagas se escuchan quejidos, estertores de

compañeros, incluso puteadas. Me doy cuenta de que están rematando, alguno dice: “Este vive”, e inmediatamente se escucha

un tiro. Bueno, pocos momentos después, en tiempo no sé cuánto, uno o dos minutos después de que terminaron las ráfagas, llega el teniente Bravo a la celda y nos hace parar, a Delfino y a mí, con las manos en la nuca, en la mitad de la celda. Él estaba en la puerta, a un metro y medio de distancia. Nos pregunta si vamos a contestar el interrogatorio, le decimos que no, y ahí me tira y veo que cae mi compañero. Yo lo toco y no se mueve, tampoco lo escucho quejarse. Calculo que el tiro lo mató de entrada, o lo shockeó de entrada, y perdió el conocimiento. Yo el conocimiento no lo pierdo.

De todo esto, de estos muertos, rememoro nombres que después pierdo o para después perder.

P. U.: ¿Dónde tenés el tiro vos?

A. C.: En el abdomen, sobre la izquierda, unos cuatro dedos por debajo de las costillas. Bravo tiró desde la cintura, con pistola. Yo no pierdo el conocimiento; en seguida empiezo a vomitar sangre, la verdad, no sentía dolor con el tiro. Pienso en no moverme, en hacerme el muerto, escucho que sigue habiendo tiros y en un momento pasos apresurados. Ah, no.

¿Duda? Dudo.

Antes escucho que alguien le dice a otra persona: “Bueno, ustedes ya saben lo que pasó, ¿no?”, como recordándole algo que ya se había acordado de antemano. También recuerdo bien los disparos, ya para entonces los disparos de remate, y cómo uno de los compañeros que estaba tendido gritaba: “Hijos de puta”, y en seguida un disparo de remate en respuesta a eso.

Es la una de la mañana. Bajo y convenzo al conserje de que me preste su paleolítica computadora, porque es como si no me alcanzaran las

palabras o más bien me sobrasen, y prefiero un silencio de imágenes. Pido fotos y me dan fotos. Ahora se puede, uno aplaude con la punta de los dedos sobre el teclado ante la sibila y aparecen las caras,

Alberto Camps, María Antonia Berger. Un hombre con un ojo amoretonado, un hombre bellísimo, como un modelo, jovencísimo. Me da una puntada su juventud.

Bueno, esa gente se retiró y al tiempo llegaron los enfermeros. Ninguno de los heridos es atendido, concretamente, hasta el mediodía. Ni siquiera transfu-siones o suero. Estaban presentes los dos médicos.

P. U.: ¿Así los dejaron morir?

M. A. B.: Los dejaron morir.

A. C.: Éramos seis sobrevivientes y quedamos tres. Ni siquiera la reposición de sangre que estábamos perdiendo. Creo que falta la visión de María Antonia.

No quisiera ninguna otra visión. Con las que tengo, más las caras, que he ido cosechando en la pantalla abajo, sonámbula, junto al conserje, aunque sea de pie quiero dormir. Eso pasa acaso, uno quisiera cualquier cosa antes que seguir con esta letra.

M. A. B.: Cuando empiezan a disparar yo veo al gordo ese, que nos había estado cuidando, el suboficial, el de Rosario. Veo que están disparando, y simultáneamente, me siento herida, no me doy cuenta dónde, siento una quemazón, pero ni dolor ni nada.

Mi primera reacción es meterme dentro de la celda, y en ese momento la veo a Sayo, la esposa de Santucho, ahí delante de la puerta, supuestamente muerta. Estaba embarazada de cinco meses. Por un momento pensé que nos tiraban a las piernas, es decir, no me daba cuenta de la situación, me costaba creerlo. Apenas entro yo, entra la petisa Sabelli agarrándome del brazo y diciendo: “Estos hijos de puta me dieron”.

Entonces le digo: “Tirate al piso”, y yo hice lo mismo. Trato de ver qué me pasa a mí, y veo que tengo un agujero acá, en el estómago, me

acuerdo que tenía un pantalón oscuro, era más serio de lo que yo creía porque no sentía ningún dolor, ni me sangraba ni nada. Y simultáneamente comienzo a oír como un estertor de la petisa: empieza a roncar muy fuerte y a dar quejidos al mismo tiempo, esa es la parte más fiera, unos ayes de dolor horribles. Y simultáneamente escucho tiros aislados que empiezan de adelante hacia atrás. Me doy cuenta de que están dando los tiros de gracia. Ahí me pongo a pensar: Bueno, aquí me llegó la última hora. En ese momento se piensan muchísimas cosas, me acuerdo que pensé en mi familia y en mi compañero, en hechos lindos. Traté

de pensar mucho en muy corto tiempo. Y los tiros no llegaban, es decir, no a mí. Ahí me entró un poco de impaciencia. Estaba esperando que me mataran de una vez por todas.

Después veo que llega a la puerta uno vestido de azul; yo también me hacía la muerta.

A esa altura era lo único que se me ocurría.

No me acuerdo si alcanzó a tirar antes un tiro a la petisa; lo que sí me acuerdo es que levanta la mano y me apunta con bastante cuidado: yo lo miro a los ojos, yo estoy tirada así, sobre el hombro, y con cuidado me tira. Siento como un estallido espantoso en la cabeza, como si fuera una bomba, pero para gran sorpresa no fui muerta. Me cuesta creer que estoy viva. Siento acá un gran hematoma y que estoy sangrando mucho, pero no pierdo el conocimiento. Sigo escuchando balazos hasta que en un determinado momento terminan.

¿Qué suena en la noche, lejos, a unos pocos kilómetros de tiempo y espacio de este hotel? El tiempo resuena; al tiempo lo desperdicio leyendo; el tiempo la canica que me guardo.

El tiempo que pasa no lo puedo controlar mucho. Después escucho que hacen toda una orquestación diciendo: “Bueno, vos tenías una metra y Pujadas intentó quitártela”, haciendo como un armado de la cosa. Al rato viene un enfermero, entra en la celda y me da vuelta, me mira la cabeza, me toma el pulso y dice: “No, está viva, sólo le interesó la mandíbula, pero se está desangrando”, y se va. Viene dos veces más el teniente Bravo a la puerta, con un jadeo totalmente nervioso, y muy preocupado porque no me moría, porque decía: “Pero esta hija de puta no se muere, cuánto tarda en desangrarse”. Y yo,

cada vez que aparecía en la puerta, juntaba sangre en la boca y la escupía para hacer parecer que me estaba desangrando, pese a que ya me había parado un poco la hemorragia.

No es verdad que para que sea verdad todo lo hecho deba ser verdad.

¿Miedo? Uno siente que se va a morir, pero no es eso, ese temor al sentir que se terminó no. Estaba tranquila. Yo siempre pensaba de otros compañeros cercanos, que habían muerto, qué habrían sentido. Me acordé de ellos y dije: "Bueno, si han sentido lo

mismo que yo, no es tan grave". No era tan triste. Yo tenía la sospecha de que, aunque muriera, todo seguiría. Tenía la certeza absoluta de que alguien iba a pagar por esto, que los compañeros, tenía en ellos una confianza total.

Me miro mi arsenal de confianza y tiene una alforja flaca.

Después, cuando vi al enfermero, me di cuenta de que por muerta ya no pasaba. No sabía qué hacer. Veía que tenía una herida en el estómago y me dije: Bueno, acá si no me operan en seguida, con la cuestión de la peritonitis y todo eso de las perforaciones, tengo algunas horas. Siempre te queda una esperanza y luchás con ese margen. Me acuerdo que después yo decía: Pero si me muero, quisiera escribir en la pared los nombres que sean, Sosa, Bravo. Pero entonces agarro, y con el dedo y con la sangre (me acuerdo que mojo el dedo) empiezo a escribir cosas en las paredes. En seguida se apiolan y viene uno con un tarrito y borra inmediatamente.

P. U.: ¿Qué habías escrito?

M. A. B.: L.O.M.J.E.

P. U.: ¿Lomje?

M. A. B.: L.O.M.J.E. Libres o muertos, jamás esclavos. Y había escrito "papá, mamá"

y no sé qué más. Lo borraron, y después volví a escribir de nuevo.

Pero mientras estaba escribiendo ya me vieron y lo volvieron a borrar.

Bajó a Buenos Aires desde Córdoba ese mismo 23 de agosto de 1972 y llegó por la noche y tocó el timbre como aquella vez hacía tres años, aunque sin el pájaro, sin la mancha de sangre, no visible al menos la mancha aunque se había manchado y la sangre marchaba. Teresa la recibió sin hacer preguntas, le dio de comer, la dejó dormir dos horas, la despertó cuando le había indicado. Sólo entonces fueron a ver al bebé, que ya no lo era estrictamente, bajo su carpa de oxígeno, apacible en su reducto, ignorando qué podía ser la salud, la vida que se dice plena o lo que vale por ella: los juegos, el amor ganado.

—Víctor viene a revisar a mi bebé, todavía, cada tanto. ¿Se ven ustedes?

—Sí, pero como él se pasó de organización, es difícil.

—Podrían encontrarse acá, en casa. Cuando Moni está en la escuela, alguna vez.

Lila tenía demasiada seriedad a cuestas para pensar en otra cosa que los compañeros muertos en Trelew.

—Y a esos chicos que murieron, ¿los conocías?

—A una la conocía, de hace poco tiempo. No te digo nada más. Gracias por el tapado.

—¿Dónde vas a estar?

—Donde me necesiten.

Había mucha gente en la cuadra de la Unidad Básica donde se velaban algunos de los asesinados en Trelew. Lila llegó a media mañana. Varios militantes y familiares habían estado presentes cuando, antes, habían abierto los ataúdes, para comprobar los tiros por la espalda a uno —quince tiros— y la nuca destrozada de la otra. Hacía frío y los abrigos valían las penas. A las tres de la tarde llegó el cuerpo de un tercero como el último, los otros trece se velaban en otras partes del país. Se lo esperaba y no era el de cualquiera sino el de Sayo, la mujer de Santucho. La policía intervino para que ese cuerpo no fuera visto, porque había estado gestando hasta el quinto mes. Entonces, los camiones de detención y los caballos a sueldo se acercaron por la calle, y guiados subieron a la vereda, que está compuesta,

generalmente en las ciudades, por el plano del suelo y el plano de la pared, y contra este último plano fueron apretados los presentes mujeres y hombres jóvenes, conocidos y desconocidos de Lila y ella misma también. Como cuando un elemento entra en una pipeta y busca ocupar el lugar de otro, y si tiene más densidad lo ocupa: así los caballos y sus guías ingresaron a la vereda y decenas de a pie se apretaron en la punta y se ensancharon hacia el final de la calle para llegar con más rapidez a la esquina buscando lugar donde desagotar la propia masa, corriendo, sueltos algunos y ajustados los otros y sin ver, viendo todos retazos.

Lila esquivó los caballos, dio vuelta a la esquina, regresó y se apostó en la cuadra siguiente. Vio la tanqueta que derribaba la puerta de la Unidad Básica y decidió seguir adelante en la caminata y unirse al séquito después. Los perdió de vista y ya no supo cómo volver a engancharse. La policía era un polen una tarde de primavera. Era pleno invierno. Ella tenía una sola dirección, que usó. Un vecino le dijo que sí, que todavía vivía gente al lado, pero que hacía días no veía a nadie. Lila no se atrevió a esperar en la puerta ni demasiado cerca, estaba descartado tocar el timbre. A media cuadra había un kiosco de esos que ocupan sólo un metro y dan a la calle apretadamente, y así, afuera, saltando en un pie y en el otro, con la coartada de haber vivido en el barrio en la primera infancia mantuvo conversación con el vendedor hasta que vio que alguien entraba usando las medidas de seguridad del partido. Fue, tocó la puerta, dio los nombres que sabía y la dejaron pasar. Adentro estaba la chica espigada de la última vez, la compañera Negri. Lila dijo que había cometido un error pero que tenía que pasar un informe a la responsable. Después de una llamada le dieron una cita y volvió a unirse a la célula. Era la época de los comités de base, y se la pasaban en arengas en las fábricas y en los barrios. Eso le gustaba. Expropió un camión de leche, consiguió autos operativos.

Para fines de año tenía a su cargo a seis personas, había compensado su error con información sobre el Ejército y había recibido la orden del partido de trasladarse durante el verano a Córdoba, dar nuevamente con el joven militar, y traer algo valioso, si podía. Se necesitaban informantes en todos los cuarteles, había que considerar la posibilidad de cooptarlo, porque todos los cuarteles serían asediados, vigilados, tomados cuando hiciera falta para el avance de la revolución.

En noviembre de 1972 le dieron la tarea de expropiar un negocio de máquinas de imprenta. Lila estaba a cargo de la operación. Sólo

cuando estuvo adentro notó que le faltaban manos para llevar las máquinas y ordenó al que hacía de campana que entrase a cargar. Hubo nervios; una empleada se había puesto a aullar y tuvieron que acallarla y se desmayó o hizo que se desmayaba, y Lila le tomó el pulso que descubrió normal.

Al encerrarla, mientras cargaban las máquinas, no echó llave a la puerta. Los detuvo la policía a unas cuadras. Un camión de bomberos venía a contramano, y contra él casi se incrustaron. Hicieron bajar a los bomberos a punta de pistola y los hombres corrieron.

Quedaron el auto de ellos, el camión rojo y los policías en la esquina, parapetados. Lila empezó a tirar. Una parte del grupo, sin aviso, huyó en el auto chocado dando una vuelta desesperada. Ella, sola con su 45, aguantó unos minutos hasta que oyó otra arma, de una compañera que se había quedado y ahora, acomodada, tiraba al fin. Ante las dos armas la policía retrocedió. Ellas corrieron diez cuadras sin parar, arrancándose los pulmones, el saco de color, migrando a otras formas como ciertos reptiles, velocísimas, y jadeando con aire mamífero y corazón humano.

—¿Mi primera acción? Fue robar un mimeógrafo. *Bon*, robar no, conseguirlo para la causa. Usted sabe, lo primero siempre es saber hablar. Me había reclutado mi hermano, aunque sin decirme ni una palabra. Pero el rechazo a la invasión nazi estaba generalizado, el movimiento se armó rápidamente, lo difícil del asunto era la organización. Uno, la vida que tenía, era lo que sobraba, porque quién quiere vivir ocupado por el ejército enemigo, lleno de prohibiciones, bajo las armas de los otros. Así

empezamos los sabotajes, espontáneamente. Pronto comencé como enlace y me pasaba las horas en los ferrocarriles, entregaba materiales y armas y eso que venía del cielo, que nos lanzaban los ingleses en paracaídas de noche, documentos, municiones. Comida había muy poca, y tanta gente clandestina que mantener. Una vez… ¿le interesa? Digo porque las anécdotas, en fin, había pinzas cada vez que bajaba del tren, y mi valija no era de las ligeras. Una vez antes de llegar al control en la Gare de Lyon le pido a un soldado alemán a mi lado que me sostenga el equipaje, mientras alzo a un niño que no me pertenece y todavía hoy le veo la cara contra la mía. De noche a veces.

—Yo también de noche veo caras.

—Miriam, sírvale algo más a la señora. Perfectamente. En otro control no fui tan afortunado, llevaba cinco granadas de mano y material de propaganda, porque había que frenarlo todo, la colaboración, la producción, en fin, verá, no le puedo contar esa vida porque es mía a medias, se me fue gastando. Esa vez bajo y me apresan, me ponen las esposas. Pero para firmar mi entrega me las sacan, y quedo libre por un momento que no dudo en usar. Con cada brazo golpeo a los que me custodiaban, salgo corriendo así de la sala de la estación, los que me persiguen son interceptados. Un cura benévolo se les cruza, quizá era de los nuestros. Corrí en zigzag, bim bum, hasta entrar en una barbería. Y pensé: este hombre me denuncia. La delación, usted sabe, es cuestión de punto de vista como tantas cosas. ¿Ah, no? ¿Es usted absolutista? El delator tiene el beneficio de decir la verdad y hasta se cree un hombre justo. Este era desgarbado, el barbero, y me había estudiado de una sola mirada apenas entré. Le pedí que me sacara el bigote y me tiñera el pelo bien oscuro. Todo tardó. Tardaba y tardaba. Una hora al menos. Yo lo espiaba por el espejo típico de las barberías, bajo la sábana que me había puesto encima. Pero usted ya sabe el final. El final es que estoy vivo. Uno tendría que frenar a todos por la calle, a cada uno y preguntarle: ¿Usted está vivo al final de qué cosa? Imagínese otro. ¡Ah! Pero si hablamos de un tercero, qué importancia puede tener que se lo cuente yo. Una importancia menor. Al menos usted me escucharía distinto.

¿Quiere saber realmente lo que pasó?

—Claro que quiero.

—Usted tiene la belleza de los que escuchan. Usted comprende. Yo la podría convencer de tantas cosas que sería una fiesta. Oiga bien. Digo cualquier cosa y usted ya sabe, piensa aburridamente, está vivo. El barbero terminó su trabajo y era convincente el cambio, y si no, hubiera sido convincente de todas formas. Sentado yo, se veía lo rasgado de mis pantalones por el forcejeo. No, no me los mire ahora.

Además de la edad es pícaro, hace bromas, me busca.

—Lo mismo pasa con la manga izquierda o derecha del saco, está toda desgarrada, cuando me retira ahora la sábana el barbero lo nota. Entonces, con gesto adusto, se va hacia el fondo del local. Pensé que iba en busca del teléfono para delatarme. Yo era joven. Muy joven.

Sabe que no le creo.

—Sí, desande esta cara y verá que yo también tuve diecisiete años. El

tipo no parecía que fuera a detenerme con las propias manos, pero busqué automáticamente un arma de defensa. Se había llevado las tijeras, y creo que, de todas formas, sin certeza le digo, no hubiera podido atacar a un francés a esa edad, nunca había matado a nadie todavía.

La cosa se resuelve así, a veces, matar o no matar, a tiempo o no a tiempo, y va uno entre el sí y el no pero muy rápidamente hay que resolverse, le diría que ni siquiera lo resuelve uno sino la cosa esa que está en nosotros cuando estamos en peligro. Vi entonces entrar a dos guardias de Pétain y volví a sentarme, el instinto, la cosa esa me dijo. Salió inmediatamente el barbero y me cubrió de vuelta. Dijo a los guardias que no había visto nada raro, me descubrió y me dio un abrigo. Es viejo y el único que tengo, me explicó. Pero usted no se ve bien con esa ropa que trae. Ahora váyase. Si le dijera que me acuerdo de esa cara le mentiría, la del niño sí, esa no. Aunque me acuerdo de esa cara, usted me entiende, por supuesto.

Asiento. En mi poltrona compruebo que se ha enfriado el té. Miro y admiro las viejas cortinas y entiendo que una mujer ha olvidado alguna vez el amor entre estas paredes, hará unos veinte años al menos, a juzgar por el motivo de los tapizados.

—Más tarde se discutió. Siempre más tarde se discute. Si nuestro trabajo de resistencia “valió” la pena. Que si no hubiera sido por los rusos Hitler ganaba de todas formas, no importaba lo que hubiéramos hecho, si hubiéramos resistido o no a los alemanes nosotros los franceses. ¿Pero usted sabe? La historia no existe cuando es el presente. La historia es la jactancia del futuro, un lujo que nosotros, ahora, nos podemos dar. Pero no podíamos entonces. Imagínese la resistencia que pone bombas, que corta cables, que asesina soldados, de pronto deteniéndose en medio del hambre y de la acción: ¿corresponde que mate a este soldado?, ¿corresponde que rompa este camino de ferrocarril? No, ¿ve? Intenta y nada, no se imagina. La cosa marcha o no marcha. Eso nos decíamos. Eso y los compañeros, a uno lo matan y ya vendrá otro a recoger vuestro fusil. Esa guerra de resistencia es el mejor trabajo del mundo. Yo ya no pude quitármela de encima y cuando terminó me hice soldado regular, paracaidista, estuve en Indonesia y en Argelia. ¿Usted le teme a la muerte?

—Como todo el mundo, supongo.

—Usted no puede ser todo el mundo para hacer esto. ¿Pero qué digo? De pronto me había olvidado de los años, son los años que me lo hacen olvidar. Puede y no puede, es complicado. La verdad es que la

gente se duerme, toda la gente, pero hay que ver cuando despiertan. Mire que hay legiones de estúpidos. A mí siempre me ha hecho mal.

Miriam deposita un plato blanco con galletas recién salidas del horno. Entra la luz que debe entrar, hace la tibieza que debe hacer, es la hora que es. Estoy encantada, me pongo a sorber y a masticar. Ningún error cometido en la historia del mundo me toca, y lo que llega de la desgracia es tan poco y lejano que casi suena como una música.

—Coma, beba. Después caí, por una serie de errores, o por un error que empujó a otros. La sección Marsella había pasado a manos de una persona demasiado optimista, que para armar comunicaciones eligió como enlace a un muchacho que conocía, y le dio nombres y papeles, una dirección apuntada, toda una tragedia junta. Este muchacho se queda dormido en el tren y lo despiertan a punta de pistola. Fuimos a parar a los sótanos del Hotel Rémi. Donde trabajaba muy bien la Gestapo. Nos tocó a todos.

Primero nos interrogaron con una técnica ancestral, la del agua. Le digo que de siglos.

Se dieron cuenta de que Hervé tenía más información que yo, y al día siguiente lo arrastraron muerto hasta el pasillo, sin mandíbula y sin ojos. Decidí entonces que a mí no tenía que pasarme lo mismo, había que escaparse del Hotel Rémi. Logré soltar los barrotes del sótano y salí con cuidado, de noche, sin los grilletes de los pies pero con las manos todavía atadas. Toda la noche busqué a mi contacto en la ciudad; no recordaba la dirección pero sí la casa y la forma de la calle. Nosotros fuimos muy buenos fisionomistas, antes y después. Todo se jugaba en ese péndulo, de registrar y de olvidar por si llegaba la tortura. Se dice salvavidas de plomo, ¿no es cierto? Con eso andábamos encima, en la cabeza. Tengo cientos de historias también de las inútiles, de la victoria.

Las mujeres nos tiraban flores cuando la victoria. Después ya no. Después hasta nos persiguieron y nos trataron de asesinos, porque les mantuvimos la paz en Argelia. Pero mire qué tarde. Yo no desperdicio una tarde en ninguna injusticia pasada. Estar vivo, eso es tener razón.

—¿Me escuchan?

La oían.

—La Revolución Rusa luchó desde sus inicios contra la aristocracia y

la burguesía pero también contra las antiguas facciones de la izquierda, dominadas por el centralismo, por la tibieza, recuerden. ¿Hubiera podido Lenin establecer un nuevo

orden sin desplazar a estos actores de la conciliación? La respuesta es de vuelta negativa. Entre las filas de esta centro-izquierda estaba la burguesía operando. Y la burguesía, sabemos, trae aparejado al capital. Y el capital a la explotación. Lo mismo está pasando acá en nuestro país: el peronismo está constituido por esa burguesía nacional asociada a una clase trabajadora. Y esa clase trabajadora está concentrada, con suerte, en las luchas sindicales. Poco, muy poco es esto para nosotros. Mejora de los puestos de trabajo y aumento de los sueldos. Nosotros buscamos el paso siguiente, que es cambiar de signo toda la ecuación de la sociedad. Poner fin a la explotación, no reducirla. Dar lugar a la justicia social plena. ¿Y qué nos importan la Revolución Rusa y los mencheviques? Nos importan porque nos enseñan. Y si ustedes quieren ser buenos, destacados revolucionarios, tengan en cuenta que no están solos. Nosotros los revolucionarios tenemos padres y abuelos. A la Revolución de Octubre le siguieron años de guerra civil. Lo vamos a ver pronto nosotros en nuestro país. Es esta la guerra prolongada que nos enseñan las otras revoluciones, incluidos los hermanos vietnamitas.

Los alumnos empezaron a levantarse.

—Compañera, ¿vas a la plaza mañana?

—Nuestra prioridad es el reclamo por la libertad de todos los presos políticos. Y

vamos a hacer la movilización que haga falta, ya se está preparando. A la plaza, y a Devoto después. El objetivo es acelerar el proceso de liberación, que lo cumplan apenas haya asumido el presidente.

Después de dar su clase, Lila salió con los recaudos de siempre de la casa donde funcionaba la escuela de cuadros y adonde había sido afectada a principios de ese año 1973, puesto que su responsable había creído descubrir en ella dotes de docente y oratoria. Ahí, una tarde, no hacía mucho, Lila había conocido al Comandante. Todos esperaban la asunción del nuevo gobierno una vez permitidas las elecciones por los militares. ¿No se olía ya el aire democrático? El partido advertía de día y de noche, en los panfletos, en la prensa partidaria, en los corazones: no dejarse engañar por la farsa electoral. Lila pensaba hacer caso. Por la tarde fue a casa de la tía Teresa, se encontró con Víctor, tuvieron un amor urgente. Las citas eran difíciles

en esos días de euforia. Se propusieron no hablar de política aunque cualquier cosa que dijeran, mi amor, tu pelo, era militante también.

Él le preguntó si iría mañana a la plaza, y ella dijo que no.

Ella le preguntó si el chiquito de la tía Teresa sobreviviría a ese 1973 y él respondió lo mismo.

Pero al día siguiente Lila no pudo quedarse al margen como uno se queda junto a una orilla, imaginando el agua. Desde temprano llegaban las noticias en tropel. La Plaza de Mayo estaba llena desde la madrugada por la asunción del presidente electo, muchos de la Juventud Peronista habían acampado en las cercanías de la Casa Rosada.

Escucharon el largo discurso del presidente Cámpora en la cocina, entre agradecidos y resoplantes, haciendo que planeaban el trabajo de las semanas siguientes pero interrumpidos, constantemente, por la sospecha de lo bueno y de lo malo en aquellas palabras presidenciales. Lila llevó un material cerca y finalmente llegó tarde a la plaza, que estaba desbordada, resonaban los consabidos bombos y los cantos mediocremente rimados sobre Perón, Cámpora, el poder, los militares que se iban y ya nunca volverían, y las organizaciones armadas, y los muertos de Trelew. La patria socialista. Los cinco por uno. Y Evita, que si viviera, sería montonera. Todos preferían los tiempos futuros; andaban todos llenos de voluntades y de papeles el suelo. Se abrió paso, dado que iba sola, sin ninguna columna. Antes de llegar a la Casa Rosada vio el cordón de seguridad de la gente de la JP, con el consabido brazalete. ¿Aquel no era su antiguo amigo Tito Livio? Fue una instantánea, que se deshizo obediente a su naturaleza.

Como había desmayos, como se oyó algún tiro, Lila se quedó a ayudar y a ver; un policía, aferrando la gorra, pedía piedad en una esquina mientras un grupo de manifestantes lo atizaba; otros pintaban una pared y una bandera para esa noche.

Llevar un nombre como bandera a la victoria.

Se pensaba así, en consignas. La lucha lo pedía.

Hasta un *vamos* era una línea de acción.

Sonó varias veces el cántico de la liberación de los presos políticos antes de que empezaran a desconcentrar hacia la cárcel de Devoto, lentamente, como en peregrinaje, en autos, en taxis, en los colectivos que se interceptasen y se adentraran en la ciudad.

Lila llegó cuando ya había oscurecido; era temprano y todos creían que era tarde. Las ventanas de la cárcel se llenaban de sábanas con estampas; se quemaban colchones tras las rejas. Era todo eso que ocurría en el “se”, que aunque hiciera uno solo hacían muchos. Lila alzó la nariz como un perro, un instante, algo de lejos, ¿a qué olía la democracia? El “se hace” se olía.

— *Victurus te salutat*.

Le dijeron al oído. La postal de unas horas antes no había sido una quimera. Ahí estaba Tito, cuando ella se dio vuelta, con su saco demasiado formal para el brazalete de la JP que todavía lo identificaba. Lila lo abrazó y arrastró un poco a un costado, para

hablar, aunque qué decirse, lo que ya sabían lo sabían, y lo que no mejor sería que así siguiera. Al menos de su parte, por ahora, si bien a uno y a otro les resultaba promisoria esa repentina legalidad llegada con la democracia.

—¿Y los presos cuándo salen?

—Ya, muy pronto. Esto no da para más. Están a punto de tirar abajo la puerta. Pero hay que contenerlos un poco a los compañeros, a toda la hueste afuera, que vamos a terminar a los tiros.

No lo había sentido en todo ese tiempo, pero por un instante su marxismo se evaporó y sintió envidia de Tito Livio, y le dio otro abrazo cuando él quiso saber de ella, dónde estaba, qué hacía, a qué estaba dispuesta en la lucha. Se lanzaron entonces los discursos de los presos, desde un palco improvisado del edificio de la cárcel; alguien había empezado a bramar en un megáfono.

Todos los guerrilleros eran sus compañeros, coreaba el gran coro.

Después salieron los presos, sonaron los tiros, el coro corría sin mácula en su victoria.

Leo, como tragando una cucharada de un amargo, terco medicamento. Es la repuesta de Mario Roberto Santucho, el Comandante, la cabeza del PRT-ERP, al presidente electo Héctor Cámpora en 1973. Veía en su ceguera, pero qué, no veo yo vidente.

Por qué el Ejército Revolucionario del Pueblo no dejará de combatir Respuesta al Presidente Cámpora

Abril de 1973

O sea que ya estamos en el 73, me digo, como si todo se precipitara. Digo despacio y no me hago caso.

El gobierno que el Dr. Cámpora presidirá representa la voluntad popular.

Respetuosos de esa voluntad, nuestra organización no atacará al nuevo gobierno

mientras este no ataque al pueblo ni a la guerrilla. Pero seguirá combatiendo militarmente a las empresas y a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias.

En cuanto a la policía, que supuestamente depende del Poder Ejecutivo, aunque estos últimos años ha actuado como activo auxiliar del ejército opresor, el ERP

suspenderá los ataques contra ella a partir del 25 de mayo y no la atacará mientras ella permanezca neutral, mientras no colabore con el ejército en la persecución de la guerrilla y en la represión a las manifestaciones populares. Tal es la posición de nuestra organización, que ahora anunciamos públicamente y que difiere de las expectativas del Presidente electo.

En efecto, el Presidente Cámpora en recientes declaraciones ha pedido a la guerrilla una tregua para “comprobar o no si estamos en la senda de la liberación y vamos a lograr nuestros objetivos”.

Le sigue un *racconto* histórico de las traiciones al pueblo, de unos y otros, y no fueron pocas. Leo con el corazón hecho un perrito, amaestrado, peludo, de malos dientes en su guarida.

Dar tregua en estos momentos al enemigo es darle tiempo para preparar una contraofensiva que, entre otras cosas, en cuanto deje de convenirle, barrerá sin contemplaciones el nuevo gobierno parlamentario.

Esto, me digo y me confieso latinoamericanamente, fue cierto tantas veces, la democracia como un recreo, el gobierno electo como una concesión momentánea, paternal, que alguien nos daba. Digo nos y no me desdigo.

Es necesario, más necesario que nunca, continuar hostigando al gran capital expoliador y al ejército opresor, sostén del injusto régimen capitalista, desarrollando al máximo todo el inmenso potencial combativo de nuestro pueblo. La batalla por la liberación ha comenzado; está muy lejos de terminar. Sólo hemos dado los primeros pasos y así lo entiende nuestro pueblo. Los elementos antipopulares militares, también los dirigentes peronistas burgueses, pretenden confundir dando a la elección del 11 de

marzo un carácter de culminación de un proceso y sostienen la mentira de que el pueblo votó por la pacificación. Todos sabemos que eso es falso, que el pueblo votó por la liberación de los combatientes, contra la Dictadura Militar opresora, NO DAR TREGUA AL ENEMIGO.

¿Por qué me da miedo la guerra? Amo la injusticia de la paz. Ellos que como Tiresias han visto, me dice Fabio una tarde. Me insiste con eso de ver en la ceguera.

Por lo antedicho, el ERP hace un llamado al Presidente Cámpora, a los miembros del nuevo gobierno y a la clase obrera y el pueblo en general a no dar tregua al enemigo.

Todo aquel que manifestándose parte del campo popular intente detener o desviar la lucha obrera y popular en sus distintas manifestaciones armadas y no armadas con el pretexto de la tregua y otras argumentaciones, debe ser considerado un agente del enemigo, traidor a la lucha popular, negociador de la sangre derramada.

¡Ninguna tregua al ejército opresor!

¡Ninguna tregua a las empresas explotadoras!

¡Libertad inmediata a los combatientes de la Libertad!

¡Fuera la legislación represiva y total libertad a la expresión y

organización del pueblo!

¡Por la unidad de las organizaciones armadas!

¡A vencer o morir por la Argentina!

EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO

Comité Militar Nacional

—Éramos un grupo de doce compañeros. La idea era no soltar ni un tiro. Todo esto muy bien planificado. Hasta que alguien la erró. Igual, no sé con quién estoy hablando, Fabio. Dijiste que venías solo y te aparecés con esta mujer.

Tiene el pelo crespo, un bigote, y los años de cárcel todavía pegados en la frente. Se disculpa innecesariamente por la queja. Le empiezo a hablar de Lila pero niega rápido, de logística no conoció a nadie y nadie con ese nombre. Él estuvo separado del resto, en una cárcel militar, aislado por años, bajo lluvia de palos constante, pero no sabe si hemos venido a hablar de eso o de qué cosa.

Yo decido en este mismo momento ya no ver a ninguno más de los militantes de los setenta venidos por Fabio, ni a Fabio mismo, porque no me ha llevado a ningún lado y porque la angustia del principio, la de las noches, se ha disipado como si, tras todo lo que sé de Lila y no sé de Lila supiera algo de mí: que me cuesta, que no puedo pensar, que imagino y me tropiezo y que no hago más que deambular con la imaginación tropezada.

Ellos siguen destejiendo como les gusta.

—¿Por qué esa operación, el asalto a una unidad militar en el medio de Buenos Aires, en septiembre de 1973, con un gobierno elegido por el pueblo?

Pregunta Fabio; sostiene unos apuntes con tres dedos y ha prendido el grabador.

—Te doy las razones de aquella época.

¿Hay razones con la fecha vencida? Sigue hablando el de bigotes:

—El partido estaba para derrocar el sistema y tomar el poder. Eso es lo que siempre me interesó, que no se quedaban detrás del escritorio, que no hacían la vista gorda con lo obvio, que era la explotación y la represión, constantemente. Había que ser nuevos a lo que dé, y había que poner el cuerpo. Bueno, no sé qué te explico si también estabas ahí.

Estudio a Fabio, es más bien una mirada inquisidora la mía, con gorro y báculo. Me sentiría traicionada si asintiera. ¿No era archivista, historiador o aspirante de la historia? Pensé que por yo quererlo no tenía ninguna.

Resume el hombre de bigote que tenemos enfrente: desde adentro, porque era conscripto, abrió el portón del Comando de Sanidad aquel septiembre de 1973 con la excusa de que llegaba un camión de provisiones. Sí, aunque fuera casi la una de la

mañana. Hizo pasar a cinco compañeros del ERP, encargados de reducir los puestos de vigilancia en la mayor calma, sin que sonara un tiro. La operación debía ser extremadamente limpia, estaban en un cuartel en el centro de la ciudad, rodeados de casas de durmientes. Todo se cumplió al principio tal como había sido programado.

Pero algo tuvo que haber fallado para que fallasen de ese modo. Y él hubiese terminado con esa cara de cárcel que nos muestra ahora, doce años de cárcel tiene sobre las cejas.

Un conscripto que dormía en una caseta estaba destinado a ser despertado, atado y amordazado silenciosamente; pero tenía un arma propia, y se había resistido. Recibió una ráfaga de FAL en las piernas. Un compañero encargado de esa área caía herido. A otro se le escapó mal atado otro soldado, que se escabulló del cuartel y se topó con un policía que dio la alarma afuera. Un secreto de meses un policía devela.

Sí, hubo errores.

No, no se refiere al del teniente coronel muerto a la mañana siguiente. Eso no se lo explica. Era un militar que había saltado por los fondos, ya de día, cuando ellos se habían rendido y los heridos habían sido entregados.

Limpia, tan limpia debía ser la operación.

¿Quién había tirado?

No se sabe, no fue él, hay un muerto indubitable, y así entra a la historia la acción, no los errores y los aciertos sino el militar muerto en primera fila: durante la toma del Comando de Sanidad del Ejército en el centro de la ciudad de Buenos Aires han matado a un hombre.

El teniente entra desde los fondos y lanza un disparo y alguien le responde con un tiro de FAL y lo mata, aunque todos tenían las órdenes más estrictas de no responder, y se habían rendido, era el medio de la ciudad, conocían bien la disciplina, para eso habían sido entrenados.

—¿Y se cumplió el objetivo político?

—El objetivo era llevarnos 150 FAL del comando. El ERP no compraba armas por cuestiones éticas, había que arrebatárselas al enemigo. Eso no se cumplió. El objetivo militar si se quiere no. El político, hay que ver. Le tocamos el culo a los milicos, eso sí que pasó.

—Pero eran las FFAA de un gobierno democrático.

—Las FFAA eran de ellos mismos, compañero, no eran de nadie más.

Se ponen a fumar los dos como si a pesar de todo brindaran. Van a hablar de aciertos y errores, de tácticas buenas y malas para la estrategia buena y mala, con una convicción que por momentos les envidio, y ahí los dejo, midiéndose las certezas como sólo ellos saben hacer. Por un momento creo que yo por no buscar razón la tengo. Este momento viene durando desde ayer, todo el día de hoy voy y vengo apolíticamente, ahistóricamente, más allá de las preguntas y de las decisiones. Hoy me levanto porque es lunes, voy al trabajo porque es lunes, almuerzo por el mismo motivo. Sigue lo mismo a la tarde, hasta que recibo el mensaje de Trelew, que me sorprende. Me dice mi hijo Lucas: hay un sobre, es para vos, lo llevan a Buenos Aires. No sé a qué temer más, si a los sobres o a Trelew, donde mi hijo vive con su familia y donde están los muertos a vengar.

Me apunto la cita y pido el día libre en el trabajo, puesto que me reuniré con el sobre en algún momento de la mañana del jueves, donde alguien de alguien me espera.

La cita es en Comodoro Py, en los Tribunales Federales, sin ninguna otra explicación ahí tengo que preguntar por Susana, que tiene el sobre que trajo Julia de Trelew. De un tirón y en una frase. Voy con la frase como otras veces, con el arma del lenguaje que le dicen. Desenfundada la llevo mi frase. Pero hay desavenencias con la sala, si esta o aquella, arriba o abajo está la audiencia que quiero presenciar.

No, vengo a ver a Susana por un sobre. Subo y bajo por los tribunales en toda su antigua, elegante curvatura. El lugar aloja a pocas personas. ¿Conoce usted a Susana? Repito. Alguien responde que Susana todavía no ha llegado, al igual que los jueces. ¿Usted se queda?

No, respondo, sólo vengo por un sobre.

Los secretarios del otro lado del gran vidrio empiezan a acomodar la sala para los jueces y los testigos. Abogados de uno y otro lado toman asiento, los micrófonos apagados. Seremos el público. Pero yo sólo espero a Susana, quisiera irme a disfrutar de la mañana de sol libre. Me acomodo junto a la puerta y voy oyendo los nombres de los que entran, uno a uno entregan el documento. Nada. Las puertas se cierran, quedo adentro, ya están los jueces.

Al otro lado del vidrio ingresa el primer testigo; ha sido obrero; ha sido secuestrado; ha sufrido torturas y ha salvado la vida.

Se va.

Ingresa el segundo testigo; es o ha sido un hijo de una madre joven sin militancia, una mujer con sólo simpatías por lo justo, torturada seguramente hasta la muerte o el traslado; nada sabía, dice el hijo ahora con propios hijos y propia cara de hombre; podían torturarla todo lo que quisieran, ella no era, no fue, no había sido; busca y rebusca y dice: subversiva.

Se va.

Ingresa la tercer testigo, también hija de una alguien. Los hijos de los hombres nuevos son viejos. Su madre fue secuestrada a pesar de haber sido una excelente persona. Me impacienta. Me levanto. El público de la audiencia me mira. Vuelvo a sentarme. Yo sólo he venido por un sobre que me mandan. ¿Ella es Julia, la testigo que habla al otro lado de los vidrios?

Me chistan.

Me levanto de vuelta. Hago un levantamiento con el cuerpo. Vuelvo a sentarme.

Tengo a mi derecha la ancha pancarta con las fotos de las víctimas de este juicio de lesa humanidad en el que he quedado. Las caras jóvenes y antiguas a un tiempo, eso dice que algo salió mal. ¿Qué veo? Varias tienen algo en los ojos. Abajo se consigna el nombre más verdadero

que se les conoce.

Su madre era una chica muy querida, dice la testigo, trabajaba como maestra de plástica en un alejado colegio de un barrio obrero, al que llegaba tras horas de colectivos y de tren y de ahí mismo, cuando hacía un año que acudía cada mañana, la secuestraron, de ahí mismo o de unos metros más allá; en la parada de colectivo de regreso, a la vista de sus compañeras, una docente de jardín de infantes y una empleada administrativa; se la llevaron en pleno día en un coche sin chapa y a cargo de cinco personas de civil, y por eso tardaba en regresar al departamento en el que vivía con su hermana en la avenida Las Heras de la Capital Federal, donde alguien cuidaba a la testigo por entonces bebé que hoy habla, es decir ha sobrevivido, quien no sobrevive está mudo. Y pasaban las horas y nada se sabía de su madre; hasta que se hizo la noche y una patota tocó el timbre y golpeó la puerta y la vieron entrar a ella, la maestra tan joven, custodiada por gente que dijo ser del Ejército, ella estaba muy golpeada y en silencio, así la vieron la hermana y la madre y la niña que habla ahora y además a los hombres cómo revolvían la casa, robaban lo que les interesaba y lo que no, comían la comida y bebían otro tanto, y ella permanecía en silencio en una silla así por horas mientras ellos se servían y aguardaban, hasta que ella pidió cambiarse de ropa y la hermana la ayudó a hacerlo y le vio las marcas en el cuerpo de lo que le habían hecho

en esas pocas horas, y qué rápida podía ser la destrucción. Y cuando se hicieron las dos de la mañana la volvieron a tomar del brazo y se fueron y esa fue la última vez que la familia la tuvo enfrente pero otros después hablaron de ella, la habían visto en el Pozo de Quilmes y en Puente Doce, en esos dos centros clandestinos hasta abril del 76 y luego se perdió el rastro, sí, más de uno supo de ella en esos centros, y si algún otro la acusó de algo se equivoca, bajo el temor de las acusaciones de delación lo dice la hija, dice delación no fue, una compañera que vivía en una pensión con otro compañero mayor, de la compañera el nombre no lo conocen, a él le decían François porque era francés y también le decían el Mago, ya se habían ido de la pensión y es posible que la madre maestra torturada haya dado esa dirección pero porque sabía que se habían ido, sólo que la patota buscó y rebuscó y por un papel seguramente de un recibo de sueldo deben haber llegado a la fábrica y de la fábrica al legajo de los empleados y de los empleados a esa chica que quién era no se sabe, o la hija de la maestra no recuerda, le decían de alguna manera, tenía nombre de un color, Violeta acaso.

Hablaban de la mala calidad del papel y de la buena hechura de los sellos falsificados cuando se oyeron los golpes. Treinta segundos más tarde, ellas apenas si habían podido enterrar, inútilmente, bajo unos almohadones los documentos falsos que por entonces, una con lupa, las dos con apremio revisaban. El francés había tenido el tiempo justo para saltar por el balcón a otro vecino, y de ahí seguramente a los techos.

La puerta ya había sido forzada. Entraron cuatro de civil; más tarde subieron dos más.

Lila sabía que esto mismo podría ocurrir en cualquier momento, y hasta hacía poco se había sentido perfectamente preparada, lo estuviera o no, tanto como si el secuestro ya hubiese tenido lugar; no eran largas meditaciones sino una simple advertencia: ¿te agarran?, te golpean, te torturan, uno calla. Pero ahora se dio cuenta de que en su estado le parecía distinto, especialmente ajeno. Pensó en Víctor un momento nada más.

En medio de los zarandeos decidió que no le pasaba, eso de ser cacheada, desnudada, puesta contra el piso y luego contra la pared a un lado de su compañera. Esto no es, se decía. Ellos las manosearon —no—; ni las manosearon, ni las hicieron vestir a las apuradas, ni las llevaron vendadas en el auto, cada una en su Falcon distinto, aplastadas contra el piso del asiento trasero, pisoteadas ni amenazadas. Tampoco las llevaron a ciegas, ni las dejaron horas encapuchadas y solas; tampoco las ataron a un catre ni les aplicaron la electricidad. Tampoco pasaron dos días —ni tres— sin comer ni beber. Ni gritaron, ni guardaron ese silencio sobre el que todo giraba, como una bailarina en su cajita pero sin música.

Y sin embargo.

Al tercer día le dieron un agua maloliente y maravillosa.

La hicieron caminar pero se había olvidado de sus pies. Las manos no, las manos atadas no dormían nunca. Como en la épica, la cubrían de dos o tres epítetos constantes.

Esa noche la sacaron a la una y a las tres, entre golpes la llevaron a un patio y le simularon la muerte disparando al aire. Desde entonces compartió una habitación con otros, que no veía pero que se oían. Uno dijo que se iba a morir y cumplió. A la quinta noche había en ella un cuerpo y había una mente, en perfecta distinción cartesiana, que se buscaban y se repelían. La llamaron por el nombre, se encogió,

pretendidamente pequeña quedó muy quieta. Se había creído preparada para el miedo pero el señor temor que la habitaba ahora marchaba a sus anchas, era dueño de las estepas y de los siglos. No la llaman ni a la cama de metal ni al patio de los ensayos; junto con otros —

de pronto olió la lluvia, como un paisaje— la transportaron a un camión celular. Había tanto cuerpo y aprensión en ese desánimo repentino que la rodeaba; estaba todo lleno de extraños colgantes, y abalorios eran los brazos, y los órganos mal superpuestos en ella y en todos dentro del camión. Nadie se atrevía a decir palabra.

En su nuevo destino la condujeron a una gran sala de apenas luz, sin capucha, y la empujaron a un colchón en el piso. Había camas para otras: las creyó ver recortadas, medio desnudas, apoyadas en poses decadentes contra los respaldos y sobre las mantas.

Dormía, dormitaba, con un recelo novísimo, del que hubiera querido enamorarse. Para estar sola, al fin, que la dejaran. ¿Por qué hacer todo juntos, estar de acuerdo todos esos años? El socialismo se diluía en tres gotas. Oyó voces y suspiros, se incorporó como pudo. Una mano se le posó en un hombro, venida de lejos.

—Somos todas presas políticas. Estuviste en Coordinación Federal y esto es Devoto.

Volvé a tu lugar. Descansá.

Se revolvió, se resistió y claudicó hasta que la despertaron los ruidos de pasos y las luces de día o lo que fuera que ahí comenzaba. Estaba rodeada de gente joven, que le sonreía, que apenas ella quiso hablar y se desdijo y se dio cuenta de que no podía le advirtieron que no hacía falta, no inmediatamente, que había tiempo. Esas primeras horas no las invirtió en el cálculo de la supervivencia, el cuerpo se recuperaba en su tornasol, y ella se despedía del trabajo de los sentidos de antes, las puertas de madera que se golpeaban, el aire que cambiaba de olor. Así tendida estuvo, midiendo y pensando apenas, como si pudiera decidir algo, si quería o no la letrina, si prefería o no la comida pegajosa y podrida, el potaje de las vísceras grasas que algunas extraían, veía ella muda, y lavaban y volvían a freír en grasa. Se mantuvo así, en su hueco, un tiempo.

Cuando le habilitaron las visitas, vio a su padre y en la cara le fue leyendo el estado de la propia, en complicado espejo. Se tuvieron un segundo de pena y algo más. Al mes de

estar en ese pabellón de Devoto conocía bien los nombres que durante el primer recuento de la primera mañana en la gran celda común le habían resultado una alarma.

A las compañeras del PRT se acercó pronto, a las peronistas un día que conmemoraban la muerte del General. Lo que su padre le traía lo repartía; lo que sabía de afuera lo contaba. Habían seguido creciéndole terriblemente las orejas, como a todas. El mundo de la cárcel estaba lleno de retumbos y metales. Se organizaban para la gimnasia, para las discusiones, hasta para el amor. Fueron buenos tiempos en Devoto, eran buenos tiempos aún en 1974, y la militancia curaba y sostenía, y los lazos del principio volvían a tenderse, y así iban, enredadas por convicción en esa magnífica red.

Del pabellón de los hombres tenían permitido llegar los maridos y las parejas, y en visitas autorizadas se encontraban. Se ofreció y le pidieron —así sucedía, en esa consonancia— fraguar una relación con alguien del otro lado para multiplicar los canales de la comunicación que, escasa, fluía en murmullos y en papelitos ocultos en cigarrillos del pabellón de hombres al de mujeres y de regreso. Ella dijo que sí, y hubo acreditaciones ante las autoridades del penal, y reaseguros de que el otro era el padre, al menos voluntario, del hijo que ella estaba gestando ahora, a pesar de todo por lo que había pasado. El actor de esa muy pequeña comedia se llamaba Ángel; tenía un pelo pomposo, nada carcelario, y un buen pasado en el partido. Como estaban exceptuados del trabajo amatorio se dedicaban en las citas higiénicas a la militancia pura, que tampoco desconocía las pasiones, y trajinaban información y directivas. Se leía, se estudiaba, se hacía gimnasia, hasta manualidades en el pabellón. A la huelga de hambre de noviembre del 74 no la dejaron plegarse por su estado; algunas arrancaron y declinaron, y tres siguieron, y había que ver esos pómulos. Pasaron las navidades, y se colgaron guirnaldas y melancolías. Iban de lucha en lucha; por mejores condiciones adentro, por la represión afuera, por las amenazas en todas partes. Una noche empezaron a llegar mujeres mayores que nunca habían militado, del norte, del centro del país, contando historias que ellas mismas no entendían, por conocer o desconocer a alguien llegaban a la cárcel, por un hijo o un vecino caían y se la pasaban, entre resentidas y resignadas, buscando no hundirse en aquel pantano.

—Yo hice las primeras prácticas en Tucumán, en el 72, cuando se empezaba a planear la Compañía de Monte.

Le contó una compañera. Lila quiso saber cómo, cuándo. La compañera había sido convocada por la confianza que le tenía el

Comandante, había ido con una gran amiga que después había caído, asesinada por los grupos parapoliciales. Caminaban seis, ocho horas por día por el monte. Llovía mayormente, y aunque cesara la lluvia, en el monte tucumano nada se secaba jamás. Iba con una mochila tan grande que una vez se cayó de espaldas como una tortuga, y se avergonzaba hasta hoy, de eso, de que alguien la había

tratado de pequeñoburguesa una vez una noche y en general de la juventud de antes, siglos atrás ahora, dos años antes. Cruzaban ríos, talaban árboles, comían mal.

—Eran tiempos felices.

Resumió.

—¿Y ahora?

Quiso saber Lila.

—Ahora también. Pero nos queda mucha lucha.

—¿Y te da miedo?

Dijo Lila por sí misma.

—Yo no conozco el miedo. Y eso tampoco es tan bueno.

Más tarde Lila soñó que corría, que saltaba, que disparaba en el monte tucumano unida a la guerrilla rural del partido. Así salvaba a un compañero herido, que de pronto, al darlo vuelta y verle la cara contra el pasto era Víctor. Y así quedó ella todo un día en una emboscada, en el verde, en el sueño que volvía a la cabeza.

Abro y tiemblo. La hoja se suelta fácil de su sobre. Dice en la carta que estaba bien, que Lima era una ciudad interesante, que tratará de conseguir trabajo. Ni una palabra de un hijo que acabara de parir, ni de la cárcel apenas pasada, ni de la militancia de años, al menos cinco. La militancia un niño criado. Como si se hubiera exiliado por amor o por dinero, en abundancia o en ausencia de tal cosa. El papel está amarillo y la letra de Lila es redonda y esmerada. Si Pedro lo viera diría que la letra es un animal en extinción como tantos otros, y se reiría de mí o de los años en mí. Lo pienso en Suiza —

o en Bélgica— y soy feliz a distancia, porque con los kilómetros

siempre mejora, cuanto más se va más bueno fue siempre conmigo, porque me lo merezco, porque lo cuidé como nadie, *etc.* El sobre no es el original sino uno blanco de oficina sin señales y el otro, más grande y marrón, de Trelew, con algún firulete, con la floritura de una dirección que hasta ahora yo desconocía, nada más, ni una palabra más que: Te mando esto que encontré entre los papeles de la abuela Teresa, Lucas. Una connivencia entre ellas, muy antigua, me habla de mi madre de pronto.

Dice bien claro en el sobre: de Lila, 1975.

Pensaba todavía en el 73 y me habla el 75 en esta carta.

Es la primera vez en estos meses que me siento perturbada. Veo ante mí a Lila, a veces envejece y a veces no. Si está muerta sigue siendo joven. Si se materializara, la reprendería. Si se rebelase, le pegaría una cachetada.

Suena mi dispositivo brillante. Fabio dice que quiere verme. Como me siento traicionada, creo ser mayor que nunca y le digo que no.

Releo la carta, digo puff, digo bah.

Me indigna lo que fue. Digo no es mío. Digo es de otro el pasado.

Pero se hace la hora y regreso a casa después de un día de trabajo y me escuece el misterioso privilegio de estar viva. Entonces llamo y digo voy.

Y voy.

Él me espera para una sesión de las nuestras, pienso.

Pienso con condescendencia, para evitar desearlo.

En la trampa de querer algo no caigo.

Pero no, está con otro hombre. Un ecuménico, creo al verlo, un hombre de todas las confesiones por cómo me sonríe.

De pie todavía les escupo todo: que alguien del sur me mandó una vieja carta —no les digo que es un hijo que no me quiere—. La zarandeo, a pesar de la enfermedad de los años del papel. Que la carta es de Lila, mi prima, que se la había mandado a mi madre, que es prueba de la veracidad de lo que siempre, estos meses de siempre, pensé sin cesar: que se había ido lejos, primero a Perú y luego a Suecia

y que nunca había querido volver ni ser hallable.

Es decir, que su pasado era de ella y no me necesitaba.

De ahí mis noches vanas.

—Pero los largaban de Devoto con opción a salir del país y ellos volvían clandestinos a los quince días. Hay un montón de casos. Y había censura. Una carta no es nada.

—¿Y el hijo?

—¿Había un hijo?

—¿Qué pasa con el hijo?

Me doy cuenta de que en efecto nada pasa. Me tiembla un ojo de tanto ver atrás.

—Ha pasado de todo con los hijos.

Eso lo sé y no me importa, ni un comino, ni un poquito de nada, los hijos de los demás, sean o no compañeros, sean o no los más justos de los hombres.

—A los hijos los dejaban con la familia o con algún compañero de mucha confianza.

Total volvían pronto, era para no arriesgar el viaje.

—Sentate.

Me dice mi amante. Me había invitado, explica, para que conociera a José, un histórico militante del frente de masas, obrero, sindicalista combativo, con todas las cocardas posibles bien merecidas. Está contento Fabio y lo envidio sin dobleces ni desdicha: quisiera, simplemente, ser un hombre mal casado como él, mediando los sesenta; satisfecho con los recortes y las carpetas, sentado así en su razón de terciopelo algo gastado. Le falta una chimenea y contemplaría el mundo.

Me dice que llego en medio de una anécdota.

—Yo quiero saber de Lila y después dedicarme para siempre al hijo que me quiere y a mis plantas y a la administración del consultorio donde trabajo.

Este José me mira.

Había llegado el interventor de la dictadura a la ciudad de San Nicolás.

¿No quiero saberlo?

Me avengo.

Se decidió ponerle “un caño”.

Si sabía. Sí sabía.

Una bomba de estruendo para darle la bienvenida. Amedrentarlo, dice José, es la palabra clave. Llegado el interventor.

¿Pero qué intervención, qué dictadura?

Me dicen de los años sesenta, me desinteresa, me niego, yo ya estoy en el 75

buscando a Lila, y esta gente en cualquier otro lado.

—Fue compañero de ella, la conoció o cree.

Explica Fabio.

El tema era que la acción se había planeado para la misma noche en que su mujer había empezado con las contracciones. Y lo hicieron igual. Y se ríe. Tiene el don de alegrarse del pasado. Tiene el don del orgullo de la derrota, se le ve. No está muerto y no se arrepiente. Estuvieron varios días vigilando al guardia de la esquina de la casa del interventor, en esa cadena genitiva estaban. Se juntaban esa noche más temprano para arreglar últimos detalles de la acción. El problema era distraer al vigía. La mujer de José empieza el trabajo de parto. Pasan por la casa de los suegros, dejan a la hija de tres años, van al hospital, puja, puja y sale, son las doce y es esa noche, José saluda, se va a la casa del amigo conspirativo, juntan los dos revólveres y la vieja escopeta que tienen, salen. Él y su compañero se instalan en la otra espera. Han preparado la bomba de X e Y, con riesgo, son inestables. Hace arrumacos con una compañera a unos metros del vigía vigilado, en la calle, contra una puerta. Traen orden de tirar unos tiros disuasivos si el hombre nota algo extraño. Pero con toda imprevisibilidad no ocurre lo malo; los otros compañeros depositan y acomodan la bomba a tiempo, se sacuden las manos como si nada, siguen caminando, y ellos lo mismo, y a unas cuadras se parapetan en

un zaguán y quedan esperando el estruendo y nada y nada hasta que sí, todo.

José vuelve a reír.

—¿No se les ocurrió dejarlo para la semana siguiente?

—A nadie, a ninguno.

—Eso porque no pensaban en las consecuencias. Su hijo podría haber quedado huérfano de padre esa noche.

Lo digo y parezco de una pieza, una estatua.

—¿Pensar? Nosotros pensábamos en situación, y esa era una situación universal. Si hubiéramos pensado como lo que se entiende ahora por pensar no hubiéramos hecho nada, ni esa noche ni ninguna otra.

Creo que Lila está muerta y que él es el culpable.

—Primero y siempre estuvo la revolución, te mataran o te encarcelaran o tuvieras un hijo que hubieras querido tener. Lo de antes, el trabajo estable y las guirnaldas de los cumpleaños, y las fotos con toda la familia, esos lujos no podías dártelos.

—¿Pero cómo no se guardaron, más tarde, cuando todo se puso negro? ¿Cómo no huyeron, no se bajaron, no se fueron?

Le recrimino.

—¿Irse de la propia vida?

—Pero era obvio que venían el golpe y la muerte.

—Esta mujer está mirando el pasado como si leyera la historia. Pero las cosas no son lineales cuando estás actuando, cuando vas moviéndote en el presente.

—Qué estúpido.

Fabio me mira.

—Decile de Lila.

—Era de Capital y de Córdoba, estudió Letras o Historia, estuvo presa en Devoto, terminó en Perú en el 75. Más no sé. No la quiero y no sé si la quise pero la quiero de vuelta, conmigo y nosotros.

—En el árbol familiar como un bicho manso.

Dice este José. Se la describo porque he venido sin el arma de la foto.

—Fotos no nos sacábamos, por seguridad. Aunque Lila, puede ser. Hubo un equipo de inteligencia que se armó en base a tres o cuatro compañeros que salieron de Devoto a principios del 75, con opción al extranjero, y que volvieron clandestinos y sabían de

antemano cosas y tenían contactos con la policía, el gobierno peronista, hasta el ejército.

Lo desarrollamos tarde. Y los escuchamos poco. Y así nos fue.

—¿Cómo?

Pregunto. Me miran.

—Mal en lo militar. En lo político ganamos.

Habla Fabio. Dice nosotros y se sube a un barco y parte. Yo me quedo y miro que se aleja.

—Entonces puede ser que haya vuelto y que no se haya quedado afuera como nos dijeron siempre mis tíos. ¿Por qué no se quedaban afuera y volvían si estaban amenazados de muerte, con nombres falsos, cambiando de casa y de pelo todo el tiempo?

—No piense en pensar como piensa ahora. Fíjese bien.

Dice José. Está extrañamente contento este hombre del frente de masas, con una satisfacción que yo nunca he saboreado en mi vida. ¿Cómo hace con esos hombros que trae llenos de charreteras viejas y severas?

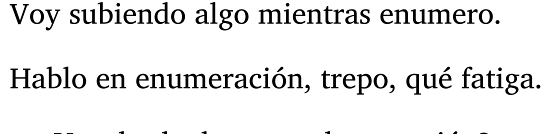
—Las bombas, los secuestros, los enfrentamientos con la policía, todo eso lo entiendo.

—Ellos no necesitan tu comprensión.

Me dice Fabio. Ahora son unos ellos los que han hecho o dejado de hacer.

—Pero los ajusticiamientos a militares. Por la calle. Indiscriminados. Como revancha.

Les digo a ambos.



Voy subiendo algo mientras enumero.

Hablo en enumeración, trepo, qué fatiga.

—¿Usted sabe lo que es la represión?

—Algo.

—Muy poco.

Me amonesta Fabio. Lo miro.

—Me voy mejor.

Digo. Sí, me corrijo yéndome. Me levanto, abro la puerta.

—Pero había un filtro en el partido. Los de inteligencia estaban para ver y eso no lo vieron.

Había parido en la maternidad Sardá, esposada como todas las presas políticas, como si al pujar hubiera podido escaparse. Su padre había ido en busca del niño, porque temían que no lo entregaran. Luego la liberaron y salió del país.

El pasaporte falso se lo hicieron llegar a Lima por medio de un colaborador, se llamaba Leticia Lemos ahora, tenía veinticinco años, había nacido en Rosario, volvía a Argentina tras un viaje de visita a familiares, sí, cruzaba por Bolivia porque tenía otros vínculos en Jujuy, y de Jujuy se trasladaría a Buenos Aires en ómnibus y en tren, entrenada para mantener la calma ante los cascos y los uniformes que, por entonces, cundían. Pensó “acá” cuando el micro se desvió por tierra tucumana unas horas. Si me bajara, pensó. Era una señorita atildada; llevaba un bolso azul sin compromiso alguno ni nada metálico que le perteneciera.

Llegó a Buenos Aires, se hizo del hijo en un encuentro con su padre, tan rápido; trató de no llorar. Se lo colgó al cuello como un amuleto y rechazó dejarlo en ningún otro lado que no fuera sí misma. Inmediatamente tuvo una cita con el capitán Pepe, el jefe de inteligencia del partido, a quien no conocía más que de vista y en quien confió pronto.

—¿Y tu hijo?

—¿Qué pasa con mi hijo?

Lo llevaría y lo traería, como cualquier otra de sus convicciones.

—Estamos armando un equipo de contrainteligencia. El partido está muy conforme con tu trabajo en la escuela y lo que oímos de Devoto. Sos una militante respetada, solidaria y comprometida.

—No siempre. Trato.

—Tenés una buena forma de tratar.

Quedaron para dos días más tarde en las inmediaciones, con los recaudos que les exigía vivir o seguir vivos, los chequeos, las revisaciones, la gran nariz agitada. Él llegó esa segunda vez con la compañera Sandra, un sujeto demasiado alegre, ligero, en quien Lila también confió de inmediato. Coordinarían juntas —Lila como responsable— el área de análisis, y tendrían los mejores documentos falsos, y las mejores coberturas, y la mayor libertad de acción. Pero el trabajo cambiaría, ya no se verían con la gente del partido como antes, y habría especiales medidas de seguridad, de día y de noche. Se abrió una casa de operaciones y otra donde vivir, Lila con una pareja de antiguos colaboradores —el francés y su mujer salteña—, Sandra del otro lado del puente, en provincia pero cerca, más tarde del lado de Capital para evitar los controles; ambas se reunían con la gente de operaciones y con la gente de Montoneros y con la gente del ejército, y con la del gobierno que conviniese, que se aviniera, que aceptase. Aunque arriesgando el pellejo, los contactos se daban.

Con Víctor se reencontró tras algunas semanas, apenas pudo, y él besó al bebé muchas veces como cuando un perro reconoce, y pasaron esa y la siguiente noche juntos, queriéndose del modo intenso, apurado, nada peregrino de los revolucionarios, y de todas las promesas que hubieran podido hacerse dos amantes padres eligieron de un gran muestrario una sola, compuesta por tres partes al igual que lo trinitario que eran ellos en la cama escueta, y el hijo dormido, almohadado, recóndito a los pies. Se dieron lo que podían: una fecha, una hora y un lugar. Vivían de verse, los revolucionarios. Lila volvió a mudarse, por dudas dadas, y con ella se fueron el francés y la mujer que hacía las veces de su mujer por entonces. Ella no podía contarles nada; sólo usaban una clave para decirse que entraban a casa, y compartían lo humano de las ingestas si había ocasión. ¿Si quería que le cuidaran al bebé? No mayormente, el chico iba y venía, se subía y se bajaba, paseaba y pastaba con ella, todo el largo día de cada día de las reuniones y los traspasos de información. Con Sandra, con el capitán Pepe, y hasta con el Comandante, ella iba acompañada de su pertrecho, y dejaba que le dieran nombres, sobre todo el Comandante

usaba para el chiquito nombres diminutos que a Lila la hacían sentir orgullosa, que esa voz pausada del jefe del partido estuviera dedicada a ella. De Sandra había aprendido, aunque fuera su superior, la mayor elegancia de la calma, y no desconfiaba de nada de su compañera a pesar de los vientos

soplando ya entonces. Cuando había que reír, fuera cualquier actividad en que estuvieran, lo hacían.

Tenían prohibido olvidar el futuro. El triunfo sobre el presente no equivalía a sobrevivir.

Se encontraron ese jueves para pasarse un organigrama necesario, y Sandra, aunque no estaba permitido, insistió en llevar consigo además dos revistas combatientes para unos simpatizantes a quienes se las había prometido, para hacer más rápido, para ahorrarse alguno de los tantos viajes de cada día. Vivían en tránsitos. Lila aceptó y se separaron en la calle como dos amigas lo harían; a ella le tocaba una parada de colectivo en el reparto, a Sandra caminar por la vereda de enfrente donde, de pronto, aparecieron un patrullero y un policía en moto, que se frenaron, que se pusieron a mirarla, mientras Sandra avanzaba y Lila observaba desde unos metros amparada por la espera civil del transporte público. Intervenir hubiera sido inútil.

Con sus pies de animal de bosque, demasiado pequeños para esa altura, Sandra siguió adelante, sonrió con el cuerpo, se detuvo cuando le indicaron y apoyó con toda tranquilidad el material partidario sobre la moto del policía. Abrió luego la cartera, entregó sus imperfectos documentos, perfectamente falsos.

Le fueron devueltos.

Ella todavía se demoró un momento en mostrar el interior del bolso, en acomodarse la ropa, y sólo después, tarde, tan tarde, recogió la carpeta, se despidió, siguió adelante, sin mirar hacia enfrente, a Lila, ni una vez, ni de reojo ni con la espalda, en su magnífica soledad. Y Lila, que se había atrevido a temblar por un momento, dejó de hacerlo, y esa noche pensó en Sandra, y en clave contó la historia del día a quienes la oían en la cena con otro nombre y otra fecha y otros materiales pero la traicionaba la felicidad.

Sí, eran días negros felices.

Fue entonces que les llegó la información de la Compañía de Monte, las sospechas primero y la confirmación después. El infiltrado había cargado la mochila del Comandante en las sierras tucumanas y había

participado en el combate de Manchalá contra el ejército opresor. Había disparado, había salvado, había leído y comentado a Lenin. Ahora estaba guardado, por el partido, tras ser condenado a muerte. Era en verdad un teniente del Ejército, más no había confesado, ni quién su contacto ni a quién respondía.

Ese grado de infiltración, quién lo hubiera imaginado, dijo el francés.

Por la tarde Lila se reunió con su responsable.

—Lo van a poner a prueba.

Dijo otro presente que ella no conocía.

—En el Buró Político varios piensan así, que si alguno de afuera se ha enquistado, que entonces su comportamiento tendría que ser distinto, necesariamente. Por la ideología distinta, que tarde o temprano se le nota al tipo. Tenemos entre nosotros una subestimación alta del enemigo. Ahora van a mandar a nuestro sospechoso para allá, a Tucumán.

El trabajo de contrainteligencia de Lila había detectado un sospechoso en la seccional sur de Buenos Aires.

—Sí, ¿y a hacer qué?

Preguntó ella.

—A ponerlo a prueba.

Lila trató de convencer a su responsable de que lo planeado no probaría nada, a los enemigos les sobraba el cinismo para liquidar a sus compañeros infiltrados. No discutieron porque ya estaban de acuerdo. Elevaron la interpretación de la situación al Buró Político del partido.

—¿Y?

No había caso.

Se decidió y se hizo.

Lo mandaron, mató y regresó.

Las caídas igual se sucedían.

Llegó información de Montoneros. Había otro nombre a ser

sospechado, alguien con apodo animal, Oso o León.

Sandra, Lila, en tardes y madrugadas, cruzaron datos, hicieron listas, despacharon órdenes. Se apresó a dos y se los espió por una mirilla. Las dos declaraciones se sostenían, una menos, la otra más. Estaba en juego el partido, miles de personas vivas, había que actuar. Se discutió, se los liberó. No habían encontrado nada firme, pero las caídas seguían. Allá en el monte crecía la revolución en las mentes, pero el Ejército había avanzado, tomado pueblos, levantado cárceles clandestinas en escuelas y en galpones. ¿Pero no había compromiso constante? ¿No había victorias en todos los frentes? Los frentes victoreaban, la guerra sería larga, un revés no era una derrota.

Si Giap, si Castro, si Lenin hubieran aceptado un revés como derrota.

Pero en la contrainteligencia los datos alimentaban las sospechas, en claro ecosistema.

Lila arrullaba, al niño, a la confianza, alternadamente.

Igual las noches.

Indistinguible la vigilia del insomnio.

El auto verde, apostado en la esquina esa tarde le hizo pasar las horas siguientes detrás de la persiana, la mano entumecida en la pistola, y el hijo en el baño encerrado, por si alguien salía por aquella puerta y se acercaba a esta otra. No, no pasarían.

Del portero eléctrico emana como una sustancia la voz de la mujer. No recuerdo su nombre, le digo disculpándome. Miriam, me dice. Ando en el reverso de las horas, desde temprano. Ahora es casi el mediodía. Me responde a mi pregunta: —Don François la espera enfrente.

Miro en busca de un bar que pueda ser de la espera; había uno en la esquina por donde he cruzado y nada más, enfrente reconozco meramente una arboleda, me muevo un paso, un cartel además que anima una entrada y sólo entonces entiendo.

—Vaya, vaya —dice como en augurio antiguo la mujer.

Me registro con el guardia en la garita, que estudia mi documento y hasta hace un comentario sobre mi nombre, como si le causara gracia o aprensión; se detiene en la foto y dice que soy igual a lo que vengo

siendo. Paso y cruzo la explanada rodeada de

árboles y subo las escalinatas blancas al igual que el edificio por dentro, y atravieso puertas de cristales y sólo entonces empiezan a oírse los disparos.

Es un lugar increíblemente luminoso, abierto, el Tiro Federal. Lo del fondo hubiera podido ser un parque, aunque arrasado. François está allá en la punta del ancho pasillo subdividido en puestos de tiro, acomodado en su silla de ruedas, blandiendo como mi tío Julio hacía lo que creo que es un bastón de lejos, de cerca un rifle, compruebo. Está junto a un hombre un poco más joven, sólo un poco. Su compañero lo llama a la reflexión, seguramente, porque le arrebata el rifle con cierta urgencia y cierta cortesía.

Se ve que me hacía señas, porque repite el gesto con el brazo que parece un palo. Me apresuro.

Llego y se dan las presentaciones; tienen los protectores acústicos de collar. Le digo que sólo pasaba a entregarle un sobre que vengo de descubrir entre los papeles de Julio con su nombre, François, o lo que así parece. Él revolea la mano para quitarle importancia.

—Venga, quédese. Hablábamos de Philippeville, de Argelia, porque al teniente le gusta y a usted con su escucha también le gustará.

Me dice el francés.

—¿Con este ruido?

—¡Es una música!

Se sonríen. Hablan de calibres. El teniente dispara y se felicita.

—Nos conocimos en Tucumán, en el monte, en buenas épocas.

—Malas épocas.

—Como usted quiera.

Se tratan de usted en este mundo del voseo; el francés debe traducir todavía, en su cabeza algo herrumbrada, de su lengua materna a la nuestra.

—En Philippeville un árabe le había partido el cráneo a un ciudadano francés.

Estamos en 1955. Así de la nada y de un momento a otro. Con un hacha, ¿entiende? Y lo apresaron. Hubo que hacerlo hablar y pudimos detener una bomba, una bomba al

menos entre tantas otras bombas. ¿Sabe usted cómo uno se siente? Magníficamente se siente uno. ¡Ah! Oiga, es un máuser lo que suena más allá.

Va diciendo el francés en su arrebato.

—Téngame un momento, hágame el favor.

Me dice el teniente, a quien acabo de conocer, y me da una Browning cargada.

Se ponen a hablar de Tucumán como de un reino dorado, lleno de triunfos y muy pocas adversidades que les llenaban, por igual, de alegría el corazón. Se les nota, van bombeando algo más que sangre. Su compañero, que está de pie destrabando el rifle, no es tan flaco como François ni tampoco viene de Europa. Ahora, coinciden, se puede vivir. La gente de ahora no sabe nada de antes, de lo terrible.

—Hemos hecho muchas cosas por este país y por Occidente en general y ahora nadie lo reconoce. ¿Qué país prefiere usted, el de ellos o el nuestro?

Es apenas pasado el mediodía y ya se reparten países.

El francés responde por mí.

—El nuestro aunque no lo sepan.

Dice revolviendo la cajita de las municiones.

—Haga unos tiros, venga, venga, venga que le hará bien.

Me invita el teniente, tomándome de un hombro. Me pone frente a los blancos; hace adelantar uno con la maquinola chirriante. Como estamos en la punta y a nadie le importa, vamos a tirar con una Beretta aunque no se puede en este polígono, dado que hay un hombre en este estado —señalando a François en su silla de ruedas—, un hombre que todos aquí aprecian tanto que nadie se atrevería a amonestar.

—El pasto está peor en el otro lado, por las prácticas de los policías, que no saben tirarle ni a una vaca. ¿Ve? —me dice el teniente—. Así

se descarga y luego, nuevamente, no se apure. La pistola la espera. La pistola siempre apuntando hacia delante y el dedo índice estirado en línea con la corredera. Exacto. Tire, tire nomás, es una 22, una cosa de nada.

Me niego. Dejo el arma sobre la mesada del puesto de tiro. La vuelvo a recoger y repetimos el procedimiento. Que inspire antes, que el ojo sobre el visor, que la mente en blanco o en negro pero monocromática.

—Eso yo lo aprendí en Tucumán con mis hombres en la lucha contra la subversión.

Nunca pensar en colores. Tire, ¿ve? No tiene retroceso alguno.

Se agacha.

—Pruebe ahora con una nueve milímetros.

—Tengo algo así en casa, capaz es una nueve milímetros.

Le digo. El teniente se frena. François aplaude con los ojos desde su silla.

—¿Con papeles? Me dirá, me interesa, yo soy de comprar ese tipo de cosas.

Me dice y agarra de vuelta de un hombro.

—Le voy a confesar algo. Una vez me tocó una mujer como usted, una mujer valiente le confieso acá aunque no se lo diría a nadie porque venía de los erpianos aunque nunca lo confesó. Cuente, digo, hable, decíamos. Le dieron máquina por todos lados. Yo no, yo nunca. Yo la hubiera salvado.

—Se lo cree.

Comenta François desde la silla.

—Y usted, mi amigo, que ni siquiera a la chica de Julio salvó.

—¿Qué chica?

Pregunto llena de alarma.

—Hubo pilas pero ya pasó, mi muy estimada. Nosotros franceses vinimos al país, enseñamos y aprendimos. Mire que igualmente no fue

mejor Indochina ni Argelia. Me acuerdo un día antes de una guerra, saltar en mi paracaídas para sacudirme las pasiones. Son malos males. Se vuelve uno inútil.

—¿Qué chica de mi tío Julio?

—Su tío Julio, un excelente compañero, amigo, hombre de confianza —me responde el anciano—. Acá el teniente le da una cuarenta y cinco, para que vea lo que es el retroceso. Brazos firmes, cuello firme, encuadre las piernas. Ahora tire. Tire, tire, vaya vaya.

—El compañero Ricardo no va a cantar el plan de la toma del cuartel. Y los demás que cayeron tampoco. Eso me dijeron hace dos semanas. Pero con la nueva situación de caídas la pienso frenar, hay que frenar el plan a toda costa.

Dijo el capitán Pepe; era diciembre del 75. Lila le pasó los datos de los últimos informes con la consabida prudencia. No hacía falta profundizar en las dudas que compartían; hubiera sido quejarse de la organización y de sí mismos hasta ponerse en jaque, como si se pudiera detener todo, fijarse aquí, evaluar esta tacha, aquella otra, enderezando lo desparejo como si fuera de alambre. Pero en la urgencia cotidiana tal cosa se hacía un laberinto. La clandestinidad frondosa, además, no ayudaba. Lila volvió a su casa operativa en Zona Sur, saludó a su compañera, habló un rato con el francés, que era siempre tan comprensivo con ella, que siempre tanto la escuchaba, a ella y al bebé en su llanto si lo había, habló de la infancia, de Córdoba, y él en su cortesía accedió luego a aquel pedido tácito, de otras veces, de que hablara de la época de la resistencia allá en Francia contra los nazis, cómo era la comunicación en aquella pobreza de comunicaciones, con apenas transportes, con gente de todas lenguas. ¿No les parecía imposible el pasado?

Se bañó.

Le costaba no pensar en los compañeros detenidos y puestos en tortura; estaba entrenada y sin embargo. Esa noche soñó con triunfos; había victorias y había banderas.

Legiones avanzaban por las calles, con niños al hombro y canciones en las gargantas para dar. Pasó la semana recopilando información sobre dos sospechosos, uno apodado el Oso y el otro Franco, cruzaban datos con las caídas terribles del último mes, quién había visto a quién en qué cita, desarmando la clandestinidad impuesta por ellos mismos,

siempre viajando para entrevistarse, siempre luchando para ser justa, objetiva, ni ingenua ni conspiradora, con el niño a cuestas con el bolso y el abrigo, para juntarse con Sandra luego a componer listas y a esconderlas, y de noche la campanilla de lo irresuelto sonando, puesto que lo que vendría se estaba convirtiendo de a poco muy de a poco en lo temido y ella nunca había temido el después.

Volvió a casa, dejó la carga viva y la inmóvil, y agotada como estaba se echó en la cama que hacía las veces de sillón.

—Guardame esto.

Le pidió al francés.

—¿Dónde?

—Donde puedas, sólo por esta noche. No logro pensar.

—¿Qué es?

Se trataba de una pregunta retórica, por supuesto, que no pretendía precisiones sino una sonrisa de ella, que no obtuvo. A la mañana siguiente notó que faltaba la compañera de él y era temprano, pero el francés le restó importancia, a veces se le daba por caminar.

—¿A esta hora?

Por la tarde, con Sandra, con apuro, con aplomo, evaluaron casas para una próxima reunión urgente de buena parte del equipo de inteligencia; necesitaban desplegar papeles, ser varios y durante horas, de modo que un lugar público quedaba excluido.

Una quinta, barajaron. Un departamento del centro. Nada les resultaba del todo seguro.

Tenían esa abundancia de la escasez. Se ajustaban los últimos detalles de una operación grande y había que tantear todos los contactos con el enemigo, y atar nudos, donde se pudiera, y tirar de las cuerdas precisas. Dudaron, las caídas continuaban. Hablaron de las noches pasadas tras las persianas. Irían todos tabicados, insistió Sandra, y los de inteligencia cumplían bien con el sistema de compartimentación. Lila accedió y se lo comunicó al capitán Pepe.

—No tiene sentido. La operación está cantada.

¿Había forma de frenarla?

—No hay forma de nada. Estamos hablando de la operación más grande que jamás hayamos hecho y no puede fallar. Pero en la dirección están así: no creen y quieren seguir a toda costa.

Levantaron la reunión programada; el francés esa noche estaba nervioso, como un pájaro en su diálogo con la lluvia. Su mujer no había vuelto, pero no, seguro que no

significaba lo que los otros cuando no volvían. Comieron fideos fríos, ella, él, el chico un poco de a poco.

—¿Y el padre?

Nunca el francés había hecho una pregunta así.

—Es un compañero de otro lado, de otra agrupación. Médico.

Dijo Lila, como si esto lo mejorara en algo. Se veían de vez en cuando, cuando la militancia lo permitía.

Para esa noche Pepe le había pedido una cita urgente. A pesar de los controles en la calle, que se multiplicaban, ella había accedido.

—La acción va a ser en tres días. Necesitamos la casa para una reunión de logística.

—Nuestra casa está casi limpia y no la conoce nadie.

—¿Y la salteña?

—Se fue.

—¿Adónde carajo?

Era de absoluta confianza, dijo Lila.

—Eso no existe.

Se abrazaron y se separaron; hacía calor aún en la hora. Por un momento bastó eso: caminar por la calle, tener un nombre aunque fuera prestado, detenerse en un banco para mirarse los zapatos rojos del polvo de la plaza de la gravilla acaso.

—¿Señorita?

Siguió caminando hasta estar de regreso. Recogió una muda de ropa para ella y para el bebé, le dijo al francés que estaría mañana al

mediodía para abrir a unos que venían, que no le podía decir nada, que si él estaba la contraseña sería “soy Beto” y que no había que hacer nada más que abrirles, que encerrarse o que irse, que a su modo se esfumara como sabía. Él dijo que sabía, sí, y se despidieron. Ella pasó la noche en casa de Sandra pero de pie, contra la ventana, a pesar del tabicamiento mirando siempre la

calle. Había descubierto un auto y un hombre, y por la otra esquina lo mismo, esa antigua combinación. De modo que estuvo mirando entre los visillos y no era amor lo que esperaba. A la madrugada esos hombres se fueron con una sencillez pasmosa, y Lila durmió en un sillón dos horas, con el arma bajo el muslo, susurrándose cosas buenas, a sí misma, al bebé más allá en su rincón apresurado de almohadones.

Tal como habían pactado, más tarde recibieron los equipos, dos bolsos con uniformes y se despidieron pero no, debían quedarse a esperar al capitán Pepe, movilizarse con él hasta la otra dirección con el paquete recién recibido y el niño, y así fue, y en el auto se enteraron de que la toma del batallón 601, en Monte Chingolo, se hacía hoy mismo, y llegaron a un departamento abierto, sin tabicamiento, en San Telmo, y se presentaron los que no se conocían y armaron un plan de fuga por los techos y se entregaron los equipos y se pusieron en todas partes a la espera.

El teléfono se rehusaba a decir nada.

El del Buró Político, a cargo de la casa, llamaba a un número en que nadie atendía.

Después se acercó a Lila y dijo:

—El colimba de adentro del cuartel confirma que se levantaron las alertas de estos últimos días, que los milicos dieron asueto a varios. Para que sepan, ustedes dos que jugaron con la idea de levantar la operación porque supuestamente estaba cantada. Si dan asueto es porque no esperan ningún ataque. No, no es el momento de discutirlo.

En el cuarto de al lado, los dueños de casa se aprestaban a prestar servicio, que era mantener la calma, no decir ni hacer de más.

Al fin el encargado de la operación, al otro lado del rulo del teléfono, atendió el llamado. Y el del Buró Político le dio la primera orden. Debía pasar una hora y pasó.

Había susurros como hay grillos, en pura naturaleza. El *walkie-talkie*

empezó a chirriar.

Pero esta era una naturaleza insumisa, la de las comunicaciones.

—¡Procedan!

Alcanzó a decir el del Buró Político, responsable táctico de la toma del cuartel de Monte Chingolo desde esa cocina. Era el 23 de diciembre de 1975.

Luego los aparatos se encabritaron y no quisieron comunicar nada más.

A los minutos llamó el Comandante, que estaba con el resto del Buró Político a unos veinte kilómetros, en un departamento en Zona Oeste.

—¿Robi? Se lanzó.

Dijo el responsable táctico al teléfono, ante Pepe, ante Lila y unos más. Luego todos los planes e intentos quedaron en lo que eran, no mejoraron en ningún hecho. Los aparatos seguían sin funcionar o apenas, lanzando un discreto chirrido cada tanto. Y

había que verlos a ellos, en sus uniformes, alistados, en sillas y ante mesas; hasta habían formado militarmente al principio de la tarde en aquel departamento de dos ambientes, con las armas así mudas en la formación militar y ahora sobre las piernas, tratando de imaginar lo que ocurría en el batallón con sus compañeros, en la toma gigantesca que habían planeado para las siete de la tarde del 23 de diciembre de 1975.

Sólo cuando cayó el sol empezó a hablar la radio.

Y la radio habló desgracias.

Acepté, vine, acá estoy. Son navidades. Los días de celebración, los días marcados del año, de todas formas no nos pertenecen. Nos llevan de las narices los días, nos hacen hacer y decir. Uno entonces cocina y suda y se esconde en el baño, a llorar, a ingerir, lo que guste y lo que pueda. Pensé que sería fácil vestir de incógnito en esta fiesta que no es mía y que, a lo sumo, llega del pasado como cualquier otro de sus tentáculos, viscosos y verdes vienen. La familia del padre de mis hijos ha cambiado poco y nada en sus costumbres: van y vuelven los panes en sus bandejas; sobran servilletas. El árbol de Navidad parpadea con

su indigencia de siempre, sin entender. El salón tiene algunos colgantes de ocasión, y las bebidas en sus botellas pierden frío sobre la mesa principal y la más pequeña ante la que me he sentado, pues pertenezco pero a medias, y la ausencia de un exesposo me ha reconciliado bastante pero no lo suficiente con la grey.

Pienso en L.

Pienso un pensamiento como una escalera, subo y bajo.

Pienso un pensamiento como una habitación, entro y salgo.

Nuestra humanidad vestida, joven y anciana, rica y pobre circula por este salón al borde de la ciudad, de altos techos, desvencijado y acogedor a un tiempo; si al menos

no estuvieran el calor y los ruidos de la calle que la gente, para sentirse viva, se ve empujada a cometer. Una nena de poca historia viene tambaleándose hasta mí y se aferra a mi rodilla como a un salvavidas, anda así navegando, y sigue luego su deriva hacia un mueble. Esperaba de mí una caricia que no le di a tiempo.

Fabio ha dicho al teléfono, hoy por la mañana, cuando tuve el desatino de llamarlo para desearle por anticipado una felicidad navideña, la que pueda tener. Le he contado lo que estuve haciendo estos días y ha dicho: ¿un francés milico? Un facho de aquel entonces, ni lo dudes.

Como vengo algo de prestado, mi antigua familia política tiende a evitarme. A muchos, muchísimos desconozco. Mi presencia se debe a una excuñada que me cree en los apuros típicos de la soledad.

La humanidad vestida y sus supersticiones sirven platos fríos —por el calor— y copas empañadas —por el frío— a quien se preste. Yo lo hago. Me preguntan por Pedro y les hablo de Suecia o de Suiza, indistintamente. De Lucas digo que sé poco. Estamos acodados dentro de unos sillones con ciertas barbas al final, de flecos que los rematan.

Digo rematan y mejor digo no.

—Es muy bueno el pionono.

Me advierte mi vecina.

—¿Se conocen? El primo Ponce, de Gualeguay.

Me tienden una mano risueña, cantarina, que le hace juego con la cara. Trae de cotillón una rubia de última hora, que varios le conocen y le aprecian.

Alguien muestra su última adquisición en materia de aparatos de comunicaciones y se les da por hacer historia de la técnica en Argentina, historia que no es más que un resabio rancio de lo que puede haber pasado en otros países, como ellos dicen, "allá". Si se acuerdan cuando vieron por primera vez la tele en colores. Si el primer secarropas.

Una contó de la sorpresa de ir arrastrada a ver fútbol con su marido a un estadio, y descubrir que el pasto era verde y las camisetas más que grises. Como batracios, todos saltamos, una frase una piedra. De ahí al mundial del 78, de ahí a la nada, porque el silencio es salud. Sólo un joven, inexperto en los silencios de entonces, se pone a hablar del famoso jugador Kempes. Otro se atreve a decir que fue uno de los momentos más felices de su vida, cuando *ganamos*. Quedamos todos flotando como fideos en la sopa magra de lo que somos.

—Yo hice la colimba en el 75.

Me susurra el de la rubia bien habida.

—Justo para la Navidad fue el ataque del ERP al cuartel de Monte Chingolo, una carnicería. A nosotros nos subieron a unos helicópteros y nos hacían tirar así.

¿Cómo es que tiraban?

—A la marchanta, por todos lados, para el lado del batallón y de las casas alrededor, con la metralleta, pa-pa-pa.

—Muy ricos los *cannoli*.

Se sirven.

Una empanada llora en su gran plato, solitaria.

—A la madrugada nos bajaron en nuestro regimiento, nos subieron a un camión a algunos, a unos pocos, y nos llevaron de vuelta para el cuartel en Monte Chingolo y llegamos y era un desastre y hubo que recoger cosas, cuerpos, de todo, cuando empezaba a amanecer. Había que acomodarlos en un galpón porque venía el general Videla y estaban todos retorcidos. Y salieron algunos de razia, porque había gente guerrillera escondida en las casas pobres alrededor.

—Gente escondida, hm.

La rubia habla, hace unos guiños de ojos, me ofrece una copa. O sea que es un ser parlante. Esto provoca en algún lugar indefinido entre mis vísceras y mi garganta que se levante una corriente de simpatía hacia ella, y hago un gesto con la mano para cortarla, me avergüenza esta predisposición.

—Hace un calor bárbaro.

Me responde. Pasa un vitel toné que ha dejado ya su rastro en la memoria de tela de alguna camisa.

—A la mañana nos ordenan.

—Yo tengo una prima.

—Ahá.

—Que estuvo.

—¿En el ataque al cuartel?

—En la guerrilla.

—¿Y cómo terminó?

—No terminó. No sé.

Se escucha de la mesa del norte: Faltan diez minutos. Un chico, desmayado de sueño en un sofá cercano, levanta un brazo y de vuelta lo deja caer.

Se apura una mesa de dulces de último momento, llena de frutos secos de mediana calidad por la falsa estación. Cunden uvas.

—Siempre me dijeron que se había ido exiliada en el 75 o el 76. Pero adónde puede uno exiliarse para no volver así. No, no quiero.

Me refiero a las uvas. Viene mi antigua cuñada vestida de fantasma con ese mismo paso, y me abraza de atrás y me dice que cuánto me extrañó estos años, que se alegra de mí, por mí, sobre mí, *etc*. Abundan preposiciones.

—Yo salgo también a la razia. Nos hacen revisar el cuartel de punta a punta. Atrás había todos unos arbustos.

—Me encanta.

Ella hurga entre el canto rodado de los maníes en su azúcar.

—Me dice el oficial busque, revise por ahí, soldado. Porque uno de los perros se había puesto a ladrar como loco. Justo en el perímetro externo del cuartel. Nosotros con nuestras Ithacas. Voy revisando, arbusto por arbusto, y en eso ahí la veo. Una chica joven, de mi edad, abrazada a un tronco, la cara negra de barro, la ropa rota. Es un segundo que nos cruzamos la mirada y yo sigo y así unos metros más y digo nada, mi capitán.

—¡Cinco minutos!

Hay manos que ya tiemblan alrededor de las copas de la sidra, que larga su fétido perfume al que sucumbo.

Tengo de pronto una sed milenaria.

Pero sed, tener, quién sabe.

—¿Tenía algo en los ojos la chica?

—¿Qué ojos? Ni idea, ¿qué cosa? La vi un segundo y seguí. A mi hermano Rudi le tocó Marina en el 76. ¡Rudi! Ahí viene. Acá le interesan las historias, contale, contale tu teoría de los instructores extranjeros, que eran tan malos como los más malos.

Rudi, a quien tampoco había visto nunca en mi vida, me toma de la mano, la da vuelta, la estudia, la acaricia, la aprueba al fin.

—Muy bien.

—¡Felicidades!

Se escucha afuera el fuego. Ni que un tiroteo fuera.

—Le queda una larga vida.

Hago un gesto de hombros, como si no me importase. Brindamos.

—Yo tuve un instructor, un francés, uno de esos que vino de Argelia, que decía que a la vida uno no podía resistirse. Que era un trabajo matarse. Que la gente que se resistía a vivir y que no se podía matar estaba en el limbo perfecto para que le saquen información. ¿Cuándo? En el 77, calculo. El tipo había estado infiltrado en un grupo marxista, creo que el ERP. Era alto, rubión, había hecho maravillas en la

represión. De hecho, y le gustaba, todo el mundo le decía *el Mago*.

La luz era estridente, el único adorno permitido esa noche.

—La toma de Monte Chingolo fue una derrota militar y un triunfo político. Que quede claro.

Dijo el responsable táctico, y hasta algunos brindaron. Lila pegó un grito al escuchar la frase recién pronunciada, se encerró, le habló al bebé durante un rato de todas cosas.

Bien pasada la medianoche salió de la habitación, ayudó a recoger el menaje, dio indicaciones para el sueño, mostró sábanas existentes, un par de colchones que se tiraron, un par de ventanas que se cegaron si ya no lo estaban. Afuera todavía la gente festejaba por algún motivo las navidades de 1975. Ella se ofreció para montar guardia porque de antemano había decidido no dormir. Demasiado temprano llegó un compañero de la época de logística, con quien se abrazó; venía todo desnudo en la cara.

Se dieron cifras como se encienden velas, en voz baja; creían que habían sido más de cincuenta las pérdidas durante la toma frustrada, entre las del batallón y las de afuera en los retenes de puentes y rutas de acceso. Sin dudas los militares habían estado advertidos del asalto, puesto que habían movilizado tropa y dispuesto en una terraza una ametralladora gigante que había recibido, barriendo a tiros la explanada de entrada, al camión del ERP cabeza de la operación.

—Ya lo sé. Ya lo dije y lo dijimos.

Pronunció ella o pronunció Pepe, y nadie los había escuchado.

Y sin embargo, aún crecían los voluntarismos como cardos y flores, en las paredes, con el sol y con la lluvia. Pasaron esos días en concentración después de la toma fallida del cuartel, para determinar lo pasado y lo fallado, en triste connivencia. Después, a Lila le tocó interrogar al apresado que finalmente había sido acusado de filtro, en una casa en las afueras. Para cuando ella llegó el hombre ya tenía tanto miedo que encontraba benéfico hablar. Le habían montado una trampa para no golpearlo ni rebajarse a las técnicas del enemigo, que ya torturaba con ahínco a cualquiera que le cayera en mano.

El hombre se colgó de ella apenas la vio entrar, sin moverse de su esquina, atado como estaba, y cada palabra del filtro era un punto metálico en esa malla infinitamente pesada que a Lila se le iba tejiendo alrededor. Que lo habían captado desde el origen, por

casualidad, por contactos con un hombre cercano al Ejército, que lo habían instruido apenas, que lo hacía por el dinero —por qué más—, que ahora sufría.

—No te vayas, princesita.

Le pidió el primer día cuando ella se puso de pie. El tipo había entregado casas y compañeros con cuidado, durante años, hasta que le habían soltado la mano los servicios; lo llevaban de vacaciones a que usase el dinero, que de lo contrario le resultaba inútil, en puteríos de frontera, en salones mal ventilados, bajo la mirada de sus comendadores.

—Sé que hice mal, princesita, sé lo que me espera.

El último trabajo había sido entregar el plan de la toma al cuartel de Monte Chingolo.

Al cuarto día fue ajusticiado; era violento tener razón.

La contrainteligencia, sin embargo, no descansaba. Las caídas se sucedían y las medidas de seguridad alcanzaban cada vez menos. Con Sandra se veían en plazas, sobre avenidas, entre gente, y las evaluaciones que se llevaba al bolsillo de la noche eran serias, virtuosas en la gravedad. Seguían creyendo en la victoria, pero la guerra prolongada, oriental, vietnamita que habían asumido se ramificaba en formas desconocidas, botánicas, nada lineales. Era cada vez más ancho todo lo que cabía en el todo: la política burguesa, la economía argentina en derrumbe, el amor y la clandestinidad tan querida ahora. ¿Cómo podían querer así la clandestinidad? Los otros, los ciudadanos, marchaban en una ignorancia de algodones; ellos sabían del golpe militar que llegaría pronto, lo aguardaban, lo entendieron cuando llegó casi como un espaldarazo porque les decía que no se equivocaban. Amaban que se mostrase lo oculto de las instituciones, eran gente de los reversos y de las costuras.

Cayó el jefe de inteligencia primero, y ella quedó como mayor responsable del área.

Era julio de 1976; supo de su Víctor entonces.

Toda la noche velada para no imaginarlo en los catres metálicos de ellos, ni en los colchones húmedos en el suelo, ni en las celdas vendadas. Adoraba a besos al hijo para no pensar. Ni por un instante creyó en delaciones.

Por precaución quedó unos días guardada. Sin embargo, al tercero tuvo que salir, porque debía comunicar órdenes. Fue a hablar por teléfono a una galería del barrio de Belgrano y notó que una mujer la miraba a través de una vidriera de zapatos. La miraba como recortándola del resto de la gente, aunque mirase a otros era para no mirarla a ella. Salió sin haber cumplido el cometido del llamado, fingiendo feminidad en la cartera; en la calle reconoció a otro, al otro lado de la avenida, que la siguió dos cuadras con la consabida carpeta en mano que le habían enseñado en las prácticas de contrachequeo y que, se creía, escondía una cámara fotográfica. Pero estaba demasiado lejos para atraparla con el objetivo, le pareció.

¿Y aquel de corbata? ¿No se había detenido en ella un instante?

Empezaba, sin saberlo, a hacer últimas cosas. Esa noche, después de una cita con un informante que había estado en la misma posta sanitaria donde había caído el padre de

su hijo, después de alegrarse por la conquista de un nombre, por un nuevo dato conseguido, creyendo y a la vez espadeando con el peligro llevó al bebé de un año y medio a casa de la tía Teresa.

—¿No nos vemos hace cuánto?

La abrazó. Al menos dos años. En esa misma puerta de siete años atrás ya no tenía un pájaro en el pecho, sino un hijo que le traía en legado.

—Te pido perdón.

—¿Por estar perseguida?

Hablaron del hijo de Teresa muerto y de este vivo que Lila traía como un ruego, apenas como ofrenda, sin querer desligarse.

—¿Y el médico?

Lila nada, bajó la vista. Teresa la acarició.

—¿Qué come?

Se dieron unas mínimas instrucciones en susurros y se despidieron como en una estación de tren del siglo pasado, con agitadas faldas y cabelleras. El hijo al menos quedaba a resguardo. Esa tarde debía viajar a una casa en Claypole, a su casa de los meses pasados, a desenterrar un paquete en el jardín, con la linterna si hiciera falta, a la vista de quien estuviera por la escasez de tiempo. Pero de camino

creyó notar un falcon que había notado ya en la puerta de Teresa, y tuvo que tomar colectivos y un taxi para perderlo.

Llegó tarde, vestida de angustia.

El francés le abrió sin sorpresa. Había otros dos compañeros que ella nunca había visto. Él la cubrió para que trabajara esas horas que le quedaban libres hasta entregar su paquete. Por la mañana alguien pegó un grito al abrir el diario; habían matado al Comandante se informaba en grandes titulares. Otro dijo que no era cierto, pero ella inspiró tres veces, leyó el artículo de la prensa burguesa que celebraba y dijo: —Esta vez es cierto.

Llamó al teléfono que tenía para urgencias y nadie contestó, al lugar de contacto con Sandra y nadie contestó, a Teresa aunque no hubiera debido y tampoco. Hizo entonces

una cosa, una cosa concreta, pensada y equivocada, porque ahora que el Comandante estaba muerto temía por su vida por primera vez. Dio la dirección de Teresa a la única persona en la que confiaba en esa casa, dijo que ahí estaba su hijo, y se fue todavía temprano, entregó los documentos, mantuvo una cita con el enlace del Buró Político, una mujer nerviosa y de ojos llorados, siempre llamando por teléfono en cada público que encontraba, siempre intentando contactarse con Teresa, uno, dos días penando hasta que decidió regresar cambiada, de pelirroja, de esbelta por unos zapatos, al departamento de su tía. Llegó en un taxi hasta la entrada del edificio; se bajó inmediatamente, subió las escaleras, tocó la puerta y habló a través de esa misma puerta de unos días antes para que Teresa le dijera.

Y Teresa le dijo:

—Estuvieron acá. Te esperan, andate.

Y bajar y cruzarse con dos hombres que la miraron con insistencia pero luego se desentendieron de ella, con otro en el consabido falcon verde que tampoco la reconoció, con un tercero que sí pero ella ya se había echado a correr, ella ya se había sentado en un colectivo blanco como una paloma para perderse.

Al día siguiente supo que lo habían llevado, no a Teresa, al chiquito.

Quería entregarse, pero lo torturarían delante de ella para que hablase y ella hablaría.

Volvió a Claypole, aunque tampoco había certeza ni de la casa ni de

volver.

El francés no estaba. La casa peculiarmente vacía.

Sólo así al principio. Luego el auto verde y consabido frenó y bajaron los hombres.

Da lo mismo: yo voy o ella, aunque no es ella la que va.

Me aseguro de que sea domingo, lo compruebo en el calendario de la cocina varias veces antes de salir. Tengo desde ayer a la noche una nota escrita con la antigualla de la tinta en la antigualla de un papel. Dice precisamente y como un guiño: papel para Pedro. Un remedo de testamento con mi firma estampada. Por el evento de la eventualidad, para cuando llegue de Suiza si llega.

Salgo, me tomo un taxi y bajo en la exacta puerta del edificio. He hecho el trayecto varias veces en estas semanas para encontrarme con el teniente acá enfrente, en el Tiro Federal, y corroborar mi información y armar mi puntería. Ayer tuve el tino de teñirme de rojo el pelo que llevo velando por sobre mi cabeza. Me puse anteojos negros y no tengo a nadie a quien saludar en el palier. Un desierto para mí, aunque son tantos pisos en estas malditas torres subo las escaleras. Podría llorar una lágrima por cada escalón.

Podría, pero hacer es otra cosa que llorar. Claro que después de tantos pasos de ascenso termino en la puerta equivocada, la de los trabajadores, aunque por cierto he venido a completar un trabajo. Toco timbre. Después de unas maniobras con la silla él me abre la puerta de servicio.

—No le digo que me sorprende verla.

Me dice.

—Sírvase, beba beba.

Me insiste señalando una botella sobre la mesa de la cocina. Paso. Él queda atrapado entre la mesa, dos banquetas y el horno.

—Nunca pasa nada que usted no sepa.

Le digo para poder reclinarme contra la pared en el halo de alguna palabra.

—Exactamente. Sé por ejemplo que ha estado usted por la zona y no ha venido a visitarme porque ha preferido a mi amigo el teniente, para que la instruya en el manejo de armas de fuego y en varias historias del pasado, del mío especialmente. Me refiero al arma que no recuerdo haberle visto nunca pero que usted seguramente trae.

Me enderezo.

—¿Ha visto? Nunca me equivoco.

—¿Le decían o no le decían *el Mago* en esa época?

—Pregunta lo que ya sabe.

—¿Cuándo vio a Lila por última vez?

—Eso no se lo respondo, me tiene usted sin abogado y sin paredón, acá en mi silla y en mi cocina. No fue en la casa de Claypole sino después.

—En alguna dependencia de la Marina.

No hay nada que medirse en esta media tarde de marzo, ni húmeda ni seca, sin tinte de trascendencia. Es una tarde y hay que morir. Va a repetir lo que viene haciendo desde hace cincuenta años, gozar y callar como bien le han enseñado y como bien lo ha enseñado.

—¿Vio a mi prima después de septiembre del 76?

Insisto.

—La vi.

Me concede.

—¿Y al hijo?

—Más no voy a decirle, mi querida. Hay que seguir ganando. Ni aunque me mate me gana. Pero no se demore. Saque el arma de su carterita, destrábela.

Esto es un juicio revolucionario, me repito para mis adentros.

Tendría que leerle mi lista inmaterial de crímenes materiales, de complicidades por las que está libre, feliz en su felicidad blanda y razonable.

El edificio, el vestido que tengo, la escalera por la que he subido y por la que pienso bajar sin zapatos, después de dispararle, y los zapatos mismos, todo esto y hasta el cielo de marzo y sus nubes, todo esto, su hastío, le dan la razón.

Le digo que no voy a leerle las acusaciones que traigo en mente, de rúbrica roja, comprobadas con su amigo el teniente y otros que he visto y que han hablado.

Me dice que no las necesita.

Saco el arma, la cargo, se traba.

Me indica cómo destrabarla, le hago caso, la cargo bien. Podría irme y dejarlo en su triunfo de años y en su derrota de otro poco.

Poder podría.

Apunto. Y me dice.

—Dispare.

Detesto que tenga la última palabra.

AGRADECIMIENTOS

A Teresa Azcárate, Abel Bohoslavsky, María Cristina, Diana Cruces, Daniel de Santis, Graciela Dobal, Alberto Elizalde Leal, Mario Orlando, Julio Schvartzman y Gustavo Westerkamp por haber respondido con paciencia a mis preguntas.

A continuación, se enumeran algunos de los varios materiales utilizados para este libro: AA. VV., *Nosotras, presas políticas*; Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad*; Pola Augier, *Los jardines del cielo*; Abel Bohoslavsky, *Los Cheguevaristas*; José Emilio Burucúa y

Nicolás Kwiatkowski, “*Cómo sucedieron estas cosas”. Representar masacres y genocidios*; Pilar Calveiro, *Política y/o violencia*; Vera Carnovale, *Historia del PRT-ERP*; Daniel de Santis, *La historia del PRT-ERP por sus protagonistas*; Marta Diana, *Mujeres guerrilleras*; Gregorio Flores, *Lecciones de batalla*; Marina Franco, *Un enemigo para la nación*; Enrique Gorriarán Merlo, *Memorias*; Alejandro Guerrero, *El peronismo armado*; Ernesto Che Guevara, *Obras*, tomo 2; Daniel Gutman, *Sangre en el monte*; Claudia Hilb, *Usos del pasado*; Eduardo Jozami, *2922 días. Memorias de un preso de la dictadura*; Joseph Kessel, *L’armée des ombres. Chronique de la résistance*; Mario Klachko, *Ville Evrard*; Agustín Lanusse, *Mi testimonio*; Jean Lartéguy, *Los centuriones*; Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT* y *Los perros*; Gustavo Plis-Sterenberg, *Monte Chingolo*; Ricardo Ragendorfer, *Los doblados. Las infiltraciones del Batallón 601 en la guerrilla argentina*; Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*; Marie-Monique Robin, *Escuadrones de la muerte*; Roberto Roth, *Los años de Onganía*; Silvia Schwarzböck, *Los espantos*; María Seoane, *Todo o nada*; Héctor Simeoni, *¡Aniquilen al ERP!* ; Roger Trinquier, *La guerra moderna*; Acdel Vilas, *Guerra en Tucumán*; Simone Weil, *La condición obrera.*